

Querido lector, en primer lugar quiero darte las gracias por estar leyendo estas líneas.

Dicen que un libro es como un hijo y así lo siento, por eso quiero que sepas que te regalo un trocito de mí, porque mi objetivo principal siempre ha sido ayudar tanto a víctimas como a interesados en el tema y esta es la forma que he encontrado para hacerlo. Espero y deseo de corazón que de esta manera y con tu ayuda, pueda llegar el mensaje más lejos y así poder poner mi granito de arena para advertir a la gente de los peligros de esta secta, y servir de apoyo a las numerosas víctimas que puedan sentirse identificadas con mi experiencia o con la de alguno de los personajes del libro.

No obstante, quiero que sepas que si quieres apoyar mi trabajo, *Despertares* va a seguir disponible en Amazon, tanto en tapa blanda como en formato Kindle.

Quiero agradecerlos a todos los que de una manera u otra me habéis apoyado y os animo a compartir el archivo en pdf para que pueda llegar a más personas y consigamos que a alguien pueda servirle de ayuda.

Si te gusta acuérdate de darle cinco estrellas en [Amazon](#).

Disfruta de la lectura.

Puedes seguirme en mis redes sociales como @lcbardon o suscribirte de forma gratuita a mi blog [www.lcbardon.com](http://www.lcbardon.com)



# Desperlares

**Nacer dentro  
de una secta**

L. C. BARDÓN

Primera edición: Octubre 2020

Impreso en España

© **L. C. BARDÓN**

Diseño y maquetación: David Calzón

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

*Dedicado a los que ya no están  
y a todos aquellos que siguen sumidos  
en un letargo esperando a ser despertados.*



# Prólogo

«Toc, toc...».

Suena la puerta de tu casa.

—¿Quién será? —te preguntas.

Te diriges hacia la entrada sin apresurarte. Te cuesta levantarte de la cama. Estás deprimido, ya que acaba de fallecer un familiar muy querido: nada más y nada menos que tu madre.

Estás pasando un mal momento. El médico te ha dado la baja laboral porque la situación te supera, pero las facturas no se pagan solas y con lo que gana tu mujer no hay suficiente para hacerles frente. Sabes que tienes que recuperarte para volver a la rutina, por ti y por tu familia. Tus hijos son pequeños, pero se dan cuenta de la situación; su padre no está bien.

—¿Quién es? —dices sin abrir.

—Buenos días, venimos a traerle una información muy importante.

Abres la puerta y descubres al otro lado a una señora mayor, de pelo canoso y dulce mirada. A su derecha, otra mujer más joven, de unos cincuenta años, que lleva en la mano una revista, con una sonrisa de oreja a oreja te dice:

—Hola, hoy estamos visitando a todos los vecinos con la intención de traeros un mensaje muy importante.

—¿Qué sois? ¿Testigos de Jehová?

Antes de decir que no te interesa y cerrar la puerta, te fijas en que, en la revista que lleva, hay un dibujo muy vistoso de personas que se abrazan en una pradera preciosa. En realidad, tienes curiosidad. Dejas la puerta abierta mientras te dice la señora más mayor:

—Somos testigos de Jehová y venimos a visitarte para mostrarte la esperanza tan maravillosa que nos da la Biblia, en la que dice que podremos vivir en un paraíso terrestre junto a nuestros seres queridos, incluso los que han fallecido.

Vas a cerrar y dejarla con la palabra en la boca, pero tu educación te impide hacer tal cosa, y menos a una señora de avanzada edad. Después te das cuenta de que ha dicho que podrías ver a tus familiares fallecidos. No lo crees, pero piensas que ojalá fuese cierto. Añoras a tu madre y darías algo por volver a verla aunque fuese un minuto.

La señora mayor parece cansada, así que las haces pasar para que reposen sus piernas agotadas, les ofreces un vaso de agua y te sientas con ellas. Tu mujer se coloca a escuchar a tu lado. Hablan de una promesa de vida eterna, dicen que en la Biblia hay profecías que anuncian la llegada de un paraíso y que se están cumpliendo. El tema es atrayente y, por primera vez en estos días, estás centrándote en algo que no sea tu pena. Haces muchas preguntas, te contestan algunas, otras te dicen que el próximo día te las resolverán. Después de confesarles el reciente fallecimiento de tu madre, la señora más mayor de pronto te dice:

—Precisamente, este domingo, en el salón del reino de los testigos de Jehová, va a haber un discurso público en el que se va a tratar el tema de la

resurrección. Os invito a que asistáis y allí os presentaremos a un hermano nuestro que seguro que os responde a todas esas preguntas.

Aceptas la invitación. Tu mujer no quiere al principio, pero ve que es algo que te haría feliz, así que consiente.

La gente del salón es encantadora, todos se preocupan de ir a saludaros, parecen muy amables. La esperanza es increíble, se te han saltado las lágrimas escuchando el discurso. Ojalá sea todo cierto. Necesitas creer que así lo es porque no puedes enfrentarte a la idea de que tu madre se ha ido para siempre, es algo que te supera.

A la semana siguiente volvéis al salón, seguís escuchando discursos y leyendo sus publicaciones. Os dicen cómo debéis vestir y lo acatáis. Vuestros hijos dejan de ir a las actividades extraescolares, ya que coinciden con las reuniones. Además, dicen que no son aconsejables. Empezáis a quedar solo con testigos y a vivir dentro de su mundo y cuando os queréis dar cuenta habéis entrado en un letargo del que no sois conscientes. Ya no sois vosotros mismos, ya no os reconocéis, pero estáis seguros de que los cambios tan grandes que habéis hecho son buenos, ya que tienen como objetivo agradar a Jehová.

Lleváis muchos años ya siendo Testigos de Jehová, formáis parte de ese mundo, vuestra vida gira en torno a todo lo que tiene que ver con esta religión. Hace años que no tenéis amigos fuera, vuestra vida es la organización. Pero un día os dais cuenta de que aquellas preguntas que os hacíais al principio siguen sin ser respondidas. Ya no os atrevéis a formularlas por las consecuencias que puede traeros. Tenéis muchas dudas.

Un buen día, caminando por el centro junto a tu mujer, decidís entrar en una biblioteca. Ojeáis algunos libros y, de pronto, tus ojos alcanzan uno cuyo título te llama la atención. Se llama *Despertares*. La sinopsis parece atrayente, decidís comprarlo a escondidas y lo empezáis a leer.

¿Será este el principio de nuevos despertares?





# Capítulo I

—¡Gorda! ¡Fea! Me das asco. No os acerquéis a ella, que huele mal.

Este es el tipo de cosas que me decían en el colegio, y no es que fuese excesivamente gorda ni que oliese mal ni que tuviese basura encima de la cabeza para dar asco a alguien. Yo era una niña normal y corriente, con ganas de tener amigos y de sentirse querida. Quizás uno de mis mayores errores fue intentar siempre agradar a los demás para caerles bien, aunque no mereciesen ni una pizca de mi tiempo; pero, en realidad, la mayor causa de mis problemas era la organización de los Testigos de Jehová. Os voy a poner en situación y haré lo posible para que entendáis cómo me he sentido a lo largo de la vida y cómo he ido enfrentándome a las consecuencias de haber nacido en una secta destructiva y peligrosa, y cómo me sigue afectando a pesar de llevar años relativamente alejada de ella.

Voy a empezar por el principio.

Esta es mi historia.

Nací en una familia muy unida. Soy la pequeña de cinco hermanos, me llevo veinticuatro años con mi hermana mayor y doce con el hermano que va antes que yo. Mis padres me tuvieron con más de cuarenta años,

vine un poco de rebote y sin que lo hubiesen planeado. A pesar de ello, fui recibida con muchísimo cariño, como un regalo de Jehová. Era el juguetito de la familia.

Vivíamos en un piso de tres habitaciones, con una terraza muy coqueta con vistas a un jardín comunitario lleno de árboles frondosos y césped tupido. La casa estaba al sur de Madrid.

Cuando yo nací, mis hermanas mayores, con veinticuatro y veintitrés años, ya estaban casadas e independizadas y mi hermano mediano se independizó cuando yo cumplí tres años, con veinticinco. Recalco las edades de cada uno para que veáis que los testigos se suelen casar bastante pronto, sin irse a vivir juntos previamente, ya que condenan las relaciones sexuales fuera del matrimonio. Si dos adolescentes se hacen novios con veinte años, más les vale casarse. Como los pillen teniendo sexo a escondidas o alguno de los dos confiese, por no tener algo tan pecaminoso en la conciencia, puede ser catastrófico para ellos, ya que, conllevaría a la expulsión de la secta y esto es un asunto muy serio del que más adelante os hablaré.

Todos los miembros de la familia, tres días a la semana, nos poníamos de punta en blanco –los hombres con traje y corbata y las mujeres con faldas y blusas recatadas– y asistíamos a las reuniones que se celebran en, como ellos los llaman, los salones del reino de los testigos de Jehová.

La razón de arreglarse tanto es, como sucede en cualquier empresa piramidal, para dar buena imagen. Por supuesto, ellos afirman que hay que arreglarse así por respeto a Dios y para reflejar los valores que seguimos en nuestra vida, ya que la biblia dice que hay que vestir con modestia y buen juicio. Aunque en ninguna parte de la biblia pone que hay que llevar corbata y faldas por debajo de la rodilla. Eso se lo sacan de la manga, como un millón de cosas más, porque ya me diréis vosotros si una mujer que lleve un traje de pantalón y chaqueta no está vistiendo con modestia. La mujer tiene que ir con falda o vestido, si no, estará mal vista y la mirarán como un mal ejemplo y alguien con quien evitar el trato, ya que no está siguiendo el consejo bíblico. Y seguir la biblia es un pilar fundamental para ellos. Bueno, seguir la interpretación que hacen ellos de esta. Pasaría exactamente lo mismo en el caso

de un hombre que no llevase corbata o que se dejase barba. Son normas sin base bíblica que han impuesto, modificando a su antojo lo que de verdad dice la biblia.

La gente del salón a donde íbamos todas las semanas era como de la familia, nos conocíamos desde siempre. Mis padres se hicieron testigos con treinta años y, desde entonces, se reunían en el mismo sitio. Había jóvenes, niños, abuelitos que eran muy muy queridos, personas que habían sufrido mucho en la vida y encontraban allí su remanso de paz...

A simple vista, parece algo bonito y amoroso, un sitio en el que encontrar la paz. Pero solo a simple vista, os lo aseguro.

La reunión empezaba con un cántico, sonaba una melodía de fondo y todos los asistentes cantábamos a la vez entonando las letras escritas en nuestro cancionero. Cuando acababa el cántico, todos agachábamos nuestras cabezas y un testigo bautizado (más adelante os explico este término) se subía al púlpito –plataforma, como ellos dicen– para hacer una oración a Jehová.

A la plataforma a orar o a discursar no pueden subir las mujeres, solo los hombres y, si no hay ningún hombre en el salón, puede subir una mujer, pero ha de cubrirse la cabeza con una tela. Machistas no, lo siguiente. También pueden subir las mujeres –hermanas como ellos dicen– para hacer demostraciones de cómo predicar. Esto es lo que hacen para dar a conocer su religión a otras personas, yendo por las casas ofreciendo las revistas *Atalaya* y *Despertad*. En realidad, son comerciantes a puerta fría, que trabajan sin recibir ni un céntimo, como borregos, para la Watch Tower, que es la que verdaderamente se beneficia de las donaciones de los fieles.

El origen de la Watch Tower se remonta al año 1884, en el que Charles Taze Russel, antes adventista, gracias a las donaciones de los que lo seguían y sus ventas ilegales de trigo milagroso, fundó la sociedad de tratados de la Atalaya (más conocida como Watch Tower). Él la presidió hasta su muerte en 1916 y en la actualidad la dirige un grupo de personas –llamado cuerpo gobernante– desde su sede en Nueva York. Este cuerpo

gobernante se encarga de establecer la doctrina mediante sus publicaciones, según ellos, basadas en la Biblia.

La reunión seguía con un discurso sobre algún tema bíblico o actual con connotaciones bíblicas. El discurso duraba una hora y a mí me parecían dos. Se me cerraban los ojos, pero ahí estaba mi madre, a mi lado, para darme con el codo y decirme que espabilase, hasta que descubrí que se me pasaba antes la hora tomando notas. Cuando empecé a hacerlo comenzaron a lavarme el cerebro, me refiero a mi adolescencia, pero aún es pronto para hablar de eso.

Después del discurso cantábamos otro cántico y después hacíamos un estudio de la revista *Atalaya*, la cual era recomendable llevar estudiada y subrayada desde casa porque el anciano que dirigiese el estudio (así llaman a los pastores al mando, para que nos entendamos) pedía participación entre los asistentes. Él formulaba preguntas referentes a la publicación que estábamos estudiando y los asistentes levantaban la mano para pedir la palabra y poder contestar.

Después de una hora de estudio del *Atalaya*, volvíamos a cantar y hacían una oración para cerrar la reunión. Todo muy divertido –entended mi sarcasmo–. Nunca en mi vida me he aburrido tanto, y lo peor es que me sentía mal por ello, muy mal, como si estuviera fallando a mis padres y a Jehová. Pero, por más que lo intentaba, en las reuniones mi cabeza se ponía a pensar en unicornios de colores, por decir algo.

# Capítulo II

Septiembre de 1991. Tengo cuatro años y voy a empezar hoy a ir al cole. Estoy muy nerviosa y no quiero separarme de mamá. Ella me ha dicho que es un ratito corto y luego vendrá a buscarme, pero tengo miedo. Solo estoy acostumbrada a juntarme con los niños del salón y en el cole habrá niños «del mundo» (así es como se refieren a la gente que no es testigo).

—Mamá, no quiero ir al cole. Hay niños malos que dicen palabrotas y cantan canciones que no le gustan a Jehová, como el cumpleaños feliz.

—No te preocupes, cariño, ellos no conocen a Jehová y no saben «la verdad». Cuando llegue el Armagedón, nosotros nos salvaremos y podremos entrar en el paraíso que Jehová nos ha prometido.

—Mamá, ¿y esos niños van al paraíso?

—Si no se arrepienten sus papás de su conducta, no.

—¿Y qué pasará con ellos, mamá?

—Que en el Armagedón serán destruidos, hija, pero tú no te preocupes, que nosotros nos vamos a salvar porque sabemos «la verdad» y hacemos lo que Jehová dice.

Esta conversación la tuve con mi madre no con cuatro años, pero con seis o siete probablemente sí.

Cuando íbamos a las reuniones, se nos adoctrinaba desde pequeños sobre lo que tendríamos que hacer para conseguir vida eterna en un paraíso en la tierra. Había que seguir sus doctrinas al pie de la letra —eso incluía no celebrar cumpleaños, ni Navidad, ni carnaval, ni día del padre o de la madre; rechazar la sangre, ya fuese en forma de comida o transfundida; ir de casa en casa para dar a conocer lo que dicen ellos que dice la Biblia; asistir a las reuniones...— si no queríamos correr la misma suerte que «la gente del mundo»: ser destruidos en el Armagedón, la guerra de Dios contra las naciones, en la que morirían hombres, mujeres y niños de todo el mundo. Todos los que no fuesen testigos de Jehová serían destruidos y estaba a punto de acontecer. Ellos dicen que vivimos en los últimos días porque esperan que el Armagedón esté a la vuelta de la esquina.

Si este planteamiento es fuerte para un adulto, imaginaos para un niño. Yo, la verdad, ni siquiera me planteaba el hecho de que, si Dios es justo y benévolo, como ellos dicen, ¿por qué habría de matar a tanta gente? Entre ellos, personas de buen corazón y niños inocentes. Una persona que cree que tiene la verdad practicando cualquier religión y que dedica su vida a hacer lo que dice la Biblia y a ayudar al prójimo, como no es testigo de Jehová, ¿merece ser destruida? Un médico ateo que se va a países en guerra o necesitados a ayudar desinteresadamente, como no es testigo de Jehová, ¿merece la destrucción?

Pero claro, teniendo en cuenta que el Dios del Antiguo Testamento era un dios de guerra, que incluso mandó un diluvio universal y mató a hombres, mujeres, niños y animales inocentes... O ese Dios que quemó dos ciudades con personas inocentes dentro salvando solo a una familia... O ese Dios que permite que hoy en día mueran millones de personas de hambre o de sed... Todo sería posible. Lo que tengo muy claro es que yo no quiero servir a ese Dios que considero malvado e injusto.

Esto me lo planteé muchos años después.

De forma inconsciente, yo me sentía superior, en cierta manera, al resto de los niños y de las personas no testigos. Porque yo sabía la verdad, era especial y entendía que Jehová era el Dios verdadero, que yo podría disfrutar de vivir en un paraíso junto a mis padres y hermanos, mientras que el resto que no pensase como nosotros, no. Por ello solo me sentía cómoda pasando tiempo con compañeros de creencias.

Todo ello hizo que me comportase de manera distinta al resto de los niños. Yo evitaba el contacto, me apartaba del resto, no cantaba canciones de cumpleaños ni villancicos, cuando repartían golosinas no las podía coger... Me sentía superior pero diferente y yo no quería serlo en el fondo. Hubiese dado algo por poder cantar libremente y por poder hacer todo lo que hacían los demás. A veces les preguntaba a mis padres qué tenía de malo coger las chuches en un cumpleaños. Ellos me explicaban que de esa forma estaría participando y los cumpleaños no le gustan a Jehová.

Si le preguntas a un testigo sobre la celebración de los cumpleaños, te dirá que en la biblia no aparece que ningún siervo de Dios celebrara su cumpleaños y que en las escrituras se habla de dos cumpleaños de personas que no servían a Dios y acabaron de forma negativa.

Pero en la biblia no pone que celebrar un cumpleaños sea malo o que no le guste a Jehová. De hecho, hay otros ejemplos en la misma biblia que se comentan de forma negativa y no por ello hoy en día los ven mal. Por ejemplo, el maquillaje, que se menciona para referirse a prostitutas. Pero, que yo sepa, las mujeres testigos de Jehová se maquillan. Y cuando en la biblia se habla de los perros, los menciona como animales inmundos y ya os digo yo que hay testigos que los tienen como mascota.

Con lo que prohibir celebrar los cumpleaños es una enseñanza falsa más y no os podéis imaginar –bueno, algunos de los que me estéis leyendo seguro que me entendéis– el daño que esto ha hecho y está haciendo a miles de niños hijos de testigos, a adolescentes o incluso a



adultos, que no pueden asistir a los primeros cumpleaños de sus nietos, hijos o sobrinos, o simplemente celebrar ellos mismos de manera anual el estar vivos!

# III Capítulo

Tengo seis años, estamos en Navidad.

Todo se ve súper bonito en estas fechas, suena música alegre en todos los sitios, adornan las calles, las casas, el cole... La profe Ana Isabel dice que en Nochebuena se reúnen las familias para cenar todos juntos, cantan villancicos y hasta hacen una fiesta. Nosotros, en Nochebuena, no hacemos nada de eso porque dice papá que a Jehová no le gusta. Yo entiendo que no le gusten los villancicos porque hablan de la Virgen, pero no entiendo por qué no podemos cenar con mis hermanos.

Esa noche viene Papá Noel. –Bueno, en realidad, son los padres los que reparten los regalos, pero eso los niños normales no lo saben. Yo sí porque soy especial y a mí no me engañan–. No tengo juguetes ni en reyes ni por Papá Noel, pero me hacen un regalo al acabar las clases y empezar las vacaciones. Así, cuando la profe me pregunte por mi regalo navideño, puedo dar una respuesta.

En Nochevieja me dejan quedarme un rato más despierta, pero tampoco nos juntamos con la familia ni brindamos. Esto sí que no lo entiendo, porque celebrar que comienza un año no tiene nada de malo. Pero si mamá y papá dicen que a Jehová no le gusta, habrá que hacerles caso. Aunque me pongo

triste al saber que todas las familias están juntas esos días menos nosotros, y me pone triste no tener la ilusión de recibir regalos los días señalados como los demás niños de mi cole. El día de Nochevieja lo pasaremos como todos los años, viendo un programa en la tele en el que bailan y cantan famosos, y después me iré a dormir. ¡Cómo me gustaría juntarme con la familia esa noche! En fin... hay que hacer lo que diga Jehová si queremos ir al paraíso, aunque nos parezca injusto.

Durante mi infancia, dentro de la congregación me llevaba muy bien con mi sobrina Jara, cuatro años menor que yo, y con una amiga común, dos años mayor que ella. Nos encantaba quedarnos a dormir las tres en la misma casa, aunque nos dejaban hacerlo poco porque no éramos capaces de estar calladas a la hora de dormir. Nos daban las tantas riendo y hablando. Las tres éramos uña y carne, siempre peleando y reconciliándonos al momento. Puesto que no había nadie más de mi edad, solo me relacionaba con ellas.

En el colegio, yo intentaba integrarme a pesar de todo lo que os he contado. Hubo una época, cuando tenía unos siete años, en la que todas las niñas de la clase se habían apuntado a *ballet*. Cuando nos tocaba dar la clase de educación física, mis compañeras hacían giros y daban saltos que les habían enseñado en sus clases extraescolares. Se ponían de puntillas con mucha facilidad y yo me las imaginaba bailando con tutús y *maillots*, dando vueltas infinitas por aquel gimnasio rectangular lleno de espalderas y colchonetas, con el olor a goma que caracteriza a un gimnasio.

Cuando llegué a casa ese día, me quité la ropa, me puse frente al espejo y ensayé los pasos que había estado viendo a mis compañeras. Ellas los hacían tan bien... y yo era incapaz de tan siquiera ponerme de puntillas. Pero quería hacerlo, quería intentarlo, estaba loca por aprender y por tener amigas con las que jugar y compartir algo. A mis siete años estaba segura de que quería ser bailarina de *ballet*, y yo no era una niña de las que sueltan la primera cosa que pasa por su cabeza, yo tenía el asunto bien pensado. Durante un tiempo le estuve dando vueltas y, finalmente, un día al llegar a casa, dije:

—Mamá, yo de mayor ya sé lo que quiero ser.

—¿Qué, hija?

—Quiero ser bailarina de *ballet* —contesté con una sonrisa de oreja a oreja, súper ilusionada y con la idea de que mis padres me apuntasen a clases extraescolares para aprender a bailar. Cosa que me hubiese venido de perlas porque no hacía mucho ejercicio, ya que apenas tenía vida social.

—Y quiero que me apuntes a las clases de *ballet* a las que van Raquel y Nazaret, ¡me encantaría ir con ellas y aprender a bailar! —dije con mucha emoción y con esperanza de que accediera.

—Lucía, ya sabes que no está bien ir a clases extraescolares porque a Jehová no le gusta que nos juntemos con gente del mundo. Es más, la última *Atalaya* contaba una experiencia de una hermanita que se dedicaba al *ballet* antes de conocer a Jehová y cuenta una experiencia horrible: le salían heridas en los pies, lo pasaba muy mal y el *ballet* le quitaba tiempo para hacer otras cosas más importantes para Jehová, como predicar, preparar las reuniones, estudiar la Biblia...

Mi cara de ilusión y felicidad fue tornándose triste y decepcionada. Os recuerdo que tenía solo siete años. En ese momento sentí un vacío en el estómago y una tristeza dentro de mí que a día de hoy me pone los pelos de punta.

Solo pudieron salir de mi boca dos palabras.

—Vale, mamá. —Y me fui a mi habitación.

Que quede claro que yo no culpo a mis padres de nada. Ellos son víctimas, tienen la cabeza lavada y actuaban como mejor creían que lo tenían que hacer. Como ya os he contado antes, ellos creen que los que no sirvan a Jehová van a ser destruidos y no se podían permitir el lujo de que una de sus hijas se viese tentada a hacer las cosas que ofrece el mundo, como si se tratase de una película de *Star Wars*, en la que el resto del mundo fuese el lado oscuro. Surrealista, ¿verdad?

Pues aún no habéis visto nada.



# IV

## Capítulo

Estoy en el cole, estamos en carnaval. Hoy la profe Pilar nos ha dado unas caretas en forma de máscara veneciana para colorear. Después las recortaremos y nos las probaremos. Es algo divertido porque se sale de la rutina a la que nos tienen acostumbrados en clase. Estoy muy emocionada, la profe está repartiendo las cartulinas y quiero que me toque la de las plumas. ¡Ay, qué genial! Son preciosas.

«¡Bieeeeeen, me ha tocado la de las plumas! —pensé para mis adentros—. Aunque no debería haberla cogido, a Jehová no le gusta el carnaval y, si la coloreo, estoy participando. Pero es que tengo tantas ganas de hacerlo... De hacer algo normal, como el resto de mis compañeros... Bueno, voy a colorearla, después hago una oración y le pido perdón».

Esa máscara me quedó preciosa; le pusimos una goma por detrás y todo para poder ponérsela al salir de clase y que la vieran nuestras familias. Claro que la mía se quedó en el colegio, en el cubo de la basura.

«No puedo salir con la careta y menos con ella puesta. Ya es bastante haber decepcionado a Jehová, no quiero que mamá y papá se pongan tristes por mi culpa y tengo miedo de no ir al paraíso por haberla coloreado. Me duele el estómago, me siento mal».

Al salir de clase fui directa a los brazos de mis padres. No les conté nunca que había coloreado aquella careta, pero me pasó la tarde entera con el cuerpo descompuesto, literalmente. Me dio una diarrea de mil demonios y estuve todo el rato orando a Jehová, pidiéndole perdón por haber hecho aquello.

No os penséis que siempre actuaba a escondidas, yo era muy prudente y responsable y ese día solo tuve una debilidad. El resto de veces, antes de que la profesora repartiese el dibujo de Navidad, día del padre o de la madre, un villancico o cualquier celebración que desaprobasen los testigos, me acercaba a ella discretamente y entre dientes le decía que yo no iba a participar en aquello porque era testigo de Jehová, pasando toda la vergüenza del mundo y rezando para que no me escuchase nadie porque si, encima de que ya era la rara, se enteraban de que era de otra religión...

Cuando salía al recreo me solía quedar sola, apartada del resto, y lo que hacía para que fuese más llevadero era orar a Jehová y pedirle que me diera fuerzas para aguantar un día más de colegio.

Le conté a mi madre lo mal que lo pasaba en el recreo viendo cómo los demás jugaban y yo me quedaba sola. Ella me recomendó llevarme un libro —*made in Watch Tower*, por supuesto—. *Mi libro de historias bíblicas* se llamaba. Le hice caso. ¡Para qué le hice caso!

—Lucía, ¿qué lees? —se acercaron dos compañeras a preguntarme, y digo compañeras porque ya me recordaban mis padres, a diario, que en el cole se tienen compañeros y no amigos.

—*Mi libro de historias bíblicas*, son muchos cuentos cortos basados en la Biblia. Si quieres uno, te lo puedo conseguir.

—¿En serio?

—Pues claro —contesté orgullosa—. Mañana te lo traigo.

—¿Y cuánto cuesta? —me preguntó intrigada.

—Aceptamos donaciones voluntarias, lo que me quieras dar —contesté con la lección bien aprendida.

—Genial, pues mañana te traigo algo de dinero también.

Cuando acabó la jornada escolar, dieciocho niños de la clase me habían pedido el dichoso libro y a los dieciocho se los llevé al día siguiente.

Al principio me sentí muy bien, feliz y orgullosa de seguir el ejemplo de mis padres y hermanos y dar a conocer la palabra de Jehová. En realidad, buscaba la aprobación de mis mayores, y así fue, mi experiencia de ese día se hizo pública desde la plataforma y muchos testigos me felicitaron por aquel hecho, pese a que acabase mal para mí y para mi reputación dentro del colegio. A partir de ese momento, ya sabían todos los de la clase que yo era testigo de Jehová.

Al día siguiente mis compañeros vinieron a verme muy enfadados.

—Lucía, hemos tirado los libros que nos regalaste a la basura porque nos dijo ayer el cura en catequesis que eran libros del demonio y que nos teníamos que deshacer de ellos.

Me sentí como si un puñal atravesase mi estómago. Otra vez ese dolor de tripa. Estaba incómoda, enfadada y muy avergonzada. Volví a casa llorando y mi madre, que me consoló entre sus brazos, me hizo sentir sentir segura y secó mis lágrimas diciéndome que mis compañeros no sabían lo que decían porque no conocían a Jehová y volviendo a recordarme nuestra maravillosa esperanza de vida eterna en un paraíso terrestre, en el que los muertos resucitarían y podríamos ser felices con nuestros antepasados. Me tranquilicé, pero la tarde de diarrea no me la quitó nadie.

«Estoy muy nerviosa, ayer pasó lo de los libros, hoy tengo que ver otra vez a mis compañeros y siento vergüenza y miedo de qué pensarán de mí».

—Lucía, déjame las pinturas —me pidió Cristina González.



—Vale —le dije dándole mi estuche y, mientras lo hacía, pude ver su propio estuche con pinturas en su mesa.

—Cris, ¿por qué me pides las pinturas si tú tienes ahí las tuyas?

—Para que no se gasten las mías —contestó de forma brusca, lo que hizo que me sentase en mi mesa sin rechistar.

Cuando salimos al recreo, yo saqué mi desayuno, me senté en el suelo y, cuando me lo iba a comer, se acercó Cristina acompañada de su mejor amiga Lorena, la cual era mayor que nosotras y nos sacaba dos cabezas.

—Lucía, dame tu desayuno que tengo hambre.

—No os voy a dar mi desayuno —contesté enfadada.

Cristina se puso detrás de mí y Lorena delante, empezaron a darme patadas en las piernas cada vez más fuertes. Intentéirme, pero me sujetaron entre las dos, me tiraron al suelo y empezaron a escupirme en la cara y en el pelo.

Retuve las lágrimas —no me salió ni una—, apreté los labios y resistí como pude. Al final, me soltaron y me quedé en un rincón sola, y entre lágrimas le pedí a Jehová que me diese fuerzas para resistir y para poder asimilar lo que me había pasado, pero obviamente las fuerzas no vinieron de él. Vi mi desayuno en el suelo pisoteado y cubierto de tierra, lo cogí y lo tiré a la basura. No sería el último día que me quedaría sin probar bocado. Por aquel entonces yo no tenía más de ocho años.

Esto no se quedó en un hecho aislado, al día siguiente se repitió.

—Lucía, dame tu desayuno —me dijo Lorena entre risas mirando a Cristina.

—Dejadme en paz o se lo digo a la profe —dije mientras mi voz temblaba y se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Encima de chivata eres una llorica, deja de comer que estás muy gorda —me dijo Cristina haciéndose la graciosa delante de su amiga mayor.

En ese momento me sentí como un despojo, como si no valiese absolutamente nada, y lo único que quería era desaparecer del colegio, del mundo y dejar de ser yo. Me odiaba por tener barriga, me odiaba por ser como era y me odiaba por no tener fuerza para plantarles cara.

—Hoy te hemos traído un regalo —dijo Lorena dejando ver la bolsa de plástico de su desayuno, que ocultaba a sus espaldas.

Yo di un paso atrás y antes de que me diese tiempo a huir me vaciaron la bolsa encima de la cabeza dejando caer un montón de bichos que habían recogido del suelo, en su mayoría hormigas voladoras. De ahí creo que viene mi terror a los insectos, ya que me pasé meses viendo hormigas imaginarias correr por ese chándal, a pesar de que fue lavado varias veces.

A eso le siguieron las patadas, los insultos y los escupitinajos que salían de sus asquerosas gargantas.

Un día, en el recreo, me acorralaron cuatro niñas dos años mayores que yo, empezaron a empujarme y a zarandearme porque, a su parecer, el gorro que llevaba puesto era muy feo y de niña pequeña.

—Pero ¿por qué te pones ese gorro tan feo?

—Es de niña pequeña —dijo otra.

—¿Te mareas? —preguntó una de ellas mientras que, mediante empujones, me llevaban de un lado al otro del círculo que formaban con sus cuerpos.

—Te mareas por el gorro, ja, ja, ja. Mira que es feo.

Yo, mientras tanto, intentaba que no me quitasen mi gorro de lana, que, por cierto, me encantaba. Hasta ese día, claro, que acabó en la basura nada más llegar a casa.

De aquella me libré gracias a una de su clase, que daba la casualidad que a veces iba con su madre a las reuniones y en ocasiones nos veíamos en el salón. Ella fue la que les dijo:

—¡Parad ya! Dejadla en paz o se lo digo a la seño.

Esta niña, llamada Saida, debía de ser influyente para ellas porque me soltaron de inmediato. Aunque esto siguió sucediendo un día tras otro y yo callaba, lloraba y oraba, porque es lo que me habían enseñado, que la oración lo soluciona todo o casi todo. Si eres fiel a Jehová, él te dará la fortaleza para enfrentarte a las dificultades.

Y diréis ¿y tus padres no se dieron cuenta de nada?

La respuesta es no, yo me lo callaba todo para mis adentros. Las lágrimas se convirtieron en ansiedad que daba la cara en forma de náuseas matutinas, vómitos, diarreas y dolores abdominales que muchas veces me impedían ir al colegio.

Años más tarde mis padres me tuvieron que llevar al médico porque se agravó bastante, pero eso os lo cuento después.

# V

## Capítulo

Mi hermana mayor, Luisa, estaba casada con un anciano de la congregación, Pablo. Los ancianos son los que dirigen los salones, guiados por un libro conocido como *Pastoreen al rebaño de Dios*, que para los testigos de Jehová de a pie es un misterio, ya que solo disponen de él los propios ancianos (aunque, para suerte de los curiosos, lo podéis encontrar en Internet).

Luisa y Pablo tienen dos hijos en común llamados Lucas y Mario. Para mí, más que mi hermana y mi cuñado, eran como unos tíos, sobre todo, por la diferencia de edad. Me trataban muy bien, a veces me llevaban con ellos de vacaciones o a cenar algún fin de semana. Salir con ellos y con sus amigos testigos me hacía sentir importante y mayor. Cuando Luisa llamaba a mamá para preguntarle si me apetecía salir con ellos a cenar, yo me ponía muy contenta y me faltaba tiempo para ir corriendo a vestirme. Años después, Pablo fue la pieza clave en nuestro despertar. Su matrimonio con Luisa no acabó muy bien, pero eso sucedió mucho después.

Mi hermana Elisa estaba casada con Jaime. Mi cuñado siempre me hacía rabiar y yo le tenía un poco de manía, la verdad. Ellos tienen en común dos hijas, Jara y Aurora. Con Jara me llevo cuatro años y fue con ella con quien pasé la mayor parte de mi infancia. De pequeñas jugábamos juntas y de más mayores nos hicimos confidentes, ella para mí es como una hermana. El ma-

rimonio de Elisa y Jaime también acabó en divorcio y ella se volvió a casar con otro Jaime, el hermano de Pablo. Tienen una hija común, mi sobrina preciosa, Delia.

Mi hermano Marcos se fue a vivir a Sevilla cuando yo tenía cinco años. Se casó con Estefanía, que era de allí, y tuvieron a su hija Ana. Yo me lo pasaba genial cada verano cuando íbamos a visitarlos, era como un respiro después de todo un año de pasarlo tan mal en el colegio. Ellos tenían unos amigos testigos que tenían una hija de mi edad, Sofía. Ella era mi súper amiga, lástima que estuviera tan lejos y lástima que siga tan lejos hoy en día, porque seguimos siendo amigas a pesar de los quinientos kilómetros que nos separan y de todas las cosas que ha soportado nuestra amistad.

Cuando íbamos a casa de Sofía, invitados a comer o a cenar, mientras sus padres y los míos, junto con mi hermano y mi cuñada, charlaban, nosotras salíamos a la puerta de su casa a jugar a las muñecas con alguna vecina de nuestra edad, al fresquito. Los padres de Sofía eran más permisivos que los míos y que los de cualquier testigo, eran la excepción porque la dejaban juntarse con niños del barrio, aunque no compartiesen creencias.

Los sábados cogíamos el coche y nos íbamos al espigón de Huelva, que está a una hora de Sevilla. Mi hermano y el padre de Sofía tiraban las cañas de pescar y esperábamos con emoción que picase algún pececillo que después nos cenábamos. Sofía y yo lo pasábamos en grande, nos metíamos en la furgoneta de sus padres a jugar, imaginábamos que éramos las mamás de nuestros muñecos. Después, comíamos filetes empanados y tortilla de patata que hacían su madre y la mía, y luego bajábamos a la playa a bañarnos y a tomar el sol, hasta que se hacía de noche y volvíamos a Sevilla. Aún recuerdo esa sensación de cansancio que provoca estar todo el día en la playa tórrandote al sol, jugando y bañándote en el mar. Era meterme en el coche y quedarme sopa, esa noche dormía de maravilla. Ojalá siempre fuese verano. Hubiese dado algo por quedarme allí para siempre. Años después se cumplió mi deseo, pero desencadenó cosas horribles que yo no podría haberme imaginado.

Mi hermano Diego, el que nació doce años antes que yo, era por aquel entonces mi ejemplo. Aunque se casó y se fue de casa cuando yo cumplí diez

años y nos peleábamos más que otra cosa, él era mi referente, yo quería ser como él. A Diego le encantaba ir al gimnasio a ponerse fuerte y yo intentaba levantar las mancuernas que tenía en su habitación con mis pequeños bracitos. Veíamos a escondidas *Bola de Dragón* y *Los caballeros del Zodiaco*, ya que mis padres no nos dejaban ver esos dibujos por estar relacionados con la magia y el ocultismo, decían.

Los testigos dicen literalmente que el espiritismo y otras formas de ocultismo nos ponen de parte de los demonios. Incluso en mi casa pasábamos rápidamente la escena de la película *Dumbo* en la que el elefante se emborracha y tiene visiones. Y recuerdo una vez que me regalaron una brujita de juguete de dos centímetros, la cual puse en mi habitación a escondidas de mis padres. Yo solía tener muchas pesadillas, casi siempre relacionadas con el Armagedón. Soñaba que bolas de fuego caían del cielo para destruirnos, que nos perseguían y que encarcelaban a mis padres por predicar o que venían a por mí los jinetes del apocalipsis. Si no era suficiente vivir con miedo a ser destruida o a que me pegasen palizas en el colegio, también dormía con miedo teniendo pesadillas aterradoras que me impidieron descansar bien hasta la adolescencia. Imaginaos cuando mi madre descubrió a la bruja en la estantería, casi le da un soponcio.

—No me extraña que tengas pesadillas, mira lo que tienes aquí. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regaló la vecina —dije aterrada porque de verdad creí que esa era la causa de aquellos sueños que me estremecían aun estando despierta.

Para que os hagáis una idea de lo prohibido que tienen el tema, el miedo a Satanás y a los demonios lo inculcan tanto en las publicaciones como en las reuniones. Es una de las formas de controlar la mente de los fieles: si no estás con Jehová, estás con Satanás, no hay término medio.

Con Diego me lo pasaba muy bien, excepto cuando peleábamos, pero rápido hacíamos las paces. Vivió en casa hasta que tuvo que casarse, empujado por los ancianos, con la que actualmente es su exmujer, ya que se acostó con ella sin estar casados. Gracias a Dios, o a él, por darse cuenta

de aquel error. Esa mujer ya no forma parte de la familia desde hace muchos años, era una persona enferma y la cosa terminó mal, pero esa es otra historia. Cuando Diego se casó, el trato con él disminuyó muchísimo, se alejó de nosotros porque ella era una persona posesiva y le hacía la vida imposible, hasta que decidió divorciarse años después y volvimos a ser los que éramos y nos hicimos, aparte de hermanos, amigos.

Como podéis observar, de cuatro matrimonios, tres salieron mal. La cuestión es que cuando eres adolescente tienes las hormonas a mil y lo de no poder echar un pinchito se lleva muy mal, por eso se casan los testigos tan jóvenes, para poder follar. No hay más. O eso o que los pillen cuando ya lo han hecho y les digan «o te casas o te expulsamos». Y entre esas dos opciones, te casas o te casas.

# VI

## Capítulo

Cuando cumplí nueve años, en casa vivimos una crisis: a mi padre lo despidieron del trabajo y cayó en una depresión. Él trabajaba de dibujante, un diseñador gráfico de la vieja escuela. Diseñaba logotipos, etiquetas y muchas otras cosas para marcas muy conocidas hoy en día, aún guarda los originales en casa. Era un auténtico genio, pero trabajaba para una empresa que era la que se llevaba el mérito de sus obras. Hasta que decidieron recortar plantilla y empezar a comprar ordenadores, con lo que la forma de trabajar de mi padre se quedó obsoleta y lo echaron.

Encontró un trabajo de portero en una comunidad de vecinos, se encargaba del mantenimiento del edificio, de la limpieza y de la seguridad. El único inconveniente fue que tuvimos que dejar nuestra casa de toda la vida para mudarnos a la vivienda que venía adherida al trabajo, en un piso a las afueras de Madrid, bastante pequeño, frío y húmedo. Pero pese a eso nos mudamos y mis padres hicieron de aquella casa un hogar.

Tuve que cambiar de colegio, cosa que me entristeció bastante, porque a pesar de lo mal que lo había estado pasando, el último año había entrado a mi clase una niña nueva, Lara, que daba la casualidad de que mi madre daba estudio bíblico a la suya y nos hicimos muy buenas amigas. Con ella sí me dejaban juntarme, porque su madre estudiaba la biblia y hacía méritos para ser testigo de Jehová.



Para ser testigo tienes que seguir unos pasos. Primero, apuntarte a la escuela del ministerio teocrático, que no es más que decir que quieres hacer demostraciones o asignaciones (teatrillos de cinco o diez minutos que hacen para simular la forma de predicar a otras personas y cómo salir airosos de preguntas que puedan surgir en la predicación). El siguiente paso es hacerte publicadora, es decir, salir a predicar todos los meses e ir llevando un registro de horas y publicaciones, que hay que darle al anciano correspondiente mensualmente y procurar no fallar ningún mes para que no te echen la bronca y seas catalogada como mala asociación o que te miren sintiendo lástima por ti porque te estás alejando de Jehová. Después de estos dos pasos, hay que memorizar unas respuestas a unas preguntas básicas y lo siguiente, el bautismo.

Los testigos se bautizan en asambleas que hacen cada seis meses aproximadamente, en las que se juntan muchas congregaciones pertenecientes a distintos salones del reino en un mismo recinto, para escuchar discursos y experiencias. Allí montan unas piscinas y la persona que quiera bautizarse y que haya cumplido con los requisitos que os he contado antes se introduce dentro junto con un «hermano» (de fe), que es el encargado de asegurarse de que se sumerge completamente en el agua. Cuando sales de esa aguadilla ya eres considerado testigo de Jehová, con todo lo que ello conlleva. A partir de ese momento, cuídate muy mucho de hacer todo lo que dice la organización si no quieres ser expulsado y apartado de toda tu familia, «amigos» y vida. Pongo amigos entre comillas porque considero que las amistades que se hacen dentro de la organización no son amistades reales, ya que, si te expulsan, te dejan de tratar e incluso de hablar; si te ven por la calle, no te pueden ni saludar. Pero no solo pasa con las amistades, también ocurre con la propia familia.

Lara y yo, a día de hoy, seguimos siendo amigas y estoy segura de que lo seremos por muchos años más. Por supuesto, ninguna de las dos seguimos dentro de esa secta.

El nuevo colegio estaba cerca del piso nuevo, a unos cinco minutos andando. Mi madre me acompañaba cada mañana hasta la puerta y después me recogía al mediodía para ir a comer a casa. Luego me volvía llevar y a las cuatro y media de la tarde terminaba la jornada escolar.

«Hoy es mi primer día en el colegio nuevo, ya tengo diez años y voy a comenzar quinto de primaria. Estoy aterrada, ¿les caeré bien? Ojalá haga alguna amiga... No voy a contar nada de mi religión para que no me pase como en el otro colegio», pensé.

El colegio era más moderno que el anterior, tenía grandes pistas para jugar al fútbol y un patio generoso con un gran porche, en el cual nos resguardábamos cuando llovía. Había dos edificios separados por una valla roja, que se unían por un tramo de escalera. El edificio de abajo era el de los niños más pequeños y era donde se encontraban el comedor y el gimnasio, y en el edificio de arriba estaban solo las aulas para quinto y sexto de primaria.

Entré en la clase media hora más tarde que el resto de los alumnos, por indicaciones del profesor, don Ovidio. Estaba muy nerviosa, me dolía la barriga por los nervios, tenía mucho miedo de no encajar y de que me volbiesen a pegar.

La clase era grande, con un ventanal enorme que cubría una pared entera. Todos estaban sentados en pupitres separados unos de otros y me miraban atentos.

—Chicos, os presento a Lucía, vuestra nueva compañera. Viene de otro colegio de Madrid y se acaba de mudar. Lucía, te puedes sentar en esa mesa.

Señaló una mesa libre que había en la fila central. Y yo sonreí tímidamente y me senté un tanto incómoda y colorada como un tomate por ser el centro de atención de todas las miradas de la clase.

Cada vez que cambiaba de curso o de profesor, mi madre pedía tener una tutoría con él, nada más empezar las clases, para poder explicarle que éramos testigos de Jehová y por ello yo no iba a participar ni en cumpleaños, ni en fiestas como la Navidad, Semana Santa, carnaval, día del padre o de la madre, día de la paz, etcétera... Y los profesores, cuando llegaban esas fechas, me daban alternativas. Por ejemplo, si era Navidad y todos los niños iban a colorear un árbol de Navidad, a mí el profesor me daba un dibujo de otra cosa que no tuviese nada que ver. Ya veis semejante chorrada. Igual por colorear a Papá Noel me caía un rayo fulminante del cielo, en fin...



—Lucía, vosotros, los testigos de Jehová, ¿desde cuándo contáis los años, contempláis el año 0?

Como si me hubiesen echado un cubo de agua helada por la cabeza en pleno invierno, así me quedé. No sabía ni qué contestar ni me había enterado de la pregunta, solo escuché «testigos de Jehová» y fue suficiente para quedarme petrificada en mi silla.

—Eeeeeem, ¿puedo ir al servicio? —pregunté evadiendo la respuesta y colorada como un tomate de los de hacer gazpacho.

—Sí, claro, puedes ir —contestó don Ovidio con cara de preocupación y siguió la clase mientras yo huía hacia el baño mirando al suelo mientras salía de la clase.

«Qué vergüenza, por favor. ¡Ay, Jehová, perdóname, pero no me puede volver a pasar! No puedo caerles mal, no quiero que me peguen, no quiero que me insulten, solo quiero encajar», dije para mis adentros.

Volví a clase y sin mirar a nadie me senté en mi silla. De vez en cuando miraba de reojo para comprobar si alguien ponía su atención en mí, pero, para mi sorpresa, nadie me miraba y todos estaban haciendo su tarea en silencio. Respiré profundo y empecé con la mía.

Al terminar la clase, lo siguiente que tocaba era educación física, que dábamos en el gimnasio del colegio. Todos mis compañeros habían salido corriendo hacia allí y yo, haciéndome la remolona, estaba guardando mi estuche y mi cuaderno en la mochila cuando don Ovidio se acercó y en privado me preguntó:

—Lucía, me ha parecido que te ha molestado que te preguntase sobre tu religión. ¿Estoy en lo cierto? —me preguntó preocupado.

—No, qué va, es que estaba distraída, lo siento —dije agachando levemente la cabeza.

—No te distraigas, que vas muy bien.

## Despertares \_\_\_\_\_

—No volverá a pasar, don Ovidio —le dije mientras recogía mis cosas para irme al gimnasio.

Respiré profundo y salí de la clase.

# VIII

## Capítulo

Al salir del colegio un día, mi madre me dijo que a partir de la semana siguiente tendría que quedarme en el comedor porque mi abuela había enfermado y ella tendría que dedicarse a cuidarla.

Mis abuelos vivían en un pueblo de las afueras de Madrid, estaba a una media hora de mi casa en autobús. Lo poco que recuerdo de mi abuela es que era una persona con mucho genio. Era andaluza y tenía a mi abuelo firme como una vela. Aún me acuerdo cuando discutían, cómo le llamaba gritando «¡Julián!». Pero se querían muchísimo y tuvieron muchos hijos juntos. Entre ellos, mi tía Marta, que estaba casada con Julio. El hijo de los dos se llamaba Isaac. Era mi primo preferido, nos llevábamos dos años y éramos uña y carne. A veces me iba de vacaciones con ellos, que tenían un piso en Alicante. Muchas veces me quedaba a dormir en su casa y nos pasábamos el día jugando y haciendo travesuras propias de la edad.

Conforme pasaban los años nuestras conversaciones fueron cambiando, pasaron de ser aniñadas y superficiales a ser confesiones y vivencias de adolescentes, que nos decíamos cuando nadie nos escuchaba. Yo le contaba quién me gustaba o me dejaba de gustar y él con quién se había besado o a qué chica le había metido mano. También me confesó en una ocasión que había probado el hachís, cosa de la que se enteraron los ancianos y la bronca

que le cayó fue tremenda, pero el asunto no trascendió porque dijo que se arrepentía de haberlo hecho y le creyeron.

Sus padres eran y son fanáticos totales de la organización. Son del tipo de personas que no hacen excepciones, siguen todo al pie de la letra y no se saltan ni una, por muy injusta que parezca una situación. Él tiene un alto cargo dentro de la organización y será que quiere dar ejemplo, pero con su hijo lo llevaba claro, menuda pieza era, las mataba callando. Él, de cara a sus padres y a la congregación, era un hijo modelo, el que cualquier testigo querría, pero después incumplía todas las normas habidas y por haber a espaldas de todo el mundo, menos de mí. A mí no me ocultaba nada y yo escuchaba en silencio sorprendida y callaba.

Yo casi siempre he intentado ser completamente transparente, me gusta ir de frente y no ocultarme haciendo cosas inapropiadas. Porque Jehová lo ve todo, decía mi madre. «Te puedes esconder de tus padres y de los ancianos, pero de Jehová no».

—Mamá, yo no quiero quedarme en el comedor. No quiero. Por favor, no me dejes para que coma en el cole —le rogué.

—Hija, no hay más remedio —contestó resuelta.

—Pero, mamá, por favor —insistí.

—Lucía, la abuela se está muriendo, tiene cáncer.

No pudo terminar la frase y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Esto que os voy a contar os sonará bastante frío, pero me gustaría que me comprendieseis teniendo en cuenta el lavado de cerebro que tenía a mis diez años.

Me sentí muy triste. Mi abuela se estaba muriendo, pronto dejaríamos de verla, dejaría de existir, nunca más podría darle un abrazo o recibir miles de besos suyos, como solía hacer cada vez que iba a visitarla. Me quedé callada unos minutos pensando, mientras mi madre se recomponía a pesar de lo des-

trozada que estaba por dentro. De pronto, un sentimiento de alegría invadió mi estómago. Mi abuela iba a morir, pero yo no estaba triste, estaba feliz porque dentro de poco llegaría el Armagedón. Eso decían en las reuniones y lo decían mis padres y mis hermanos. Cuando llegase aquello que todos esperábamos ansiosos, mi abuela volvería a la vida y podríamos ser felices para siempre, como si de un cuento de hadas se tratase.

No solté ni una lágrima cuando murió porque no estaba triste. Sabía que pronto la iba a volver a ver y fue como cuando ella y mi abuelo cruzaban el charco, una vez al año, para ir a ver a la familia de Puerto Rico y se quedaban allí durante meses.

Como mi abuela era testigo, el funeral se hizo en un salón del reino, en el que un anciano dio un discurso de despedida desde la plataforma. Acudieron muchos testigos, pero también familia no creyente. El discursante, desde la plataforma, señaló la gran esperanza que albergábamos los testigos de Jehová, indicando con palabras que las personas que no seguían a la organización —de hecho, los llamó mundanos (palabra que usan los testigos en tono despectivo para referirse a la gente que no está dentro de la organización— no tenían ninguna esperanza y que serían destruidos en el Armagedón. Esto ofendió bastante a todas esas personas —entre ellos mis tíos, los propios hijos de mi abuela—, que no tenían nada que ver con los testigos de Jehová, pero que querían muchísimo a mi abuela y que estaban en un momento muy delicado despidiendo a un ser querido.

Mi hermana Elisa, al verme tan pancha por allí, como si no hubiese pasado nada, se acercó y me dijo a modo de regañina:

—Puedes llorar un poquito, eh. No pasa nada por llorar, que se ha muerto la abuela y parece que no te importa.

—No quiero llorar, déjame en paz. —Me di media vuelta y seguí a lo mío.

Me sentí culpable por no tener lágrimas para llorar o por no sentirme triste cuando a mi alrededor solo se podían ver caras devastadas de dolor, pero es que no me sentía triste, no podía fingir, no me salía.



La despedida que le di fue un «hasta pronto, abuela».

—Vale, mamá, me quedaré en el comedor, no te preocupes.

No es por presumir, pero siempre he destacado por tener cierto nivel de madurez que no se correspondía con mi edad. No le volví a discutir el tema.

# VIII

## Capítulo

Hoy es lunes, me acabo de levantar para ir al cole, voy a desayunar. ¡Ostras! Me acabo de dar cuenta de que hoy me quedo en el comedor. ¿Y si me ponen algo que tenga morcilla? ¿Qué hago? ¿Me quedo sin comer? Pero, si hago eso, me van a castigar.

—Mamá estoy pensando que si en el comedor me ponen algo con morcilla a ver qué hago.

Ya os conté por encima que los testigos de Jehová tienen prohibida la sangre, ya sea transfundida, comida o bebida. Muchos de ellos, incluso, llegan a morir o a dejar morir a sus seres queridos, incluidos niños, por el hecho de no querer ponerse sangre. Ellos dicen que, unos años después de la muerte de Jesús, los apóstoles se reunieron para decidir qué partes de la ley que se les dio a los israelitas debían también obedecer los cristianos y llegaron a entender que la sangre seguía teniendo mucho valor para Jehová, así que para los cristianos debía seguir siendo sagrada.

Los cristianos del primer siglo no debían comer sangre ni beberla, hacerlo era tan malo como adorar ídolos. Dicen que desde entonces los verdaderos cristianos ni comen ni beben sangre y también deben abstenerse de transfusiones, ya que estarían consumiendo sangre de igual modo. Cosa

que no tiene lógica ninguna, porque nada tiene que ver el aparato digestivo con el sistema circulatorio. Si comes sangre, esta llega al torrente sanguíneo descompuesta en nutrientes, mientras que, si te la transfunden, pasa directamente a nuestra sangre conservando todas sus partes y funciones, con lo que nada tiene que ver una cosa con otra. Es más, la Biblia no habla de transfusiones de sangre, ya que se empezaron a practicar en el siglo XIX. Comparan consumir sangre de animales con recibir sangre humana transfundida.

Además, los testigos llevan siempre encima una tarjeta con un mensaje para los médicos, para que en caso de necesitar sangre no sean transfundidos. La llevan adultos y niños. Yo la llevaba siempre sujeta a la solapa del abrigo con un imperdible. Menos mal que nunca me pasó nada porque probablemente me hubiese muerto antes de que mis padres accediesen a hacerme una transfusión.

—Mira, cariño, cuando estés en el comedor y te vayan a poner un plato que tú sospeches que va a llevar morcilla, como judías, cocido, lentejas... le dices a la monitora: «¿Lleva morcilla?». Como si fuese tu plato favorito, porque si le preguntas con un tono disgustado, como si fuese algo que no te gusta, directamente te va a decir que no la lleva —me explicó mi madre con cariño.

Pobrecita, tenía el cerebro lavado completamente.

—Vale, mamá, buena idea.

Y así lo hacía cada vez que me ponían un guiso. La monitora de comedor debía pensar que vaya obsesión que tenía con la dichosa morcilla.

En este colegio parece que encajo mejor. Me he hecho dos amigas, una se llama Mónica. Se meten mucho con ella, pero a mí me cae bien. Es muy tímida, pero conmigo se abre y nos reímos mucho juntas. La otra se llama Bea, es una chica muy delgadita, de pelo liso y corto, y con muchas pecas. Me llevo muy bien con las dos, pero, en general, estoy cómoda con todos, sobre todo, con Rubén. ¡Ayyyy, qué chico más guapo!

Rubén era rubio, tenía el pelo ni muy largo ni muy corto, lo llevaba hacia un lado y un poco de flequillo caía sobre su cara de una forma que me parecía súper sexy. Tenía los ojos de color marrón avellana y unos labios carnosos que me volvían loca. Era el más alto de la clase y es que a mí los altos siempre me han gustado. Pues no me hacía ni caso, y ya sabéis a lo que me refiero. Hablábamos como compañeros, pero como nada más. Y menos mal porque ya bastante me martirizaba con mis pensamientos.

Sabía que me gustaba mucho, pero también sabía que no podría llegar a nada con él. Primero, porque no era testigo y segundo, porque yo tenía once años. Pero eso no me impedía soñar. Me imaginaba con él yendo de la mano por el barrio o besándonos en algún rincón. Mis hormonas empezaban a dispararse. A mis padres ni mencionárselo, por supuesto. Y cuando mi hermana Luisa me preguntaba que quién me gustaba, yo respondía que nadie de forma muy resuelta y sin dudarle un segundo, para que no me pillaran.

También me llevaba bien con Héctor. Un día, estando en el recreo, se me cayó sin querer el zumo al suelo y le salpiqué sus zapatillas nuevas. Su reacción fue lanzarse hacia mí y pegarme un empujón que me tiró al suelo. Llegué a casa llorando con una congoja que no podía ni expresarme. Cuando le conté a mi madre lo que había pasado, se enfadó muchísimo y, al ir a recogerme al día siguiente, vio a Héctor a lo lejos.

—¡Héctor! Oye —dijo mi madre levantando la voz.

Este paró en seco y se giró hacia nosotras. Yo pensé: «Tierra trágame».

—Lucía me ha dicho que la has empujado. ¿A ti te gustaría que alguien empujase así a tu hermana pequeña? Piénsalo porque estoy segura de que ella no se merecía cómo la has tratado.

Héctor, con la cabeza agachada, dijo:

—Perdón.

Y se fue corriendo. A partir de ese momento nos hicimos amigos; amigos solo en el colegio, claro, que él no era testigo. Me defendía si alguien se metía conmigo y nos gustaba hablar de todo un poco. Un día me confesó que yo le gustaba, pero le dije que él a mí también, aunque solo como amigo, y seguimos siéndolo.

De ese año no tengo mal recuerdo en el colegio, la verdad. Los compañeros eran bastante tolerantes y había buena relación.

Otra cosa fue cuando al año siguiente empecé a ir al instituto. En primero de la ESO compartía clase con algunos chicos y chicas del colegio y con otros niños. Ese fue el problema, los otros niños.

Primero de la ESO fue un curso perdido en toda regla, aun así, conseguí aprobarlo todo. Mi clase era un caos. Al fondo del aula había un grupo de niños que no dejaban dar clase, insultaban a los profesores, se metían con todo el mundo y era imposible prestar atención. Los profesores no podían con ellos, ni tan siquiera el director. Los habían expulsado del colegio un montón de veces, pero siempre volvían con ganas de seguir liándola.

Había un niño que se sentaba detrás de mí. Se llamaba Emilio y era buen estudiante, incluso me parecía simpático. Hasta que un día su simpatía se convirtió en otra cosa.

—Quesi, Quesi, Quesi —susurraba en clase de lengua.

Yo me di la vuelta por la insistencia

—¿Qué quieres? Yo no me llamo Quesi, soy Lucía.

Emilio y su compañero de pupitre se echaron a reír a carcajadas.

—Silencio por ahí detrás —dijo la profesora.

—Eres Quesi porque hueles a queso. —Otra vez risas estridentes tras de mí.

De nuevo no me podía pasar, ya estaba en el instituto, era mayor, no podían molestarme de esa manera.

—Profe, se están metiendo conmigo, por eso se ríen así.

Recibí una patada en mi mochila y acto seguido la profesora dijo:

—El próximo que hable se va a dirección.

Todos nos callamos hasta que acabó la clase. Pensé que el altercado se iba a quedar ahí. ¡Ay!, ilusa de mí. En clase de educación plástica nos podíamos levantar del asiento para trabajar mejor, era una clase un poco loca. Estaba levantada de la silla, al lado de Héctor, decidiendo de qué color debíamos pintar el trabajo que estábamos haciendo, cuando una bola de plastilina del tamaño de una pelota de pin pon me dio en el ojo derecho. Instintivamente pegué un grito y me llevé la mano al ojo. No veía nada ni quería ver, pensé que me había dejado ciega. Héctor se levantó de la silla y se encaró con Emilio.

—Pídele perdón, que te he visto.

—Yo no he sido —le mintió Emilio.

Héctor salió de clase en busca de la profesora, que había ido al servicio. Llamaron a mis padres y me tuvieron que llevar a urgencias para ver si había lesión ocular. Por suerte aquello no me provocó más que un derrame. Pero las ganas de fastidiar de Emilio no se quedaron ahí. Después de esto, le dio por robarme el estuche. Le tuve que poner un candado a la mochila y entonces me lo rompió y me volvió a robar el estuche. Creo que mi padre me llegó a comprar cinco. Así que opté por ir a clase solo con un boli y se arregló el asunto. Porque de nada valía quejarse a dirección, aquella clase era un caos y más quejas no podía tener el director.

Después de hablar con mis padres y rogarles que me cambiaran de colegio, así lo hicieron.



# IV

## Capítulo

El siguiente curso fui al instituto a donde iban Lara y algún compañero más con el que había tenido relación en el colegio. Esa vez ya no me iba a dejar pisotear por nadie. Ya había crecido y no lo iba a consentir. Respecto a mi religión, en el instituto preferí guardar silencio y no hablar de ello.

Me tocó en una clase inmejorable. Éramos una piña, todos los de la clase íbamos juntos a todas partes. Mi compañera de pupitre era Lara. En educación física nos sentábamos juntas y los demás compañeros y profesores eran geniales.

A pesar de mi timidez logré encajar. Fue un año estupendo. Empecé a tener algo de vida social, siempre dentro del horario escolar, pero también iba y venía sola en autobús acompañada por algún compañero hasta la parada. Escuchaba música hip hop con una compañera a quien le encantaba y hablábamos de chicos, los chicos hablaban de chicas y no se cortaban en nuestra presencia... Empecé a salir del cascarón.

La madre de Lara se bautizó como testigo de Jehová y, claro, mis padres estaban encantados de que la tuviese como amiga.

Recuerdo una vez que mi madre me dio una publicación de la sociedad que había salido nueva y que la madre de Lara no había podido recoger



en el salón. Llevé aquel libro escondido en la mochila y, cuando llegué a clase, le susurré:

—Lara, tengo un libro que me ha dado mi madre para la tuya —le dije señalando la mochila.

—Espera, que no nos vean —me contestó en voz baja.

Y como quien trapichea con sustancias no recomendables, le di el libro por debajo de la mesa, el cual guardó rápidamente en su mochila.

Llegados a este punto supongo que entenderéis por qué razón quería ocultar mi religión a toda costa. No quería dar de qué hablar, prefería pasar desapercibida, vivir y dejar vivir. Y ese año así fue.

En casa las cosas estaban estables, mi padre se había recuperado de aquella depresión y trabajaba desde por la mañana hasta por la noche, pero se le hacía ameno porque, al tener la puerta de casa frente a la portería, podía entrar de vez en cuando a vernos. Después salía y se sentaba en aquel cuartito acristalado, desde donde podía vigilar la entrada del edificio. Mi madre comenzó a tener ciertos achaques, propios de su edad y asociados a la menopausia, que se fueron agravando con los años. Me encantaba meterme en la cocina con ella a ayudarla a hacer la cena o la comida los fines de semana. Ella me enseñaba y yo memorizaba sabores, olores y elaboraciones. Mi plato preferido era el arroz con gambas y carne tipo paella. Yo era capaz de hacer todo el proceso mientras mi madre lo supervisaba.

—Hija, cuando echas el agua ya no se mueve el arroz, hay que dejar que repose —me decía una y otra vez.

Pero yo no solía hacerle caso y seguía removiendo cuando no me veía. Sé que no es recomendable mover un arroz que no sea un risotto, pero me gusta sentir cómo se va ablandando el grano mientras va absorbiendo todo el sabor. He de reconocer que sigo haciéndolo hoy en día, es una manía.

De lunes a viernes iba al colegio. Por las tardes nos solíamos quedar en casa, excepto los martes y los jueves, que asistíamos a la reunión en el salón del reino. Los sábados por la mañana salíamos a predicar. Yo ya era publicadora no bautizada, lo que quiere decir que tenía que informar todos los meses unas horas al anciano encargado del tema. Por la tarde a veces íbamos a dar una vuelta al campo o nos juntábamos con mis hermanas. Los domingos por las mañanas teníamos reunión de nuevo y por la tarde nos quedábamos en casa jugando a algún juego de mesa o viendo alguna película. Esa era mi vida.

Cuando salíamos a predicar, primero nos juntábamos en el salón con más testigos. Allí cogíamos las publicaciones que, haciendo una estimación, pensábamos que íbamos a entregar a quien quisiera leerlas y echábamos un donativo «voluntario» en unas huchas que había colocadas en un lugar vistoso.

Pongo voluntario entre comillas porque así lo son las donaciones, aunque desde la plataforma y mediante las publicaciones se encargan de presionar a los fieles diciendo lo necesarias que son y, si no contribuyes, te acabas sintiendo culpable por no hacerlo. Conozco casos de testigos que preferían contribuir a comprarse una barra de pan. Yo de pequeña ahorra en una hucha que me regaló un anciano de la congregación y, cuando juntaba mil o dos mil pesetas, en vez de comprarme un juguete lo donaba íntegro. Que los ahorros de una niña pequeña e inocente vayan destinados a hacer más publicaciones –o eso dicen, que es ahí a donde va el dinero– que una secta usa para conseguir más adeptos es muy fuerte.

Después de tener todas las publicaciones metidas en la carpeta que llevaba bajo el brazo, un «hermano» encargado nos ponía por parejas, se nos asignaba un territorio y nos íbamos. Cuando llegábamos al territorio lo primero que hacíamos era entrar en una cafetería, en la que ya nos conocían y que estaba cerca del zoo de Madrid. Nos comíamos un pincho de tortilla que quitaba el sentido y ya estábamos preparados para empezar a predicar. Íbamos portal por portal y casa por casa ofreciendo las revistas *Atalaya* y *Despertad* con un mensaje que ya tenía memorizado y decía de carrerilla.

—Buenos días, veníamos a traerle una información. Son las revistas *Atalaya* y *Despertad*, tienen temas muy interesantes...

—¿Testigos de Jehová? No me interesa —solía ser la respuesta habitual.

Llevábamos unas hojas en las que apuntábamos si había alguien en casa y qué había pasado en la conversación, para llevar un registro. Años después este hecho fue prohibido por la ley de Protección de datos, aun así, me consta que algunos siguen haciéndolo.

Después de nuestra mañana, productiva o no, apuntábamos las horas que habíamos dedicado y el número de publicaciones que habíamos dejado y volvíamos a casa.

A mí me gustaba salir a predicar. Sobre todo, por el pincho de tortilla, la verdad, y por el hecho de relacionarme con gente y de sentir que estaba haciendo algo útil para Jehová. Salvo que no me cayese bien mi pareja de faena, me lo pasaba bien.

# Capítulo X

—Lucía, hija, a tu padre lo han echado del trabajo —me dijo mi madre una tarde cuando me recogió en el instituto.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —contesté inquieta y con un millón de dudas en la cabeza.

—Resulta que los vecinos quieren quitar la portería y no se van a esperar ni a que tu padre se jubile. Le va a tocar prejubilarse —me contestó bastante preocupada.

—¿Y eso qué significa, mamá? ¿Nos volvemos a vivir a la antigua casa? —Me empecé a hacer ilusiones.

Yo quería volver a mi casa de siempre, donde habíamos crecido mis hermanos y yo, donde estaban mis vecinos de enfrente, que para mí eran como mis abuelos, y donde estaría cerca de Lara, ya que su casa estaba cruzando la calle. No me quería hacer ilusiones, pero no pude evitarlo.

—Pues significa que tu padre se va a tener que jubilar antes de tiempo, le va a quedar una pensión de ochenta y tres mil pesetas para vivir tres personas y con eso no vamos a tener suficiente. Tenemos que buscar una solución.

La preocupación se alojó en mi cabeza, me sentía triste. A ver cómo podían solucionarlo mis padres.

Mi madre llevaba unos años sin poder trabajar por problemas de salud, tenía artrosis y le era imposible formar parte del mundo laboral.

Cuando llegamos a casa estaba allí mi hermano Diego hablando con mi padre. Se le había ocurrido una idea. A los tres nos gustaba mucho Sevilla, allí se vivía bien y era todo mucho más barato que en Madrid, con lo que, si alquilábamos el piso que tenían mis padres comprado y nos íbamos allí a vivir de alquiler, tendríamos dinero suficiente para vivir y pagar gastos, etcétera... Acordaos que en Sevilla vivía mi hermano Marcos, mi cuñada Estefanía y mi sobrina Ana.

Mis padres dijeron que lo pensarían, pero finalmente decidieron que era la mejor opción. Al comunicármelo me pareció una idea horrible, para una vez que tenía relación con personas que no eran de la familia... y ahora otra vez a empezar de cero. Pero después de pensarlo, no me pareció tan mala idea.

En el salón nos hicieron una despedida por todo lo alto. Un anciano se subió a la plataforma y dijo unas palabras bonitas refiriéndose a nosotros. Nos regalaron una placa de plata en la que ponía: «Con cariño, recuerdo de la congregación de campamento».

Nos hicieron una fiesta a la que llevaron comida, bebida, música... Entre lágrimas y promesas de volver, mis padres se despidieron de sus «amigos», a los que conocían desde hacía años e iban a echar mucho de menos, aunque con el tiempo acabaron perdiendo el contacto con casi todos. Lo que mis padres no saben es que tanto la fiesta como la despedida, con placa incluida, no fue idea de esos «amigos», sino de mi hermana Luisa, que se lo dijo a su marido y, como era anciano, pudo mover ciertos hilos para que se los despidiese como se merecían.

# VI

## Capítulo

Estamos en Semana Santa y nos vamos a Sevilla. Voy en un camión de mudanza, lo conduce mi hermano Marcos. Mis padres vienen detrás de nosotros en coche, con Luisa y Pablo, que nos van a echar una mano subiendo los muebles al piso nuevo. Estaremos allí unos días y después me volveré a Madrid con ellos a terminar el curso. Me quedaré en su casa y, en cuanto acabe el año escolar, me volverán a llevar a Sevilla. Estoy contenta, pero a la vez triste, por tener que dejar Madrid, a mi familia y a mis nuevos amigos, también a los de la congregación.

Tardamos cinco horas y media en llegar. Paramos unas cuantas veces a repostar y, como es tradición en cada viaje que hago, a comprar galletitas rellenas de crema de limón, que suelen vender en las gasolineras. Mi hermano y yo dimos buena cuenta del paquete. En la radio llevábamos puesta una cinta de *Mago de Oz* a tope, fuimos cantando y riéndonos de chistes que Marcos me contaba todo el camino. Me hacía mucha ilusión poder pasar tiempo con ellos y, sobre todo, con mi sobrina Ana, que tenía cinco añitos y parecía una muñeca preciosa. Tenía una melena lisa gruesa, rubia platino, que le llegaba por la cintura, ojos marrón oscuro y una marcha en el cuerpo que no os podéis imaginar. Bailaba sevillanas de muerte y la *Macarena* se la tenía bien aprendida.

El piso nuevo estaba en un pueblo cerca de Sevilla, nosotros vivíamos en el segundo piso y Marcos, Estefanía y Ana en el tercero. Tenía un salón

bastante amplio, con un pequeño balcón que dejaba ver la calle y un pasillo largo que distribuía tres habitaciones, una cocina y un baño. La ventana de la cocina daba a un patio interior, al mismo patio que la ventana de mi hermano. Cuando nos queríamos contar algo nos poníamos a silbar en el poyete y, cuando el otro escuchaba el silbido, se asomaba rápidamente.

Cuando llegamos me sorprendí al ver que había cinco testigos de la congregación de Marcos y Estefanía, que habían ido para ayudarnos a subir nuestras cosas. A partir de ese momento mis padres empezarían a asistir a ese salón, y yo me reuniría con ellos unos meses después. Nos pusimos a descargar el camión y entre todos, en un par de horas, acabamos de subir todo a casa. Después, mi madre sacó refrescos, cervezas fresquitas y patatas fritas para todos.

Pasamos la Semana Santa colocando cosas, deshaciendo cajas, montando muebles... pero también aprovechamos para ir a la playa con los de la congregación, por supuesto.

La playa a la que fuimos estaba en Huelva, a una hora de Sevilla en coche. Al bajar la ventanilla se podía percibir la humedad y el olor a mar. Las playas de Huelva son increíbles, tienen kilómetros de arena y el agua fría, lo cual se agradece con las temperaturas que se llegan a alcanzar en Andalucía, y unos paisajes maravillosos. Mi preferida, en la zona de Mazagón, es paradisíaca. Llegas por una carretera insertada en medio de un bosque de eucaliptos y helechos digna de ver, los colores verdes priman y la mezcla de olores, a sal y a esos árboles, es embriagadora. Cuando estás dentro del agua del mar solo ves montañas y arena. Es preciosa.

Los «hermanos» de la congregación me parecieron simpáticos. Había chicos y chicas de mi edad con los que hablé poco porque estuve con Sofía todo el día tostándonos al sol con una mezcla de aceite, vinagre y limón que había preparado en su casa y había metido en un pulverizador. Entre el olor a ensalada que llevaba, que permaneció incluso después de ducharme con agua y jabón, y el dolor de las quemaduras, qué noche más mala pasé.

Sofía era morena de piel, más o menos igual que yo de estatura (un metro sesenta y seis), tenía el pelo negro y liso, los ojos grandes y marrones, labios

gruesos y curvas perfectas. Daba asquito mirarla de lo buenísima que estaba y lo guapa que era –bueno, y sigue siéndolo–, lo digo desde el cariño y la admiración que le tengo. Después de mirarla a ella prefería no ver mi barriguilla y mis muslos gruesos. Eso sí, estaba orgullosa de mi delantera y me gustaba el color de mis ojos, verdes como los de mi madre.

Llegué a casa con muy buen sabor de boca, me lo había pasado genial y el hecho de vivir cerca de la playa me gustaba. La Semana Santa pasó muy rápido, más de lo que me hubiese gustado.





# VIII

## Capítulo

Vuelvo a Madrid, estoy en el coche con Luisa, Pablo y Lucas. Me siento un poco triste, voy a estar tres meses sin ver a mis padres y me encantaría quedarme por lo bien que me lo paso con Sofía; por mi sobrina, a la que echo mucho de menos cuando estoy lejos, y porque ya me he hecho ilusiones.

Esos tres meses en el instituto fueron bien, me divertí con los de la clase, saqué buenas notas y hasta hicimos una excursión con el instituto para hacer senderismo por la sierra de Madrid.

Viviendo en casa de Luisa me lo pasaba genial. Seguíamos nuestra rutina como testigos de Jehová, pero, aparte, Luisa me daba estudio bíblico una hora a la semana, en el que me explicaba doctrinas de la religión difíciles de entender para mí (todo publicador no bautizado tiene que recibir un curso bíblico, que dura hasta que se bautice, con la finalidad de aprender sobre su doctrina y prepararse para las preguntas que os conté que hacen cuando uno se quiere bautizar), o simplemente leíamos pasajes bíblicos y aplicábamos la enseñanza que nos ofrecían a nuestra vida diaria. También estudiábamos la *Atalaya* los cuatro juntos, para poder llevarla subrayada y con las respuestas a las preguntas que se harían desde la plataforma preparadas, como ya os expliqué antes.

Los meses pasaron rápido. Me despedí de Jara y de nuestra amiga entre risas y lágrimas. Las iba a echar mucho de menos, eran mis amigas del alma, mis hermanas, siempre juntas.

De Lara y de los del instituto me despedí en la fiesta de final de curso. A esa sí me dejaron ir porque no contenía ningún origen pagano, eso decían. Fue genial, pusieron música en el patio, varias mesas juntas llenas de bolsas de patatas y golosinas, muchas botellas con refrescos y vasos de plástico... Era el mejor instituto del mundo para mí. Me preguntaba qué tal me iría en el nuevo, pues otra vez me tocaba cambiar, con lo bien que iba...

Llegué a Sevilla muy ilusionada, la idea de ver a mis padres y al resto de la familia después de tantos meses me hacía sentir unos nervios y una emoción difíciles de contener. Fui todo el camino en el coche de Luisa cantando. Luisa y Pablo me llevaron, pasaron el fin de semana con nosotros y después se volvieron a Madrid, porque el lunes tenían que trabajar. Pablo tenía una empresa de reparto de publicidad y mi hermana trabajaba con él en la oficina o supervisando a los repartidores. Cuando llegamos bajé de un salto y corrí a los brazos de mis padres, que habían bajado al portal a recibirnos.

Era un edificio antiguo, con ventanas de aluminio gris y persianas oscuras. La verdad es que no era nada bonito, pero era barato y la casa por dentro estaba bien y mis padres la habían dejado bastante coqueta. Cuando entré olía a hogar, a mi hogar. Cuánto había echado de menos ese olor.

—Lucía, corre, ve a ver cómo ha quedado tu habitación —dijo mi madre.

Corrí impaciente hacia el cuarto que estaba al final del pasillo, que era el mío.

Era una habitación rectangular, pintada en color crema. Al fondo, una ventana cubierta por una cortina translúcida de un azul cielo dejaba entrar los rayos de sol, que iluminaban la estancia. A la derecha había un bonito escritorio de madera con una televisión pequeña y una gran cajonera, perfecta y preparada para albergar todos mis libros de estudio. A la izquierda, un mueble en forma de arco con mi cama debajo y un gran armario donde

estaban todas mis cosas, excepto las que llevaba en la maleta que traía de Madrid. Me gustó muchísimo, mis padres habían cuidado cada detalle y habían colocado todas mis cosas.

—Mamá, papá, me encanta. Muchas gracias —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

Mis padres ya llevaban tres meses asistiendo al salón del reino de Sevilla, pero yo aún no había ido. El primer día que fui me puse un vestido por debajo de la rodilla, de color rosa con rayas diagonales marrones. Tenía un discreto volante a la altura de las pantorrillas y el escote recatado cuadrado dejaba ver un collar fino de plata que me prestó mi madre. También me puse unas sandalias de tiras finas con unos tacones que me dejaron los pies entumecidos al menos durante las veinticuatro horas siguientes. Yo nunca he sido capaz de llevar tacones, no puedo aguantarlos, me parecen un elemento de tortura. El que los inventó tuvo muy mala leche. Me sentía avergonzada e insegura, como siempre que iba a un sitio desconocido en el que encontraría personas nuevas.

Tenía una inseguridad constante por no encajar. Ahora, viéndolo de lejos, estoy convencida de que estaba causada por el maltrato que viví de pequeña por parte de mis compañeros y de eso tuvo la culpa directamente la secta destructiva a la que pertenecía, ya que me hacía reprimir sentimientos, opiniones y actos. No me dejaron ser yo misma durante muchos años y no pude desarrollar las emociones como una niña normal. Esto hacía que mi comportamiento fuese distinto y me transformaba en el blanco de los golpes, desprecios e insultos. Pero eso ya había quedado en el pasado, o eso me parecía a mí. Qué equivocada estaba.

El salón estaba en una calle estrecha pero bastante transitada y tenía capacidad para unas doscientas personas. Al entrar, a mano derecha había un mostrador, que era donde recogíamos las publicaciones para nuestro estudio personal o para ofrecer a la gente en la predicación. A mano derecha al fondo estaban los aseos, uno para mujeres y otro para hombres. Al fondo a la izquierda, un gran escenario, al que ellos llaman plataforma, con un atril de madera en medio que sostenía un micrófono. En la parte alta de la pared

de la plataforma se podía ver un cartel grande iluminado, con un texto bíblico escrito. El resto del local estaba cubierto de filas de asientos con butacas cómodas y acolchadas, como si de una sala de teatro estuviéramos hablando.

Cuando llegué, minutos antes de que comenzase la reunión, la mayoría se acercó a saludarme y a darme la bienvenida. Los hombres me saludaban dándome la mano y las mujeres me ofrecían dos besos. Cuando finalizó la reunión, nos quedamos aproximadamente una hora charlando con los asistentes. Bueno, yo con Sofía, hablando de que le gustaba un chico del barrio y que quería presentármelo. Esto a mí, por un lado, me atraía, pero por otro, no me atrevía porque sabía que estaba mal a los ojos de Jehová, así que le di largas y le dije que ya iría. Relacionarse con personas de fuera de la congregación está mal a la vista de los testigos. Lo que no quieren es que veas que hay más mundo aparte de ellos y es una forma de ejercer control mental sobre los adeptos. En realidad, los aíslan del mundo.

Ese mismo día, después de la reunión, hice planes para salir a predicar al día siguiente con una «hermana» muy simpática que se llamaba Pili. Tenía unos treinta años, estaba soltera, no trabajaba y vivía con sus padres, los dos jubilados. Pili a lo único que dedicaba su vida era a predicar, ella era precursora.

Los precursores son testigos de Jehová que se han propuesto predicar noventa horas mensuales. Toda su vida gira en torno a predicar, a ir a las reuniones y a estudiar la Biblia mediante sus publicaciones, libros o revistas como *la Atalaya* y *la Despertad* (ellos usan una versión propia de la Biblia, es *La traducción del Nuevo Mundo*, que dista mucho de otras versiones como la Reina Valera). Los testigos de Jehová le dan muchísima importancia a la predicación, es su pilar fundamental, como ya os comenté antes. Son comerciales para la organización, por ello les inculcan tal cosa. Cuantos más adeptos hagan donativos, más gente seguirá a la Watch Tower y más dinero ganarán. Los testigos lo hacen convencidos de que cuantas más personas se conviertan en seguidores de esta religión, más gente se salvará cuando llegue el Armagedón.

Al día siguiente, cuando fuimos al salón para asistir a la reunión previa a la predicación que se hace para ponernos por parejas, Pili pidió la palabra y dijo que, si era posible, quería salir conmigo ese día. El anciano que diri-

gía aquella reunión accedió y nos fuimos camino de la zona que nos había tocado. Creo que fue la primera vez que salí a predicar sin miedo a que me vieran compañeros de clase, porque no me conocía nadie, aún no había empezado el instituto.

«Ring, ring», sonó el teléfono de casa.

—¿Dígame?

—Hola, Lucía, soy Sofía. Oye, que estaba pensando y... ¿tienes algo que hacer hoy?

—Qué va, he salido esta mañana a predicar, pero por la tarde no tengo plan. ¿Qué me propones? —contesté impaciente.

Tenía casi catorce años y muchas ganas de hacer cosas con gente de mi edad.

—Mira, si quieres, te recoge mi padre, nos vamos a la piscina y después damos una vuelta por el barrio y te puedes quedar a dormir en casa.

La verdad es que me resultó un planazo y Sofía era testigo y mi amiga desde hacía años. No había nada de malo, aunque en el fondo yo sabía que había algo que no me gustaba, tal vez que Sofía se juntaba con personas que no eran testigos.

—Vale. Espera un momento. ¡Mamáaaa! Dice Sofía que si me puedo ir a su casa. Iremos a la piscina, a dar una vuelta y luego me quedo a dormir allí —contesté tapando el auricular del teléfono.

—No sé, Lucía, espera a ver qué dice tu padre.

Mi madre salió en dirección a la habitación en la que estaba mi padre jugando en el ordenador. Al minuto salió y me dijo que podía ir.

—Sofía, que sí, que me dejan. Lo que tarde en vestirme y estoy lista.

—En media hora te recoge mi padre, ¿vale?

—Genial, lo espero en el portal. Hasta ahora.

—Ahora nos vemos.

Colgué, pegué un salto con una palmada y salí dispuesta a vestirme y a preparar las cosas que me quería llevar. Guardé una toalla, ropa interior, un pijama, un vestido para ponerme al día siguiente y bajé al portal a esperar al padre de Sofía.

# VIII

## Capítulo

Los padres de Sofía llevaban el mismo tiempo que los míos dentro de la organización, pero de sus seis hijos, cuatro, a pesar de no estar bautizados, habían dejado la organización y ya no asistían al salón ni iban a predicar. De ahí que fueran más permisivos con sus dos hijas. Ya no sabían cómo hacer para que se mantuviesen dentro y prefirieron darles un poco de cuerda.

La casa de Sofía era muy rústica, era una casa de pueblo con olor a madera quemada. Tenía un salón con una mesa en la que cabían doce personas por lo menos. Normal, con todos los hijos que tenían, era una familia grande. La cocina se veía que estaba bastante curtida y desgastada por tanto uso. Tenía una encimera hecha con azulejos y, debajo del fregadero y de los fogones, unas cortinillas ocultaban los típicos cacharros de cocina que había dentro. El patio era pequeño, pero tenía una amplia azotea donde infinidad de veces salíamos Sofía y yo a tomarnos algo o simplemente a mirar las estrellas. En la planta de arriba había tres dormitorios y un baño. El dormitorio principal pertenecía a los padres de Sofía, el mediano a dos de sus hermanos (los otros dos ya no vivían allí) y el dormitorio pequeño era el que compartía Sofía con su hermana. Cuando yo me quedaba allí compartía cama con Sofía, aunque dormíamos poco; pasábamos más tiempo hablando que otra cosa. Después, agotadas, entre risas y confesiones caíamos en los brazos de Morfeo.



Después de ponernos los biquinis nos fuimos a la piscina que estaba al lado de su casa. Justo cuando fuimos a entrar, tres motos pararon a nuestro lado. Las montaban tres chicos de nuestra edad y de una de ellas bajó una chica de media melena lisa, castaña, con ojos marrones y no muy alta.

—*Quilla*, Sofía, qué calor —dijo quitándose el casco.

—Elena, esta es Lucía; Lucía, esta es Elena —comentó presentándonos.

Nos dimos dos besos y entramos en la piscina seguidas de los tres chicos. A mí la situación no me gustó nada. Ni sabía quién era Elena ni quiénes eran los chicos ni si era alguno testigo, aunque en seguida se resolvieron mis dudas. Empezaron los tres chicos a fumar mientras nos miraban. Nos ofrecieron y dijimos que no, obviamente; los testigos tienen prohibido el tabaco. Elena, por la forma de hablar que tenía, deduje que no era testigo tampoco. Usaba palabras malsonantes, como un «coño» en medio de cada frase que decía o un «joder, qué calor» que le salía constantemente. Los testigos tampoco ven bien el hecho de decir tacos, porque la biblia condena el lenguaje soez o el habla obscena.

Elena fue a bañarse con su novio y los otros dos chicos se acercaron al bar de la piscina a por unos refrescos. Mientras, Sofía aprovechó para contarme.

—Que como íbamos a venir a la piscina, me ha parecido buena idea decirle a Elena que venga para presentártela. Somos amigas desde pequeñas, vamos a la misma clase, ese de ahí es su novio —dijo señalando a uno de los chicos—. Y el que está al lado es el que me gusta. Se llama Edu, es guapísimo, y Elena dice que me va a pedir salir —dijo emocionada mientras yo la miraba con pena al verla alejarse del camino correcto, el camino de Jehová.

—¿Y qué vas a hacer? Porque como se entere tu padre...

—Ya, tía, mi padre no se puede enterar —contestó muy segura.

—Y si te lo pide, ¿qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees? —sonrió pícaro.

Yo me sentí súper incómoda, tenía ganas de que se pasase el tiempo para volver a mi casa. A pesar de que los chicos todo el rato nos gastaban bromas e intentaban hacernos reír contándonos chistes, yo no disfruté en absoluto de aquella encerrona. No quería estar con ellos. Aunque en el fondo me sentía atraída por la situación, mi conciencia no me dejaba disfrutar. Sofía y Edu coqueteaban con sus miradas y jugueteaban con sus sonrisas. Aparte de eso, no tuvieron más contacto hasta la hora de volver a casa. Él la agarró del brazo y le pidió hablar en un rincón.

Mientras ellos conversaban, yo me senté en un banco junto a los demás a comer pipas, en silencio. Contaba los minutos para irme, y no era que me cayeran mal, era que no estaba bien aquello y me sentía fatal.

Después de ducharnos, cambiarnos y ponernos ropa fresquita, salimos Sofía y yo solas a dar una vuelta.

—Tía, te tengo que contar —dijo nerviosa.

—Venga, dispara, ¿qué ha pasado?

—Me ha pedido salir y le he dicho que sí. —La miré decepcionada.

—Tía, ¿qué pasa? ¿Por qué me miras así? —preguntó ofendida.

—Pues que es un chico del mundo, no es testigo, y eso está mal, tía. Como te pillen tus padres, te la vas a cargar.

—Ay, es que me gusta mucho, no puedo evitarlo y... —dijo dejando algo en el tintero.

—Y... ¿qué? —pregunté nerviosa

—Que nos hemos besado. Y ha sido un beso genial —contestó con una risa nerviosa.

Yo me decepcioné un poco más, aunque tenía la esperanza de que recapacitase y dejase a ese chico que, si no era testigo, a mi modo de ver de aquella época, me parecía que no le convenía en absoluto. Así fue después de unas semanas saliendo juntos a escondidas. Él quería más de lo que ella estaba dispuesta a darle y terminaron la relación, y yo respiré aliviada. Entendme, si Sofía hubiese seguido con él, hubiese acabado dejando la organización y eso significaba perderla en el Armagedón; habría sido destruida con el resto de los pecadores no arrepentidos.

Cuando volví a casa mis padres me preguntaron qué tal lo había pasado. Yo sonreí, solté un «muy bieeeeeen» y me fui a mi habitación. Mi madre, que me conocía como si me hubiese parido, me preguntó preocupada:

—¿Qué pasa, hija? ¿No te lo has pasado bien?

—Sí, mamá, pero hazme un favor, no me vuelvas a dejar ir. Me lo paso muy bien con Sofía, pero se junta con gente del mundo y no me siento cómoda con la situación.

Mi madre me dio un abrazo y sonrió.

Quiero hacer una reflexión sobre esta vivencia. ¿A vosotros os parece algo malo el haber estado en la piscina tres chicos y tres chicas de la misma edad, bañándose, contando chistes y diciendo tonterías? A mí ahora mismo me parece algo normal y corriente, no hicimos daño a nadie ni cometimos ningún pecado. Pues para un testigo de Jehová, eso es una mala conducta y, si los ancianos se hubiesen enterado de aquello, nos hubiese caído una buena. Los ancianos son personas que un testigo tiene de algún modo idealizadas, son un ejemplo y no es plato de buen gusto decepcionar a uno de ellos. Por eso, en vez de disfrutar del día conociendo a gente nueva, estuve incómoda, no me lo pasé bien y me sentí muy mal. No podía dejarme llevar, no podía mostrarme tal como era y dejar que me conociesen. No podía ser yo.

# XIV

## Capítulo

Llegó septiembre. Voy a empezar el nuevo curso en el instituto, tercero de la ESO. Seguro que sale todo bien. Voy más segura de mí misma, ya que el último año de instituto había sido bueno. Aun así, estoy bastante nerviosa; a ver qué compañeros me tocan.

El instituto era grande, había tres edificios. Uno de ellos destinado a módulos de formación profesional, en los otros dos se repartían las distintas aulas. No teníamos una clase asignada, cada materia tenía una clase seleccionada para impartirse y nosotros nos íbamos cambiando de clase.

La tutora hablaba muy rápido. Entre eso y el acento, al que me costó tiempo acostumbrarme, la entendía a duras penas, pero parecía simpática y se esforzaba por que aprendiésemos. Los compañeros eran la mayoría repetidores, eran todos más altos que yo; en esas edades un año se nota.

Me senté en una silla que había junto a una chica morena de ojos pequeños, caderas anchas y bastante acné. Se llamaba Eli, me dijo, y sonreía a menudo. Ella no repetía curso, era de mi edad. Eli se convirtió en mi amiga en aquel instituto, aunque yo no contemplaba esa palabra, ya que ella no era testigo. Con Eli me lo pasaba realmente bien, era simpática, se tomaba los estudios en serio, era divertida, muy presumida y tenía una lengua viperina.

No se callaba nada, ella siempre daba su opinión sin importar si te fuese a parecer bien o mal. Era de armas tomar.

—Lucía, vente esta tarde a estudiar a la biblioteca. Va a venir también Ana Mari, así terminamos el trabajo de historia y repasamos el examen de geografía de mañana —me dijo Eli después de las clases mientras caminábamos hacia la salida.

—Es que hoy no puedo —le dije sin pensar y de forma automática.

—Bueno, si cambias de idea, allí estaremos —respondió mientras se alejaba en dirección opuesta a la mía.

No era la primera vez que me ofrecía acompañarlas a la biblioteca. Yo tenía ganas de ir, me apetecía mucho, estudiaríamos y nos reiríamos un rato. Así que cuando llegué a casa dije entrando por la puerta:

—Hola, papá; hola, mamá.

—Hola, hija —contestaron a la vez.

—Mamá, dice Eli que si quiero ir a la biblioteca esta tarde a estudiar porque mañana tenemos un examen. ¿Puedo? —pregunté haciendo un mohín.

—Pero ¿cómo vas a ir si hoy tenemos reunión?

—¡Mierda! —dije sin pensar.

Mi madre soltó la cuchara que estaba usando para remover el cocido y me dijo:

—¡Esa boca! Habla bien, mujer. Hoy tenemos reunión y, aunque no la tuviésemos, ya sabes lo que pensamos sobre juntarse con personas del mundo. Y es más, ya sabes lo que piensa Jehová —me dijo cruzándose de brazos—. Queda con Sofía o con alguien del salón.

—Vale, mamá —dije dirigiendo mi mirada al suelo y apartándome para dejarla pasar.

Esa tarde en el salón del reino, invité a dormir a dos niñas, Isabel y Dolores. Isabel era bajita, morena, regordeta y muy callada. Dolores, en cambio, no callaba ni debajo del agua. Era castaña, tenía el pelo rizado en largos tirabuzones, pestañas largas y ojos grandes color miel. Aparte de Sofía, eran las dos chicas de mi edad que había en la congregación. Sofía no pudo venir porque tenía un compromiso familiar, me dijo que iba a reunirse toda la familia en la casa de su hermano mayor para celebrar el aniversario de bodas de sus padres.

Otra incongruencia de los testigos es que celebran los aniversarios de bodas, pero no los cumpleaños, cuando un aniversario de bodas es en realidad una especie de cumpleaños. Celebran aniversarios por todo lo alto, con tarta, comida, bebida... Se suele reunir la familia con la pareja y a veces invitan a algunos amigos.

Nosotras tres lo pasamos bien, estuvimos viendo películas, comiendo palomitas y riéndonos de chistes e historietas que nos contábamos. Las tres dormimos en mi habitación, pusimos un colchón inflable para que pudieran dormir a mi lado, junto a la cama. Cuando apagamos las luces, empezaron las confesiones.

—Tengo que deciros una cosa —susurró Dolores entre risas.

—Cuenta, cuenta —respondió Isabel.

—Me da mucha vergüenza.

—No te hagas de rogar —dije yo.

—Ya lo has dicho, así que ahora lo cuentas —continuó Isabel.

—Vale, allá voy. Me gusta Samuel —dijo tapándose la boca con la sábana para ahogar un grito—. Y a él le gusto yo y nos hemos dado el lote. —Esa vez lo dijo un poco avergonzada.

—¡Pero, tía! —contesté yo.

—Como te pillen, verás —siguió Isabel.

—Pues tú te callas, que te liaste el otro día con un siervo ministerial.

(Para que lo entendáis, los siervos ministeriales son los que están por debajo de los ancianos. Tienen responsabilidades dentro de la congregación y una de ellas es dar ejemplo).

—Tía, eso no cuenta. A mí Santiago no me gusta, fue un momento de debilidad. Pero como digáis algo, os mato.

No pudieron ver mi cara porque no había luz, solo pude guardar silencio y hacerme la dormida.

El hecho de que se hubiese liado, besado, toqueteado, o llamadlo como queráis, con alguien era algo muy malo a los ojos de Jehová, a los ojos de sus padres, de los ancianos y de cualquier testigo de Jehová. Al no estar bautizada no la hubiesen podido expulsar, pero sí que le hubiese caído una buena por parte de los ancianos y de sus padres. De hecho, cuando esto se supo, a él le quitaron el cargo, todas las responsabilidades y se dio un discurso público que trató sobre el tema en cuestión.

Lo que habían hecho, lo llamaban conducta relajada. Ellos lo definen como una conducta desvergonzada o de lascivia y lo relacionan con el libertinaje y el desenfreno. En una publicación suya, haciendo referencia a los primeros cristianos, se dice que esta conducta por aquel entonces era castigada con pena de muerte. También dicen que Dios no ha cambiado de parecer y que siguen condenándola, no con la muerte literal, pero si te expulsan, creedme cuando os digo que os dan muerte en vida.

El lunes fui al instituto con todos mis deberes hechos y dispuesta a empezar una semana con energía. Cuando llegué Eli estaba sentada en su silla, era muy puntual. De hecho, llegaba siempre la primera. Solté mi mochila y me coloqué a su lado.

—Ey, Lucía, ¿qué tal? ¿Qué has hecho este finde? —preguntó de buen humor.

—Pues, vinieron unas amigas a casa a dormir, estuvimos viendo películas y poco más. El resto del finde, en casa.

Omití que había ido a la reunión y a predicar, por supuesto.

—Y ¿de dónde has sacado a esas amigas? Si acabas de mudarte, como quién dice —preguntó intrigada.

—Eeeeem las conocía de antes de venir a vivir aquí —titubeé un poco, pero salí airosa.

—Con ellas sí sales, pero con nosotras no quieres nunca. ¿Por qué? ¿Te caemos mal? —me dijo con un tono que se notaba que estaba ofendida.

—Que va, si me cayeses mal, no estaría sentada contigo. Es que ha coincidido que tenía que hacer otras cosas cuando habéis dicho de quedar —contesté con tono poco creíble.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—¿Y hoy qué tienes que hacer?

—Nada —contesté.

—Pues esta tarde te recojo en tu casa a las cinco para ir a la biblioteca —dijo abriendo el libro y girándose hacia la profesora que acababa de llegar y estaba pidiendo silencio.

No me dio opción a contestar.

—Mamá, sé que no te gusta que salga con las del instituto, pero es que ya me lo han ofrecido muchas veces y me da corte decirles que no.



—Lucía, ya sabes la respuesta, no insistas.

Yo no podía entender que mis padres me dejaran salir con Dolores, Sofía e Isabel, que salían con chicos, se besaban con ellos y no tenían otro tema de conversación, y no me dejaran ir con Eli a la puñetera biblioteca a estudiar. ¡Que no íbamos a quemar iglesias o a sacrificar vírgenes! Además, Eli no hablaba nunca de chicos, nuestros temas de conversación giraban en torno a libros, series y música.

Vosotros, queridos lectores, tampoco lo entendéis, ¿verdad? Pues os daré la explicación: apariencia. Sofía, Isabel y Dolores, de cara a los testigos, eran las más devotas, se esforzaban por salir a predicar, hacían demostraciones en la plataforma para que los demás las vieran como un ejemplo de cómo hay que predicar, comentaban en el estudio de la Atalaya pidiendo la palabra, como ya os comenté que hacen, etcétera... Pero en el fondo no eran ellas mismas. Ellas mismas eran cuando hacían y deshacían lo que les apetecía, yendo a discotecas (cosa mal vista entre los testigos), saliendo con chicos, diciendo tacos a escondidas, fumando (pecado castigado con la expulsión), teniendo una conducta relajada... Pero esto no era sabido por nadie y, aunque hubiesen sabido alguna de estas cosas, tienen una frase popular que dice: «Es mejor el peor de los testigos que el mejor de los mundanos». Esto incluye a los pederastas, que siguen siendo miembros de la congregación aun cuando sus delitos no han sido denunciados debido a las políticas internas de la organización, este tema lo descubrí años más tarde. Con lo que, para unos padres con la mente programada por esta secta, siempre será mejor que su hija se junte con niñas testigos, aunque tengan pájaros en la cabeza, que con alguien que no pertenezca a la organización, aunque sea la persona más buena del mundo. Lo sé, es absurdo y un sinsentido, como la mayoría de las cosas que pasan en la organización de los testigos de Jehová.

A las cinco en punto sonó el telefonillo con un ruido que me hizo saltar de un respingo del sofá en el que estaba sentada con mi madre, recibiendo mi estudio bíblico.

—Mamá, es Eli, ¿qué le digo?

—No insistas, ya sabes lo que pienso. Además, estamos dando el estudio —me dijo molesta por mi perseverancia.

—¿Dígame? —contesté poniendo el auricular en mi oreja.

—*Quilla*, Lucía, baja; soy Eli.

—Eli, no puedo bajar, mi madre no me deja salir porque estamos estudiando —dije con voz temerosa.

—¿Me vas a dejar tirada? Porque habíamos quedado.

—Lo siento, Eli, mañana te veo en clase.

—Pues vale, adiós

Sonó bastante molesta y yo me sentí fatal por ella y por mí, ya que me apetecía bastante el plan.

Ante tanta negativa por mi parte, nuestra relación se fue enfriando y Eli cambió su actitud hacia mí. No podía entender por qué, con lo bien que nos pasábamos en el instituto, yo no quería quedar con ella.

—Lucía, es que no lo entiendo. Si te pasa algo conmigo, me lo dices y se acabó. No puedo entenderlo, eres doña ocupada y yo me estoy cansando —me decía.

Hasta que un día me sentí con fuerzas para contarle lo que pasaba. En qué momento se lo dije, me podría haber callado la boca.

—Eli, lo que pasa es que soy testigo de Jehová, y en nuestra organización tenemos normas estrictas. Una de ellas es no tener trato con personas que no sean testigos. La verdad es que esa norma yo no la entiendo, pero mis padres sí y por eso no me dejan quedar contigo. —Se quedó con la boca abierta exclamando sorpresa.

Por lo visto, Eli era vecina de un chico que iba al salón, con lo que conocía un poco el tema, aunque no por ello se conformó con la explicación.

Salir a predicar se convirtió en un infierno. Durante ese invierno utilizaba un abrigo una talla más grande para poder meter dentro la carpeta con las revistas que usábamos en la predicación, con la excusa de que así no se me quedaban frías las manos las introducía en los bolsillos y así sujetaba la carpeta, que quedaba oculta junto a mi cuerpo, con el objetivo de que nadie que me conociese me identificase con los Testigos de Jehová. Aun así, vivía en un pueblo pequeño y era bastante complicado ocultarme, así que empecé a evitar salir a predicar, cosa que disgustó mucho a mis padres y desencadenó una situación tensa en casa.

Un día cuando iba con mis padres camino del salón del reino, al doblar la esquina me encontré de frente con Ana Mari y Patri, las dos amigas de Eli. Las tres eran con las que me solía juntar en los recreos. Ana Mari era morena, de pelo grueso, tenía los ojos grandes y las cejas perfiladas. Era un poco ordinaria para ser una chica, o eso pensaba yo. Era amiga íntima de Patri, siempre iban juntas a todas partes. Patri era la más alta de la clase, rubia, con gafas, pelo liso y sonrisa encantadora. Tenía encandilados a todos los chicos, pero ella pasaba de todos, solo le interesaba sacar las mejores notas posibles para ir a la universidad a estudiar Historia del arte. Las conocía, teníamos trato, pero no me llevaba tan bien con ellas como lo hacía con Eli.

Yo iba vestida de una forma diferente a la que solía llevar para ir al instituto o a cualquier sitio en general. Normalmente me ponía ropa más cómoda, excepto cuando iba a la reunión o a predicar. Llevaba una falda de tubo negra que me llegaba por las pantorrillas, medias color carne, zapatos de tacón cuadrado, blusa abotonada delante y un abrigo de paño rojo encima. También portaba en la mano un gran bolso donde llevaba guardada una Biblia, un bloc con un bolígrafo para tomar notas de lo que se decía en la reunión, cosa que me la hacía más llevadera y menos aburrida y que mi madre me aconsejó hacer. Mi padre vestía con un traje de chaqueta gris y una corbata burdeos y mi madre llevaba un traje de falda y chaqueta de color negro, zapatos de tacón con cordones y un abrigo de piel sintética encima. Obviamente, llamábamos la atención. Aunque podrían creer que íbamos a una boda, en ese momento ni pensé, solo me sentí avergonzada y, mientras me miraban de arriba abajo, solo pude decir colorada como un tomate:

—Hasta luego, chicas.

Y me empezó a doler la barriga. Tenía náuseas y el dolor era punzante.

Mientras caminábamos hacia el salón, que estaba a cinco minutos de casa andando, mi madre me sugirió:

—Podrías hablarles de Jehová.

—¿A quién? —dije haciéndome la tonta.

—A las chicas esas, ¿son de tu clase?

—Sí, pero prefiero no hacerlo, mamá. Ya salgo a predicar de vez en cuando; dentro del instituto no me apetece, prefiero separar los dos mundos —contesté convincente.

—Bueno, no será por todo lo que sales a predicar últimamente.

—Deja a la niña, mujer, que vamos a llegar ya —dijo mi padre dando por finalizada la discusión.

Y como dentro de la organización el varón es el que manda, mi madre calló sin rechistar, aunque me miró con cara que denotaba inconformismo.

En el instituto ya se encargó Eli de explicarles a Ana Mari y a Patri que yo era testigo de Jehová y que iba así vestida porque íbamos al salón a reunirnos con más testigos. Lo deduje porque las vi cuchicheando y pude alcanzar a escuchar ciertas palabras de la boca de Eli. Ellas asintieron y cuando me acerqué me miraron como si estuviesen viendo a un bicho raro.

—*Miarma*, anda que no ibas guapa el otro día, ¿eh? —dijo Patri en tono burlón.

A lo que siguió Ana Mari:

—¿Ibas de boda o se te había muerto alguien?

Lo siguiente fueron risas burlonas, a las que yo contesté con risa también; no porque me hiciese gracia, sino más bien porque, como dice el dicho, «si no puedes con tu enemigo, únete a él». Intenté hacerles ver que me hacía gracia a mí también y que aquellos comentarios no me ofendían en absoluto, pero era todo lo contrario. Me sentía muy mal y otra vez ese dolor en las tripas. La conversación no fue a más porque Eli desvió el tema. Y pronto sonó la sirena que nos informaba que se había acabado el recreo y debíamos volver a clase.

Haré una reflexión sobre esto. ¿Dónde estaba el problema aquí? Yo era libre de pensar y hacer lo que me diese la gana, no tenía que esconderme de nada ni de nadie ni avergonzarme por mis actos. Igual si lo hubiese gestionado de otra manera, en vez de tener tanto secretismo con el tema religioso, no se hubiesen reído de mí y me hubiesen respetado, pero años atrás lo había pasado tan mal que fui creciendo carente de autoestima y amor propio. No tenía una personalidad suficientemente fuerte como para volver a enfrentarme a otra situación parecida a la pasada. Situación provocada por las limitaciones de nacer en una secta restrictiva y causante de miedo, que me hizo sentirme superior al resto. De ahí venía todo, pero eso lo descubrí más tarde, bastantes años después de dejar la secta.

Ese día al llegar a casa me encontraba fatal, me dolía mucho la tripa, tanto que me tuve que acostar nada más llegar. Aun así, el dolor siguió creciendo, un sudor frío recorría mi espalda y los espasmos eran continuos. Me retorció de dolor y, cuando mis padres estaban a punto de llamar a urgencias –de hecho, mi madre tenía el teléfono en la mano–, le dije que parase, que parecía que se me aliviaba. No llamó, pero al día siguiente me llevó al médico de cabecera.

Cuando me levanté por la mañana, después de la crisis de la noche anterior, me sentía muy débil, como si todas mis fuerzas se hubiesen esfumado por la taza del váter. Estaba agotada y me encontraba realmente mal. Llamamos al centro de salud y pedimos cita para ese mismo día.

# W Capítulo

Me acompañó mi madre, mi padre se quedó en casa haciendo un trabajo para la congregación. Por aquel entonces estaba diseñando un plano a gran escala de los pueblos a los que íbamos a predicar. Iba al pueblo en cuestión, dibujaba a mano alzada las calles, luego lo pasaba al ordenador y después hacía mini planos tamaño cartilla y los plastificaba. Eso era lo que usábamos para orientarnos en la predicación en la zona que nos tocara. Por lo visto los planos antiguos estaban desfasados por obras nuevas que habían hecho en algunos pueblos o cambios de nombre de calles. Todo el material salía de su bolsillo y, como ya sabéis, no tenía ni mucho menos un sueldo decente y los meses de trabajo a jornada completa para la organización nadie se los compensó nunca.

Después de aguardar una larga hora en la sala de espera a que nos tocara el turno para entrar en la consulta, la enfermera formuló mi nombre y entramos tras ella.

—¿Desde cuándo tienes estos síntomas? —preguntó la doctora.

—Pues, esos espasmos tan fuertes, desde hace unos meses, pero desde que va al colegio siempre está con dolores de tripa seguidos de diarreas y a veces vómitos —dijo mi madre preocupada.

La doctora escribió en el teclado de su ordenador en silencio. Cuando acabó, levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia nosotras.

—Pues le vamos a hacer unas pruebas porque hay que descartar enfermedades graves. De momento, sigue una dieta blanda y nos vemos en un par de semanas.

Me hicieron analíticas de sangre, orina y heces, me miraron absolutamente todo. Yo había días que estaba mejor y otros que no podía ni levantarme para asistir a clase. A veces no podía ni comer porque no me pasaban los alimentos y en casa estábamos todos bastante preocupados.

Cuando volvimos a la consulta a recoger los resultados, la doctora nos ofreció asiento y nos contó lo que pasaba:

—Como ya sabéis, hemos hecho pruebas de las enfermedades e intolerancias alimenticias más comunes que cursan con los síntomas que describes y hemos descartado todas. Cuando pasa esto diagnosticamos Síndrome de colon irritable (ahora conocido como Síndrome de intestino irritable). Os explicaré un poco lo que es y qué lo causa.

»El Síndrome del colon o intestino irritable (SII) es un trastorno funcional digestivo, que se caracteriza por la hinchazón, dolor o molestia abdominal y alteraciones en el hábito deposicional, que puede variar desde estreñimiento a diarrea, o ambos. Por sufrir esto no tienes una mayor probabilidad de padecer cáncer ni algo así, sin embargo, puede tener un impacto significativo en la calidad de vida de quienes lo padecen. Lo que mayormente genera esta afección es el estrés. Y ahora es cuando yo os pregunto ¿va todo bien en casa?

—Sí, por supuesto —dijo mi madre. La doctora me miró a mí y asentí.

—Tengo problemillas en el instituto —dije con voz tímida mientras mi madre se sorprendía.

—Bueno, pues yo, como médico, os aconsejo llevar una alimentación sana y, sobre todo, intentar reducir el estrés para que el cuadro mejore.

—Muchas gracias —nos despedimos saliendo de la consulta.

No hablamos hasta llegar a casa y, cuando entramos por la puerta, mi madre me agarró del brazo y me giró para darme un abrazo.

—¿Qué pasa, hija?

—Nada, mamá, el estrés de cambiarme de instituto. No te preocupes, de verdad.

No quise preocupar a mi madre más, ya que tenía problemas serios con mi abuelo, que, al no poder superar la muerte de mi abuela, estaba teniendo un comportamiento impropio de él y ella llevaba tiempo bastante ocupada con el asunto. Mi madre no insistió más y se marchó hacia su habitación a cambiarse de ropa. Yo respiré hondo. De pronto sonó el teléfono.

—Yo lo cojo, mamá. ¿Dígame?

—Hola, Lucía —contestó Dolores, que había salido pronto del instituto para acompañar a su madre a hacer unos recados.

—Hola, Dolores.

—Te tienes que venir este viernes. Hemos quedado Isabel y yo con tres chicos de la congregación de Sevilla centro, vamos a ir a cenar y después a una discoteca —dijo entre susurros.

En Sevilla, al igual que en otras comunidades, hay diferentes congregaciones, normalmente ubicadas en salones cercanos a su territorio. Es decir, nosotros vivíamos en un pueblo de Sevilla, y los testigos de ese pueblo junto con los de tres o cuatro pueblos más nos reuníamos en un salón del reino cercano a mi casa y pertenecíamos a una misma congregación. Y cuando salíamos a predicar lo hacíamos por esos pueblos, nuestro territorio.

—Yo no voy a ir, lo siento —le contesté muy seria.



No me gusta la gente falsa y es lo que ellas eran.

—Venga, Lucía, que somos dos para tres. Te tienes que venir, yo digo que duermo en tu casa, tú dices que duermes en la mía y así no nos pillan —dijo intentando convencerme.

—Sí, un plan muy inteligente, ¿qué te crees? ¿Que nuestras «madres» no van a hablar cuando se vean en el salón? —Se quedó callada.

Aparte de falsa, era poco inteligente, por no decir otra cosa. No es que yo me considere superdotada, pero ¡joder! Como os habréis podido dar cuenta, he puesto madres y lo he hecho entre comillas para que os percatéis del machismo que hay dentro de la organización. No me hubiese imaginado a su padre hablando con el mío sobre nosotras, eso era más bien cosa de madres o de mujeres.

—No vas a venir aunque insista, ¿no? —dijo haciendo un mohín.

—No, Dolores, lo siento.

—Vale, nos vemos —y colgó disgustada.

Yo suspiré y seguí rumbo a mi cuarto. Mi madre me dijo desde la cocina:

—¿Quién era?

—Era Dolores, que quería que saliese con ellas a cenar el viernes, pero le he dicho que no porque son mono tema, solo hablan de chicos y yo paso.

Y ahora sí pude llegar a mi habitación y encogerme en la cama hecha un ovillo para calmar el mal cuerpo que tenía.

Hay jóvenes dentro de la organización que están porque es lo que les han enseñado desde pequeños. Algunos se lo creen, otros no, pero lo que tienen en común es que quieren vivir y experimentar, así que lo que suelen hacer es aparentar ser personas devotas, que se preocupan por aprender lo que dice

la biblia de los testigos y aplicarlo, pero por otro lado, cuando no los ven, llevan una vida normal, van a discotecas, fuman, beben, se acuestan con otras personas... Pero a escondidas, siempre a escondidas, porque, como os contaba antes, si te pillan y estás bautizado, directamente te expulsan. Os hablé ya un poco sobre este tema, pero profundizaré en él un poco más.

Ese año mis exámenes salieron mal, no era capaz de centrarme en nada y suspendí varias asignaturas, suficientes para tener que repetir curso. Falta a clase muchos días debido a mis tripas, ya que lejos de mejorar, fui empeorando. Recuerdo que cuando entraba en un centro comercial o en un sitio público, lo primero que buscaba eran los servicios. Durante años lo pasé realmente mal con este tema.



# Capítulo

En verano fuimos unos días a casa de mi hermana Luisa. Ella y Pablo se habían comprado un chalet en un tranquilo pueblo de Toledo y se habían trasladado hacía poco tiempo. Y como mi padre es tan mañoso, aprovechábamos la visita; les colgaba unas lámparas y les hacía alguna cosilla más. A él le gustaba hacer ese tipo de trabajos y sus hijos, encantados de que los hiciese.

La casa era grande, tenía tres plantas y un bonito jardín con una gran piscina rectangular en el medio.

Cuando llegamos noté cierta preocupación en el ambiente, percibí nerviosismo. Pablo se había dejado barba, cosa muy rara en un testigo de Jehová —los hombres que llevan barba no están bien vistos en muchas congregaciones—, y pasaba horas encerrado en la habitación donde tenían el ordenador. Era extraño, sabiendo que estaba de vacaciones. Un día no pudo más y habló.

Estábamos cenando todos alrededor de una gran mesa rectangular. En la televisión salía la pobreza en el mundo y cómo las ONG ayudan a la gente necesitada y mi madre, mientras partía un trozo de pan, dijo:

—Esperemos que llegue pronto el Armagedón porque es la única solución que yo le veo a todo esto.

—¿Y por qué esperas que llegue pronto? —preguntó Pablo observando nuestras miradas atónitas.

Para ponerlos en situación os diré que Pablo había sido durante muchos años anciano de congregación, daba discursos en asambleas, que ya os comente que son reuniones multitudinarias de testigos, era todo un ejemplo a seguir para cualquiera. Y para mis padres era como un hijo, lo tenían en muy alta estima.

—Hombre, Pablo, porque es lo que todos estamos esperando. Ya lo dice la organización, que su llegada es inminente, y esa palabra denota que está aquí ya —dijo haciendo ademanes con las manos intentando parecer más convincente.

—¿Tú sabes cuántas veces la organización ha dado fechas exactas del fin del mundo? ¿Tú sabes cuántas familias vendieron todo lo que poseían por ponerse a predicar porque llegaba el Armagedón ese año? ¿Tú sabes cuántas personas renunciaron a ser testigos de Jehová cuando vieron que era mentira, que no había fin ni había nada?

Un silencio total invadió el comedor, solo se escuchaban las risotadas de mi pequeño sobrinito.

—No sé qué te está pasando, Pablo, la verdad. Estoy sorprendida.

—Me pasa que durante años los ancianos de la antigua congregación me han hecho la vida imposible. He visto muchas cosas extrañas que no me han gustado y nada tienen que ver con lo que dice la biblia. He acabado agotado y deprimido. Al cambiar de congregación me han quitado el puesto de anciano, cosa que agradezco porque necesito dejar de ver situaciones tan injustas, pero la cuestión es que siguen haciéndome la vida imposible. Todo eso y el montón de preguntas que desde hace años tengo y nadie ha sabido responderme me ha llevado a investigar.

—En páginas apóstatas, supongo —dijo mi madre muy seria.

El significado castellano de la palabra apostasía, según la RAE, es  
1. Abandonar un partido o cambiar de opinión o doctrina; 2. Dicho de

una persona: Abandonar públicamente su religión. Sin embargo, para los testigos de Jehová un apóstata es aquel que ha dejado la organización y habla mal de ella o de Jehová, con lo que tienen completamente prohibido tener trato con estas personas e investigar sobre cualquier cosa que hable en contra de su religión o poniéndola en duda. Y digo yo, si tan claras tienen sus doctrinas y si es la verdad y no hay ninguna otra, como ellos dicen, ¿qué más daría que la gente investigase o comparase esta «religión» con otras? Lo que sucede es que tienen una venda en los ojos que no les dejan quitarse. La organización no quiere que sus adeptos investiguen y lleguen a saber la verdad, la misma verdad que Pablo acababa de descubrir.

—Mira, suegra, dejémoslo aquí —dijo mientras se levantaba a recoger los platos sucios de la mesa.

La conversación no fue a más con mis padres. He de decir que mi padre no interviene mucho en los diálogos porque el pobre tiene una sordera de nacimiento y se entera poco. Después le solemos explicar lo que hemos hablado, nos lee los labios mientras nos escucha por el oído bueno y ya entiende la situación.

Al día siguiente hablé con mi hermana y me dijo que Pablo estaba investigando, las cosas no le cuadraban y quería saber a qué estaban dedicando su vida. A mí me sembró cierta duda. Si Pablo las tenía, era que había que tenerlas. Él ya estaba dentro de la familia cuando yo nací y, por su forma de ser y sus progresos en la congregación, yo —y la familia en general— lo tenía como un buen ejemplo y alguien en quien confiar.

Volvimos a Sevilla con un sabor amargo en los labios, algo no iba bien en la familia. Mis padres estaban realmente preocupados. Si Pablo seguía investigando, al final sería expulsado y yo tenía mucho miedo por el destino de mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos cuando llegase el Armagedón. Una preocupación más para mi colon.

Para hablaros sobre la expulsión primero os debo explicar algunas cosas para que podáis entenderlo mejor.

Como ya os conté, para ser considerado testigo de Jehová primero tienes que cumplir unos requisitos como hacer asignaciones, predicar y responder a un cuestionario y, finalmente, el acto simbólico y público de tu compromiso con esta secta es un bautismo bajo inmersión completa en agua.

Una de las cosas absurdas de esta secta es que para bautizarse no hay una edad específica. Conozco casos de niños bautizados con nueve años. Ya me contarás tú, querido lector, qué capacidad va a tener un niño de nueve años para tomar una decisión tan importante que va a cambiar el transcurso de su vida, como os voy a explicar. Los testigos dicen que siguen el ejemplo de Jesús para actuar en su día a día, como amar al prójimo, poner la otra mejilla, etcétera... Pero en cuanto al bautismo prefieren no seguirlo (en la biblia pone que Jesucristo se bautizó con treinta años) y bautizar a niños que no saben lo que hacen ni las consecuencias de este acto.

Ante la pregunta ¿cuál debe ser la relación con un expulsado?, los testigos aplican este texto bíblico: «Cesen de mezclarse en la compañía de cualquiera que, llamándose hermano, sea fornicador, o persona dominada por la avidez, o idólatra, o injuriador, o borracho, o que practique extorsión, y ni siquiera coman con tal hombre» (1 Corintios 5:11). Por ningún sitio veo que ponga fumadores, por ejemplo, y expulsan por fumar. Es más, cuando se escribió no se hizo en el siglo XXI, a nosotros no iba dirigido. Los testigos ponen un montón de normas sacadas de contexto e inventadas y, si no las cumples, te expulsan.

A un expulsado no se le puede hablar, ni puedes sentarte a comer con él, es como si no existiera, incluso la propia familia debe dejar de tratar con esa persona. Ni un saludo tan siquiera. Esto lo hacen para que la persona en cuestión se vea sola y con su vida destrozada y no tenga más remedio que volver, aunque también para no mezclarse con personas pecadoras y que, de alguna manera, acaben haciendo las mismas prácticas que ellos, según dicen. Cuántas experiencias de matrimonios con hijos, rotos gracias a la expulsión de uno de los cónyuges, o cuantas familias sufren por la expulsión de un hijo al que no pueden hablar ni abrazar ni besar. Y para el que es expulsado, sobre todo, tiene que ser muy duro vivir con la certeza de que está condenado a ser destruido en el Armagedón (si cree la doctrina). Y si es

alguien no creyente, ha de vivir sabiendo que nunca más volverá a tener trato con un ser querido.

En nuestra familia también se vivió esto, yo no llegué a bautizarme, aunque hacía méritos para ello y me estudiaba las preguntas del bautismo con gran empeño.

Seguid leyendo e iréis viendo cómo la expulsión afectó, de una manera u otra, a todos los miembros de mi familia.





# XVIII

## Capítulo

Empecé el nuevo curso como repetidora de tercero de la ESO, sin ganas, con mi barriga peor que nunca y sin ninguna motivación. A pesar de las continuas burlas por parte de mis antiguas compañeras, seguía juntándome con ellas en los recreos, ya que en la clase nueva no llegué a encajar nunca, ni con los alumnos ni con los profesores. Especialmente con la profesora de Lengua y literatura, con quien tuve algunos problemas.

La nueva profesora se llamaba Socorro, tenía unos cincuenta años, llevaba el pelo corto, era morena y bastante exigente. Desde el primer momento ya empezó a lanzar indirectas porque no le gustaba que fuese de Madrid.

—Yo no soy tan redicha como las de Madrid, pero en los dictados me entenderéis perfectamente porque así es como hablo —dijo el primer día de clase, después de que uno a uno nos fuésemos presentando. Ella sabía perfectamente que yo era madrileña.

Me sentí un poco fuera de lugar en ese momento, pero lo dejé estar. Y hubiese pasado como un comentario sin más si no se hubiese vuelto a repetir, pero las alusiones a los madrileños y las faltas de respeto a nuestra forma de expresarnos fueron creciendo. Si en vez de ser mi versión antigua de mí misma se hubiese topado con la nueva, le hubiese dicho unas cuantas cosas

con mi forma de hablar «en madrileño», pero como gracias a los testigos de Jehová yo era una persona débil, sin amor propio, que vivía con miedo constante a todo, me callé.

Un día en clase, mientras Socorro dejaba su bolso encima de la mesa, dijo:

—Buenos días, alumnos, hoy vamos a hacer una pequeña redacción sobre el cambio climático. Os voy a dar un folio con una noticia y tenéis que hablar sobre ello y convencerme de que hay que cuidar el planeta. Bueno, a mí y a vosotros mismos, porque después de leer las redacciones en alto tendréis que votar la que sea mejor y quien gane se llevará un punto extra en el próximo examen.

Todos nos dispusimos a escribir y, cuando se acabó el tiempo, leímos nuestras redacciones. A mí nunca me ha costado expresarme escribiendo, así que la acabé enseguida.

—Ahora vais a votar, escribid el nombre del compañero que haya hecho la mejor redacción y me entregáis los papeles —dijo Socorro.

Mientras hacía el recuento, yo estaba intentando repasar la lección para el próximo examen. No me podía imaginar lo que sucedió.

—Ya tengo los resultados, la redacción ganadora es la de Lucía.

Y antes de que la clase empezase a aplaudir, hizo un ademán con la mano para que no comenzasen las palmas y nadie llegó a hacerlo.

—Sinceramente, creo que habéis votado a Lucía porque ella se expresa de manera diferente al resto, pero como no me parece justo, el punto extra en el examen se lo voy a dar a Yolanda.

Yolanda, que era una compañera que se sentaba siempre en la primera fila, giró la cabeza hacia mí y me dirigió una mirada sorprendida. Nadie dijo nada, nadie aplaudió, todos nos quedamos callados intentando asimilar

aquello y yo me volví a callar, por miedo a hacer el ridículo, supongo. Aunque el mayor ridículo ya lo había hecho la rastrera de Socorro.

Mi barriga iba a estallar de dolor, cada cosa que comía me sentaba mal, me daba miedo salir de casa y tener que buscar corriendo algún baño público porque las diarreas eran horribles. Lo único que me hacía desconectar un poco era subir a casa de mi hermano Marcos los fines de semana. Alquilábamos una película en un Cinebank que había justo al lado de nuestro portal, mi cuñada Estefanía hacía palomitas y mi hermano a escondidas me ponía un chupito muy cortito, rebajado con un hielo, de crema de orujo. Mientras, mi sobrina dormía como una bendita en su habitación repleta de juguetes, en la que primaban los colores rosas. Era tan presumida... Me tenía enamorada, excepto cuando se enfadaba y se ponía a pegarme porque le daba rabia que le dijese que no le dejaba mis cosas. Menudo carácter, a día de hoy sigue teniendo esa mala leche y es una de las cosas que la hace ser tan genial.

Ya no podía más, tenía ojeras, no dormía bien, en el instituto lo pasaba mal por culpa de algunos alumnos y de la profesora Socorro, me dolía la tripa, tenía náuseas... Aun así me levantaba de la cama e iba al instituto. Con los compañeros de esa clase no tenía relación, porque en los recreos me iba con mis excompañeras y durante las clases prefería no hablar.

Ese día mientras, caminábamos por dentro del instituto camino hacia el aula de física, que estaba en otro edificio, un compañero de la clase, bastante popular, pasó su brazo por encima de mis hombros, me dio un beso en la mejilla y caminamos unos pasos. Se llamaba Ángel. Era guapo, pero más pequeño que yo y creo que por eso no me atraía en absoluto, pero me parecía simpático. Tenía media melena oscura, ojos claros, era alto y siempre llevaba ropa de estilo rapero.

No me sorprendió su comportamiento porque, a pesar de no haber hablado nunca con él, soy muy observadora y lo había visto tener ese trato con las demás chicas. Era muy cariñoso, no parecía un golfo, pero apuntaba maneras, supongo.

No me dio tiempo a quitarme —porque estaba bastante incómoda—, cuando dos de sus amigos, que venían de frente, lo saludaron y uno de ellos dijo:

—Hola, Ángel, ¿qué haces con esa? ¡Qué asco! —Se rieron los dos mientras pasaban.

—Anda, cállate, gilipollas —contestó Ángel soltándome en seguida.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Estaba devastada, rota, ni me salían las lágrimas de la rabia que llevaba dentro. No lo pensé, no miré a nadie ni dije nada. Salí corriendo hacia la puerta y me fui del instituto para no volver nunca más.

La culpa de aquel hecho en sí no la tuvo la organización, pero sí la tenía de mi reacción, como ya os comenté más atrás.

Cuando llegué a casa mis padres no estaban, habrían salido a hacer algún recado, pensé. En ese momento, la soledad era lo que necesitaba para poder desahogarme.

Entré por la puerta y fui directa a mi habitación, me metí debajo de las sábanas y rompí a llorar, con congoja, con ganas. Por mis lágrimas salieron años de silencio, años de dolor y de no saber el porqué de tanto ensañamiento hacia mi persona por parte de todo el mundo. Estaba deshecha, sin ganas de sentir aquel dolor nunca más. No valía nada, me sentía inútil y vacía, sin ganas de vivir. Fui al baño, abrí el cajón de las medicinas, cogí una caja de diazepam que usaba mi madre para el dolor de sus articulaciones, la apreté entre mis dedos y pensé en llevarme todas esas pastillas a la boca y de esa manera dejar de sufrir. Había llegado al final, no podía seguir. Pero un pensamiento cruzó de pronto por mi cabeza, supongo que como un pequeño rayo de sol que se escapa entre las nubes en un día tormentoso. Pensé en mi madre. Ella no se lo merecía, no la podía hacer sufrir de esa manera. Y gracias a ella no lo hice, aunque seguí queriendo hacerlo muchas veces más y por las noches pensaba en formas de suicidarme que fueran indoloras.

Sonó la puerta de la calle, escuché cómo entraban y a mi padre cómo decía que iba a salir un momento, de nuevo, a comprar el pan. Mi madre dio un respingo cuando se asomó a mi habitación y me vio metida en la cama.

—Pero, hija ¿qué haces aquí tan pronto? ¿Otra vez la dichosa barriga? —dijo acercándose mientras se sentaba en el borde de la cama. Me giré hacia ella con los ojos rojos y aún llenos de dolor.

—Mamá, no puedo más. Soy una mierda, no valgo nada y me quiero morir —dije desconsolada mientras a mi madre le cambiaba el semblante y se le llenaban los ojos de lágrimas de preocupación y tristeza.

—Pero, cariño, ¿por qué dices esas cosas? Cuéntamelo, por favor —me dijo sin poder contener el llanto.

Le expliqué lo que había pasado aquel día, las burlas de mis compañeras y lo del acoso de la profesora de lengua, pero en realidad aquella situación era mucho más antigua. El problema real seguía latente y siguió un poco más.

Para mi madre todo cobró sentido, mi síndrome, el estrés, las faltas de asistencia... Limpiándose la nariz y recomponiéndose un poco me dijo que no tendría que volver más al instituto. Ella iría a hablar con el tutor y le explicaría la situación para que entendiese por qué una chica de quince años dejaba de asistir a clase. Y me propuso algo:

—Aún no tienes edad para trabajar, sin hacer nada no puedes estar. Así que lo que puedes hacer es salir a predicar más, así harás algo bueno por Jehová y te vendrá bien mantenerte ocupada.

Acepté en silencio y acabamos aquella conversación abrazadas. Después se marchó de la habitación, yo me quedé en la cama más aliviada, pero aún con un vacío muy grande en el pecho y una sensación de no poder tragar de la ansiedad tan grande que tenía. Me relajé, me dormí y por la tarde comencé a seguir su consejo.

Como ya os comenté antes, para los testigos de Jehová lo más importante es la predicación, para salvar vidas, según dicen, y para hacer la voluntad de Jehová, siguiendo el mandato que Jesucristo les dio a los apóstoles de llevar sus enseñanzas a otros. Ellos, en sus publicaciones, directamente desaconsejan que los jóvenes accedan a estudios superiores, ya que les quitarían tiempo para predicar y se verían mal influenciados por otros jóvenes que asisten a las universidades. Por ello muchos en edad de ir a la universidad optan por aprender un oficio que les deje tiempo para poder predicar porque en realidad es lo más importante, ya que el Armagedón está a la vuelta de la esquina –aunque esto llevan diciéndolo años, más tarde os hablaré de ello–.

Lo que realmente sucede es que esta secta, como cualquier otro grupo que ejerce control mental con sus adeptos, prefiere que las personas no tengan estudios, que no se hagan preguntas y que no investiguen. Cuanto menos sepan de manera general, mejor, más manejables son mentalmente. Ya se encarga la organización de enseñarles verdades a medias o directamente mentiras a través de sus publicaciones.

Mi madre fue a hablar con el tutor, le explicó lo que me había pasado y entendió a la perfección que dejase de asistir a clase. Le dijo a mi madre que él era un gallego viviendo en Sevilla y había pasado por algo parecido. No hubo más. En ese momento me pareció genial. Hoy en día me parece una salvajada. Lo lógico hubiese sido intentar solucionar aquel tema o incluso cambiarme de instituto, pero creo que al tutor le importaba poco el destino de una de sus alumnas y no tenía ganas de enfrentarse a la profesora de Lengua. Y mis padres creyeron que dejar el instituto era lo mejor, ya que así podría dedicar tiempo a la predicación y me centraría en temas espirituales, llegaría a bautizarme o incluso a ser precursora a tiempo completo. ¿Y cómo me mantendría? ¿De qué viviría en el futuro? Pues supongo que mis padres, pertenecientes a otra generación, pensarían que el día que me casase ya se encargaría mi marido de trabajar por los dos o que podría buscar algún empleo en el que no fuese necesario tener estudios.

No los culpo de aquello, ellos actuaron como creyeron que era mejor y miraron por mi bienestar. Los culpables fueron los mismos que les programaron el cerebro el día que comenzaron a estudiar la Biblia con los testigos, la Watch Tower.

Empecé a salir a predicar como si de un trabajo a jornada completa se tratase. No faltaba nunca a ninguna reunión, siempre tomaba notas para no perder palabra sobre lo que se decía, comencé a hablar más con hermanas precursoras, como Pili, y me propuse como objetivo bautizarme pronto. Pero algo no cuadraba, todo aquello no terminaba de llenarme, no sabía si me creía todo lo que contaban, tenía dudas. Llevaba toda mi vida escuchando que el Armagedón estaba a punto de venir, pero nunca venía. ¿Cuándo llegaría ese paraíso tan ansiado en el que no habría más sufrimiento ni enfermedades ni dolor? Estaba tardando más de lo previsto, pensaba yo.

Por las noches, a pesar de leer la biblia antes de acostarme y de orar a Jehová, seguía teniendo ese agujero negro en medio del pecho que me llevaba a tener pensamientos oscuros sobre cómo infligir daño a mi persona. Y así fueron pasando los meses.





# XVIII

## Capítulo

Mientras tanto, llegó la segunda boda de mi hermana Elisa. En su anterior matrimonio las cosas no fueron bien y se tuvo que divorciar. Dentro de la congregación se opusieron, en un principio, puesto que no creían que fuese un divorcio por adulterio, como ella les comunicó (cosa totalmente cierta). Pero a pesar de que ella les había dado pruebas médicas de lo que le había contagiado su marido, le pusieron como condición, para aceptar el divorcio, que les proporcionase una carta firmada por su exmarido en la que admitiese el adulterio cometido. Mi cuñado Pablo, que en esa época aún era anciano de la congregación, pudo mediar en aquel sinsentido y admitieron su divorcio.

Cuando un testigo de Jehová decide divorciarse lo puede hacer con el beneplácito de la organización, siempre y cuando sea por adulterio. Si te divorcias sin que haya sido la causa este hecho, después no te puedes volver a casar. Porque, si lo haces, te expulsan por adúltero ya que consideran que no tenías razones suficientes, según la biblia, para terminar con tu matrimonio y, por lo tanto, sigues casado a ojos de Dios.

Por aquel entonces el matrimonio de mi hermano Diego también iba mal y tomó la decisión de separarse, aunque sin el apoyo de la organización. Pero en esa época a Diego le importaba poco lo que pensasen de él, tenía

que acabar con esa situación porque no aguantaba más el estar casado con aquella mujer, que creedme cuando os digo que era muy mala persona. Y me diréis ¿y por qué se casó con ella? Pues porque mantuvieron relaciones sexuales siendo bien jovencitos sin estar casados y los ancianos de la congregación los obligaron: o se casaban o los expulsaban.

Su exmujer, en un arrebato de celos y de venganza, fue a los ancianos a contarles algo para hacerle daño a Diego. Les dijo que mi hermano había fumado estando con ella. Cosa cierta, pero también hay que decir que ella también fumó, pero esa parte la omitió.

Fumar sin arrepentirse es claro motivo de expulsión, con lo que ello conlleva, como ya os expliqué. Pero Diego estaba cansado de tanta hipocresía y de tener que aparentar algo que no era, así que cuando los ancianos le preguntaron que si estaba arrepentido él dijo que no.

Todo eso coincidió con la fecha de la boda de Elisa, lo que era bastante malo para la familia porque, si Diego estaba expulsado e iba a la boda de su hermana, ningún testigo podría asistir y, en esa época, la mitad de los invitados pertenecían a la secta. Aunque Diego dijo que, si tenía que sacrificarse y no ir, él estaba dispuesto a hacerlo.

Finalmente, no hizo falta porque, a pesar de los intentos de los ancianos de la congregación de expulsarlo antes de la boda para así fastidiar a mi familia (ya que esos mismos ancianos eran los que habían estado mortificando a Pablo durante años y al parecer cogieron cierta manía a la familia en general), se demoró el asunto por razones externas lo suficiente para que nos diese tiempo a todos a asistir a la boda.

Mis padres lo pasaron muy mal con la inminente expulsión de su hijo, pero tenían una cosa muy clara: Diego era su hijo. Lo habían expulsado por fumar, no por matar a alguien. Ellos no dejarían de hablarle y de tener trato con él, al igual que el resto de la familia, a pesar de que ancianos de la congregación de mis padres, en Sevilla, viniesen a casa a amenazarlos y a decirles que tenían que dejar de tener trato con su hijo. A lo que ellos contestaron que jamás harían eso. Si tenían que tomar alguna decisión drástica

respecto a ellos y la congregación, la acatarían, pero su hijo era su hijo. No puedo estar más orgullosa de esa decisión.

A mis padres no los expulsaron, pero mi padre nunca más volvió a tener un cargo importante en la congregación. Antes era siervo ministerial, que ya os expliqué lo que son (digamos, los ayudantes de los ancianos). Y tenéis que saber que, cuando quitan a alguien de un cargo importante, esta persona es motivo de chismes que cuestionan su espiritualidad. Todo eso tuvieron que aguantar mis padres por el hecho de tener trato con su hijo, que había fumado una vez.

Yo estaba bastante enfadada con la situación en general y me sentía en shock, no sabía muy bien cómo actuar con respecto a la organización. Respecto a mi hermano lo tenía muy claro, ni por todo el oro del mundo iba a dejar de tratar con él.

El tiempo iba pasando y pensé que algo tenía que hacer para formarme, aunque supusiese bajar el ritmo en la predicación, y mis padres me animaban a ello también. Mientras que fuese algo que me dejase tiempo para asistir a las reuniones e ir a predicar, no se iban a oponer, al contrario. Comencé a buscar a qué me podía dedicar sin tener ni siquiera la secundaria y fueron pocas cosas las que encontré, ya que para la mayoría de los cursos privados se necesitaba poseer un dinero para la matrícula que no teníamos en casa, o había que tener posesión de otros títulos, como el de la ESO, mínimo. Así que eché dos solicitudes, una para un curso de jardinería con prácticas en el Ayuntamiento y la posibilidad de quedarme a trabajar en ese puesto, y la otra para un curso de hostelería, en el que aprendería técnicas para cocinar, a familiarizarme con todos los útiles que se usan en un restaurante y después aprendería a servir mesas, llevar bandejas, coger tres o cuatro platos con una mano y a hacer unos cafés de impresión; saldría preparada para poder trabajar en cualquier restaurante como ayudante de cocina o como camarera.

Me llamaron de los dos sitios a la vez. Me lo estuve pensando durante un tiempo, recordando las palabras que mi hermano Diego me dijo una vez en una conversación que tuvimos tiempo antes de que dejara de ir al instituto.

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

—Pues la verdad es que no lo sé. Me gusta cocinar, pero no lo tengo nada claro —le contesté.

—Tienes que ir pensándolo porque vas a llegar a una edad en la que tendrás que decidir a qué quieres dedicarle la mayor parte de tu tiempo.

Me descolocó un poco que mi hermano me dijese esto, ya que creía que la mayor parte del tiempo la debía dedicar a Jehová.

—Debes pensarlo y hacer lo que te guste a ti, no a los demás. Y cuando lo elijas tienes que poner empeño en ser la mejor en lo que hagas. Pero tienes que hacer algo, si no, ¿qué va a ser de ti? ¿Vas a esperar a que alguien te mantenga siempre? Si no haces nada, en unos años te arrepentirás porque no serás independiente, y seguro que algún día te gustará tener una casa propia con tus cosas, o salir y entrar sin tener que dar explicaciones a nadie.

Yo escuchaba y asentía. Él no se daba cuenta del bien tan grande que estaba haciendo en mí con esa conversación. Porque me di cuenta de algo bastante evidente: ni Jehová ni la predicación me iban a dar de comer, y yo quería tener mi dinero propio para, después de ayudar en casa, contribuir donando parte al salón del reino, poder comprarme mi ropa o caprichos y ahorrar para el futuro. Esa conversación me hizo ver que había un mundo aparte de la organización y o cogía el tren o me quedaba en tierra.

Finalmente, después de pensarlo, estuve convencida de que quería ser la mejor cocinera de España. Así que acepté la plaza en la Escuela de Hostelería para el siguiente curso.

Mientras llegaba el inicio del nuevo curso, mi hermano Diego me ofreció un trabajo en Madrid, en su empresa. Él trabajaba, y sigue haciéndolo, en una imprenta. Se dedica al diseño gráfico y me consta que es uno de los mejores. Trabaja en una empresa familiar en la que sus compañeros son amigos suyos porque se conocen desde hace años y el trato con sus superiores es muy cercano.

Sus jefes les dijeron que tenían que hacer unos trabajos extraordinarios y que necesitaban contratar a alguien externo. El trabajo consistía en ir metiendo una serie de artículos en cajas e ir poniendo pegatinas. Monótono, sí, pero muy bien pagado, y con lo que conseguí pude ahorrar lo suficiente para más tarde sacarme el carnet de conducir y pagarme un viaje que me llevaría a un encuentro conmigo misma, en el que me haría promesas que nunca antes me había hecho, y en el que viviría aventuras increíbles, pero eso pasó años más tarde.

Mi hermano, por aquel entonces, se acababa de separar de su actual exmujer, y estaba empezando a vivir y a disfrutar de la vida. Se juntaba con un grupo de amigos suyos que eran testigos de Jehová, pero que no llevaban una vida propia de un testigo. Algunos fumaban, decían tacos, se acostaban con otras personas, había incluso algún expulsado, aparte de mi hermano. Yo desconocía todo esto hasta que un día, mientras estaba en casa de Luisa dándome un masaje en los pies doloridos por la semana de trabajo a destajo, me dijo:

—Lucía, ¿te vienes esta noche a cenar con mis amigos y conmigo? Vamos a ir a un restaurante chino y después a tomar algo.

Yo accedí inmediatamente. Si me lo hubiese propuesto Dolores o Isabel, que llevaban doble vida como los amigos de mi hermano (y como en otras ocasiones me lo habían propuesto), hubiese dicho que no. Pero me lo estaba pidiendo Diego, mi hermano súper genial al que intentaba imitar desde pequeña cogiendo sus pesas, o al que tenía idealizado por ser tan decidido y tener el mejor sentido del humor del mundo. Era mi hermano y con él siempre iba a estar segura. Allá donde fuese, él nunca me iba a fallar. Y así fue.

Cuando llegamos al restaurante allí estaba Fran, que estaba casado con la hermana de la exmujer de Diego, eran muy amigos desde niños, ya que íbamos al mismo salón del reino. Fran tenía el pelo por los hombros, rizado y castaño, llevaba una perilla recortada, muchos tatuajes y varios pendientes. Ese día me enteré de que se estaba divorciando también. A su lado estaba sentado Jose con su hermana, los dos eran hijos de un anciano. Jose tenía el pelo negro largo, aunque no le llegaba a los hombros, lo llevaba engomina-

do. Era alto, de espalda ancha y manos grandes. Me fijé en que tenía los ojos verdes, unas cejas perfectas, que realzaban su mirada siempre risueña, labios gruesos y nariz pequeña. Llevaba una camisa negra, botas Harley Davidson y los dedos llenos de anillos de plata. Estaba todo el rato diciendo payasadas y riéndose, además de bebiendo como un cosaco. No me cayó nada bien. Me pareció un chulo y encima un falso, que iba al salón y predicaba, pero después tenía una vida de alguien que no tiene que rendir cuentas a nadie y menos a una organización tan restrictiva (aunque tenía sus razones, algo que supe años después).

Su hermana me cayó genial. Era guapa, alta, con ojos grandes y vivaces, cintura fina y una buena delantera. Ella tenía cuatro años más que yo. Era simpática, lista y parecía muy segura de sí misma. Ojalá yo pudiese tener esa fuerza para enfrentarme así a la vida, pensaba.

A cenar solo vinieron ellos tres, pero después nos juntamos con más gente para tomarnos algo en un bar que había cerca del restaurante, al que solían ir mucho y cuyo dueño conocían bien.

Aquella noche me sentí un poco viva. Alguien, aunque fuese mi hermano, me había tomado en cuenta. Sus amigos me habían respetado; no hubo ni una burla ni hacia mi físico, ni hacia mi forma de hablar, todo lo contrario. La hermana de Jose se acercó a mí para decirme que le encantaba el color de mi piel, que tenía las piernas muy morenas y muy bonitas, y me dijo que ojalá ella cogiese ese color, que las suyas estaban demasiado blancas. Yo en ese momento me quedé congelada. Una chica como ella quería tener algo como lo tenía yo. Aquello era imposible, no podía estar pasándome. Y Fran me agarró por encima de los hombros sin avergonzarse de mí para preguntarme por mis padres y por la familia en general. Un tío tan guay, que caminaba con un aire tan despreocupado que en cada paso que daba parecía que iba a comerse el mundo. Igual yo no era tan mierda como creía, igual tenía que cambiar. Pensé que podría hacerlo y me sentí bien.

Al día siguiente salí con mi sobrina Jara y sus amigos del instituto. Mi hermana Elisa la dejaba salir más desde que empezaron a tener dudas respecto a la organización. Eran las fiestas del pueblo y las peñas quedaban para

hacer barbacoas, bailar y beber. Fuimos a la plaza del pueblo y bailamos hasta que nos dolieron los pies y no pudimos más. Nos reímos, bebimos tinto de verano y nos contamos nuestras cosas. Lo pasamos genial. Hacía tiempo que no nos veíamos y disfrutamos como cuando éramos niñas. Jara lo había pasado muy mal porque estaba completamente enamorada de un chico desde que eran niños. Era mutuo, pero mi hermana no la dejaba salir con él ni a dar una vuelta, hasta que accedió. Estuvieron saliendo una temporada, pero lo acabaron dejando.

En casa de Luisa y Pablo las cosas estaban raras. Entre la reciente expulsión de Diego y que Pablo seguía investigando, habían tomado la decisión de dejar de bajar a las reuniones hasta que todo quedase claro. Mientras, los ancianos los acosaban yendo a su casa varias veces a la semana, para intentar hacerlos recapacitar y que volviesen a reunirse, pero nunca pudieron responderles a tantas preguntas que se hacían. Como, por ejemplo, ¿por qué los testigos de Jehová predijeron el fin del mundo tantas veces dando fechas? Cuando la biblia dice que ni siquiera el hijo (refiriéndose a Jesucristo) sabe el día ni la hora.

Los testigos de Jehová, mediante sus publicaciones, predijeron el fin del mundo varias veces basándose en creencias ocultistas, tales como la piramidología, la numerología o la astrología. 1874, 1914, 1915, 1918 y 1975. Dijeron que el fin del mundo, el Armagedón, vendría en esos años. Fueron cambiando las fechas conforme pasaba el tiempo y veían que habían dado datos erróneos y, por lo tanto, habían hecho profecías falsas. Animaron a los fieles seguidores a que dejaran sus casas y sus posesiones familiares para que se dedicasen a predicar porque el fin era inmediato. Muchos vendieron sus propiedades, dejaron sus empleos, empeñaron sus posesiones, algunos apartaron sus planes de formar una familia con tal de tener tiempo para emplearse a fondo en la predicación porque ya venía el Armagedón. Pero, evidentemente, no vino en ninguna de las fechas que dieron.

Después de cada fecha errada, muchas personas despertaron y dejaron la organización y muchas otras permanecieron a pesar del engaño, que no asumieron como tal, sino como una equivocación humana que disculparon para seguir adelante. Porque la organización les echó la culpa a los fieles,



diciendo que en aquellos días «algunos» estaban mirando una fecha en concreto para el fin, cuando fueron ellos quienes promovieron la profecía falsa. La biblia advierte sobre los falsos profetas, incluso da instrucciones de cuidarse de ellos, ya que vienen disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. De hecho, en el mismo texto bíblico dice que Jesucristo los apartaría de su lado por ser obreros de la maldad (Mateo 7:15-23, Reina Valera). Para alguien que creyese en la Biblia los testigos podrían ser claramente un ejemplo de estos lobos disfrazados, ya que han profetizado en falso varias veces, como habéis podido ver.

Otra pregunta que se hacían era ¿por qué los testigos de Jehová mueren o dejan morir a sus hijos antes de ponerse una transfusión de sangre? Sobre este tema ya os di mi opinión antes, pero lo que no os conté es que, desde el año 2000, los testigos admiten ciertas fracciones de componentes sanguíneos, cosa bastante absurda porque la sangre es sangre y admitir cierta proporción de plasma, por ejemplo, y no contemplar ponerte una transfusión completa no tiene sentido. Una norma de tantas, absurda, pero no por ello menos peligrosa para adultos con el cerebro programado y niños inocentes.

Pablo, al formular estas preguntas, lo tenía que hacer con cuidado porque lo podían tachar de apóstata con la consiguiente expulsión, y éramos muchos los de la familia que tendríamos que dejar de tratar con él –entre ellos su hermano, marido de mi hermana Elisa, o su madre–. Aunque estos también tenían bastantes dudas respecto a la organización.

Cuando volví a Sevilla me sentía más importante. El haber ganado un dinero en el primer trabajo remunerado de mi vida y el hecho de haber salido con gente que me trataba bien, incluso con admiración, me hicieron sentir que yo valía algo más de lo que había estado pensando todo ese tiempo.

Con ese viaje y toda la información que me dio Pablo en cuanto a sus preguntas sin respuesta –os he puesto solo algunas, pero había infinidad de ellas–, comenzó mi despertar, que sería solo uno de tantos despertares más.

Volví sin ganas de predicar, sin ganas de ir a las reuniones, sin ganas de nada y por ello me sentía mal. Yo solo quería volver a aquel pueblo de Toledo

que albergaba a gran parte de mi familia, allí sentía que encajaba, que era mi sitio. No sé qué tiene ese pueblo, pero es como si llevase un imán pegado y me atrajese hacia él. A día de hoy me sigue pasando, tengo una conexión especial con esas tierras manchegas.

Necesitaba más de aquello, juntarme con mi hermano y sus amigos, con Jara, ver a mis sobrinos crecer, abrazar a mis hermanas, necesitaba seguir escuchando a Pablo y los consejos de Diego. Pero estábamos lejos, la escuela de hostelería empezaría pronto y debía comenzar a tomar las riendas de mi vida apartada de todo aquello, que tenía por seguro que algún día no sería solo un sueño conseguir.



# XIV

## Capítulo

Un día en el salón del reino se me acercó un anciano.

—Lucía, ¿podemos hablar un segundo?

—Claro, ¿qué sucede? —pregunté algo incómoda.

—Es sobre Sofía, nos han llegado rumores que dicen que ha fumado a escondidas. ¿Tú sabes si es cierto?

—En absoluto. Puedo poner la mano en el fuego por ella. Sofía no ha fumado en la vida —dije resuelta y sin albergar duda alguna.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Si a un anciano le llega un rumor de este tipo, tiene la obligación de investigarlo y yo, como testigo de Jehová, aunque aún no estuviese bautizada, tenía la obligación de ayudar a Sofía diciendo la verdad. Así que eso fue lo que hice.

—Sofía, ha venido un anciano a preguntarme que si has fumado.

—Tía, ¿y qué le has dicho? —preguntó nerviosa con los ojos como platos.

—Pues la verdad, que no has fumado en la vida y que pongo mi mano en el fuego porque ese rumor es falso.

—Gracias, Lucía, de verdad. Yo no he fumado. A saber quién se ha podido inventar aquello.

Y ahí quedó el hecho en cuestión. Tiempo más tarde supimos que Dolores era la que había provocado aquella situación.

Por aquella época mi abuela paterna, que vivía en Madrid pero que llevaba un tiempo viviendo con nosotros en Sevilla, enfermó y mis padres la internaron en una residencia del centro. Era un antiguo palacete decorado como tal. No parecía una residencia, tenía aspecto de hogar y no de hospital. Tenía un gran piano que todos los fines de semana era tocado por algún músico que contrataban, iban coros a dar conciertos en vivo y los abuelitos podían decorar su habitación como quisiesen. Nunca había estado en un sitio así. Mi abuela, al principio de entrar allí, salía y entraba con las amigas que hizo. Al estar en una calle muy céntrica, podían salir de compras o a comer. En la residencia le podían dar los cuidados que en casa no éramos capaces de darle, por la enfermedad de mi madre, que cada año que pasaba iba a peor. Al principio a mis padres les costó mucho tomar la decisión de internarla, pero pronto comprendieron que, bajo las circunstancias en las que estábamos, era lo más acertado y ella accedió. No obstante, íbamos a verla a menudo. Nos tomábamos algo en la cafetería, salíamos a pasear y no nos perdíamos ningún concierto o función de los que allí se hacían.

Mi abuela era muy guapa. No era muy alta, pero, a sus noventa años, podía presumir de no tener prácticamente arrugas en su cutis brillante y terso, no le faltaba ni un diente y siempre llevaba los ojos pintados con sombra gris perla brillante y los labios color carmín, porque era muy presumida. Cuando yo le preguntaba cuáles cremas había usado de joven, ella me respondía que agua y jabón lagarto. Cuando era joven, incluso ganó un premio de Miss Prensa de un barrio de Madrid. No todo el mundo puede presumir de tener una abuela miss.

La abuela se convirtió en mi confidente. Cuando necesitaba desahogarme iba a verla a la residencia y, mientras jugábamos a las cartas, le contaba

algunos de mis problemas. Mi abuela nunca había querido estudiar la biblia con los testigos, ella era católica de las que tienen por costumbre ir todos los domingos a misa, se santiguaba cuando yo decía alguna barbaridad y, cuando creía que pecaba, se confesaba con el cura de la parroquia. Ella me decía que hay que vivir la vida, que solo son dos días y pasa volando y que lo que decían los testigos eran tonterías, aunque ella respetara que fuésemos todas las semanas a escucharlas. Durante un tiempo, incluso, vino con nosotros a las reuniones, solo porque yo se lo pedía y quería contentarme y acompañarme. Ese tiempo que vivió con nosotros sirvió para que se crease un vínculo entre las dos que duró hasta el fin de sus días. Solo yo sé cuánto la echo de menos a día de hoy.

El día que empecé a asistir a la escuela de hostelería me llevó mi padre en el coche. Yo iba bastante nerviosa, pero con muchas ganas de aprender el oficio. En la clase éramos unas quince personas, todos más o menos de mi edad, menos dos señoras, que iban para ampliar conocimientos.

La escuela estaba en un pueblo de Sevilla, era un caserón que se usaba los fines de semana para celebrar fiestas privadas, bodas y comuniones. Era un edificio muy grande con paredes de color granate y estaba repleto de columnas que sostenían los techos inmensamente altos que tenía. En medio del edificio, un gran patio decorado con palmeras y asientos de madera envejecida comunicaba los numerosos salones con la impresionante cocina, en la que pasé la mayor parte del curso.

El primer día nos dieron el uniforme, que constaba de guerrera blanca, pantalones de cuadros, pico para el cuello, delantal de algodón y gorro de cocinera.

Cuando me puse aquel atuendo fue la primera vez en mi vida que me sentí fuerte, con ganas de comerme el mundo y con intención de hacerlo.

La gente era simpática, pero yo no terminaba de soltarme. Estaba reprimida aún y no por timidez, sino por miedo. Volvieron mis fantasmas generados por años de maltrato, causados por haber nacido en una secta, pero tenía la sensación de que esta vez algo había cambiado dentro de mí y no era la adolescencia precisamente.

Mis padres se dieron cuenta de que intentaba poner excusas para asistir a las reuniones o para salir a predicar, mostraba menos interés por todo lo que estuviese relacionado con la religión y dejé de recibir estudio bíblico. En aquella época me lo daba mi madre y siempre le ponía excusas para librarme.

—Lucía, tenemos que dar el estudio. Si quieres, elige tú un libro, el que más te guste —me decía mi madre intentando convencerme.

—Vale, mamá, lo pienso y mañana lo damos —le contestaba dándole largas una y otra vez, día tras día.

Porque mis intereses habían cambiado. Ahora quería centrarme en mi futuro profesional, y cada vez me apetecía menos relacionarme con aquella gente hipócrita que llevaba doble vida y con la que no conseguí encajar nunca, a pesar de mis numerosos intentos por integrarme en el grupo de jóvenes que iba al salón del reino.

Mis padres no me preguntaban nada al respecto. Yo creo que se temían que la influencia de mis hermanos estuviese haciendo que me alejara de la organización y, desde luego, era una de las razones. Ellos intentaban convencerme de ir, me hablaban de la esperanza maravillosa que teníamos y yo, mientras ellos se dirigían a mí, pensaba en por qué no había podido celebrar mi cumpleaños nunca. Intentaba que me lo explicasen y me soltaban la misma retahíla de siempre, que solo aparecen dos cumpleaños en la biblia y los dos acabaron en tragedia y bla, bla, bla. Razonamientos absurdos que no cuadraban y acabábamos discutiendo y dejando el tema.

Cuando les preguntaba sobre alguna cuestión más delicada, como el tema de la sangre, decían que ellos estaban dispuestos a morir, si hacía falta, antes de ponerse sangre y, para que su razonamiento tuviese más peso, mi madre decía que mi abuela estaba muerta por culpa de una transfusión de sangre que le pusieron con treinta años. Tenía razón, ella murió de cáncer de páncreas, causado por el virus de la hepatitis, del cual la contagiaron cuando le transfundieron sangre a los treinta, pero no tenía sentido; no se puede comparar una transfusión hecha en los años cuarenta con una hecha hoy día.

Aparte de eso, gracias a esa transfusión mi abuela pudo vivir cincuenta años más, ya que murió con ochenta.

En la escuela de hostelería hice varios amigos. En realidad, tenía trato con casi todos, eran divertidos y nos lo pasábamos bien. Yo cada vez me abría un poco más, aunque el miedo a decir algo inapropiado en un momento dado me aterrorizaba. Hablaba mucho con una chica llamada Victoria. Juntas hacíamos una salsa bechamel para chuparse los dedos, mientras una le echaba pimienta y nuez moscada la otra la removía y después rebañábamos la cacerola con una cuchara. Victoria era morena, tenía el pelo rizado y, debajo de las gafas que llevaba, dos grandes ojos marrones. Era muy risueña y, cuando se trataba de ayudar a alguien, ella siempre estaba dispuesta.

También hablaba mucho con Manoli. Era diez años mayor que yo, pero las risas que me echaba con ella no me las echaba con nadie. Manoli era muy independiente, tenía su coche y un negocio propio que compartía con sus padres, una frutería en el centro de Sevilla. Tenía un carácter fuerte. No a todos les caía bien; su sentido del humor, un tanto picante, no era plato de buen gusto para muchos, pero yo me reía bastante con ella. Era una persona de gran corazón, que bebía los vientos por sus padres, y el buen trato hacia los progenitores es algo que valoro mucho en una persona.

Manoli y Victoria a menudo me decían de quedar y yo me echaba atrás. Aún me faltaba algo para empezar a tener una vida normal, me faltaba terminar de despertar y liberarme. Mientras tanto, yo les iba dando largas temiendo que se cansasen de insistir, como pasó con las chicas del instituto.

Mi hermano Marcos, el que vivía en Sevilla, estaba alucinando con la situación, así que también empezó a investigar sobre la Watch Tower por su cuenta y, cuanto más indagaba, más veía la realidad. Una secta que practica el control mental sobre sus adeptos, haciendo una versión propia de la biblia en la que quitan y ponen palabras, puntos y comas para darle otro sentido a los párrafos y que mediante sus promesas de vida eterna y resurrección tiene enganchados a los fieles.



Yo a veces hablaba con Marcos, que no daba crédito a aquello que había descubierto, pero no dejaba de ir a las reuniones porque mi cuñada quería ir y llevar a la hija que tienen en común. A veces lo que hacíamos era ir juntos con nuestros padres, mi cuñada y mi sobrina y, a media reunión, nos íbamos los dos a un bar a tomar algo o a una tetería. Después volvíamos al salón a recogerlos y nos íbamos juntos a casa.

Mi cabeza era un caos, mis padres me decían una cosa, que era lo que había aprendido y estudiado durante toda mi vida, y mis hermanos se alejaban de todo aquello. Por no hacer sufrir a mis padres fue por lo que estuve un tiempo acompañándolos a las reuniones. Tiene que ser muy duro que, de la noche a la mañana, tus cinco hijos dejen la organización y se desmorone la idea de que todos juntos viviréis felices para siempre en un paraíso, porque le han dado la espalda a Jehová y van a ser destruidos el día del juicio final.

Yo, por aquella época, no tenía acceso a Internet desde casa, pero gracias a las charlas con Pablo cada vez que íbamos a visitarlos, la forma de vivir de Diego en libertad y mis ganas de ser feliz lejos de mentiras, por fin desperté y me di cuenta de que todo aquello que me habían enseñado no era cierto. No quería dejar la organización para no hacer daño a mis padres, pero seguir allí con la mente en otro sitio era lo que en realidad los haría sufrir. Me di cuenta de que necesitaba experimentar cosas, relacionarme con personas que pensasen de manera distinta, aprender de mis errores. En definitiva, ¡necesitaba vivir! Hasta que un día dejé de poner excusas y me enfrenté a la realidad. Aquello me costó unos cuantos dolores de barriga, pero es lo mejor que pude haber hecho.

—Lucía, vístete que vamos a llegar tarde a la reunión —me dijo mi madre ya vestida de punta en blanco mientras mi padre esperaba en el coche.

—Mamá, no voy a ir más, se acabó. No me creo absolutamente nada y no quiero hacer algo que no siento.

—Estás esperando a que te diga que hagas lo que quieras, pero no lo voy a hacer. Vas a ir y punto —contestó mi madre levantando la voz.

La miré a los ojos transmitiéndole la gran tristeza que llevaba guardada dentro.

—Mamá, lo siento, pero no puedo ir. No lo voy a hacer. Puedes arrastrarme si quieres, pero no quiero ir y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para evitarlo.

—Haz lo que te dé la gana —me contestó; cogió su bolso, donde llevaba los libros que iban a estudiar ese día, y se fue.

La liberación que sentí en ese momento fue la mayor de toda mi vida. Pese a la tristeza que sentía por el sufrimiento de ver a mis padres afectados, puse música, canté en voz alta y bailé en casa yo sola hasta que me dolieron los pies. Por fin me sentía libre, por fin podía ser la dueña de mis actos.

Aunque no iba a las reuniones, cogí por costumbre los domingos, cuando ellos se iban, acompañarlos. Me dejaban en la residencia de mi abuela, que estaba de camino, yo pasaba la tarde con ella jugando a las cartas o al parchís y, después de las dos horas que duraba la reunión, me iba andando hasta el salón para volver con ellos a casa.

Un día, mientras esperaba en la puerta de salón a que saliesen, me encontré con Sofía. Nos saludamos con un abrazo y dos besos, como las amigas que siempre fuimos.

—Lucía, te tengo que confesar una cosa ahora que no vienes al salón —me dijo bajando el tono para que nadie más que yo la escuchase.

—Te escucho —contesté con miedo temiéndome lo que venía después.

—¿Te acuerdas cuando me acusaron de haber fumado? Pues era verdad, fumé con una compañera de instituto. Dolores se enteró y se lo contó a los ancianos, pero gracias a lo que tú les dijiste me libré de una buena.

Un sentimiento de traición me cruzó por el estómago, no por el hecho de que hubiese fumado, sino porque me había engañado, a mí, a su amiga de

siempre. No lo podía entender, con la confianza que teníamos... Me quedé callada un instante pensando qué contestar y, sin pensar, le dije lo que sentía.

—Pues lo que me parece es que eres más falsa que Judas. Vienes a las reuniones, sales a predicar, le haces creer a todo el mundo que vivir así es lo que quieres, pero a espaldas de todos vives una vida propia de alguien ajeno a esta religión. Sales con chicos, fumas, te vas de fiesta... No te entiendo y no puedo con la gente como tú.

Sin mediar palabra se dio la vuelta y se fue. No volví a saber de ella hasta tiempo después.

# W

## Capítulo

La escuela de hostelería me encantaba. Por las mañanas cuando llegábamos teníamos las clases teóricas, en las que se nos explicaban técnicas, cortes, estudiábamos las formas de cocinar los distintos tipos de alimentos... Luego nos decían la receta que íbamos a cocinar ese día, nos la explicaban bien, nos poníamos el uniforme e inmediatamente después empezábamos a poner en práctica todo el conocimiento adquirido en las clases teóricas. El profesor nos dividía en grupos y empezábamos a cocinar. A unos les tocaba elaborar el primer plato; a otros, el segundo y a otros, el postre, ¡mi especialidad! Después de una mañana de experimentar con sabores y texturas llegaba lo mejor, la degustación. Nos sentábamos todos a lo largo de una mesa rectangular y disfrutábamos de nuestras elaboraciones, unas veces más sabrosas que otras.

La cocina era muy grande, rectangular y luminosa,. La atravesaba una gran mesa caliente donde se colocaban los platos recién servidos para guardar el calor. A un lado de esta mesa había dos grandes cocinas de fogones con varias planchas y freidoras, dos hornos de gran tamaño, un cuarto frío en el que manipulábamos todos los alimentos en crudo y una gran marmita eléctrica. En el otro lado de la mesa había varias cámaras frigoríficas y las salidas al patio interior de la finca. Al fondo de la cocina se encontraba el *office*, que era donde fregábamos todo lo que íbamos ensuciando.

A mí me encantaba que me tocara en el mismo grupo que a Victoria, porque nos compenetrábamos muy bien. Como ya os conté, éramos las reinas de la bechamel, aunque lo que más me gustaba preparar era los postres. Esas tartas de queso con mermelada de arándanos, o las de yema tostada, y aquellos profiteroles rellenos de nata... Cuántos buenos recuerdos... Pero, en general, me gustaba trabajar con todos. La mayoría eran personas de gran corazón; unos en edad adolescente, como yo, y con la cabeza en otras cosas distintas a las de los más mayores. Pero allí lo que primaba era el compañerismo.

—Lucía, ¿te vienes esta noche con nosotras? Se viene Victoria, vamos a tomar algo y luego a una discoteca a bailar un poco. Después te puedes quedar en mi casa a dormir si quieres —me invitó Manoli mientras hacíamos juntas una vinagreta.

Manoli y Victoria vivían en el centro de Sevilla y, por aquel entonces, yo aún no tenía carnet de conducir y desde donde ellas vivían hasta mi casa, por las noches, no había transporte público, por eso la invitación a dormir con ellas.

—Ay, pues, no sé, le tengo que preguntar a mis padres —dije sin saber qué hacer.

—Pues nada, llama a tu madre y le dices que vamos a estar en mi casa, así no se preocupa y seguro que te deja. Venga, vente —me dijo muy convincente.

—Venga, voy a probar —le contesté quitándome el delantal para salir a la calle a llamar por teléfono.

—Mamá, oye, ¿me dejas ir a dormir hoy a casa de Manoli? Va también Victoria, veremos unas pelis y eso.

Mentí deliberadamente, cosa que no había hecho en mi vida, pero fue necesario para poder empezar a salir del cascarón.

—Pues, hija, no me hace gracia, la verdad.

—Venga, mamá, ¿cuándo os he pedido algo? Nunca salgo a ningún sitio, estoy harta de no tener vida —le dije bastante molesta.

—Pues sal con las del salón.

—Sí, claro, con las guarras esas que se enrollan con siervos ministeriales o que quedan con chicos a escondidas. Yo solo quiero ir a casa de una amiga. No voy a hacer nada malo, mamá.

Se hizo un silencio. Nunca le había hablado a mi madre de aquello. Y finalmente dijo con un hilo de voz:

—Vale, Lucía, haz lo que quieras.

—Gracias, mamá. Cuando salga de aquí me voy directamente, así que ya nos vemos mañana. Te quiero.

Colgué antes de que se pudiera arrepentir.

Voy en el coche de Manoli. Es la primera vez en mi vida que voy a salir a divertirme con amigas que me he buscado yo, amigas que no me ha impuesto nadie y que, por propia voluntad, han decidido invitarme a salir con ellas, porque quieren mi compañía. No me lo puedo creer. Pero ¿y si hacen algo malo? ¿Se drogarán? Me pone los pelos de punta pensar en eso. No sé si estoy haciendo bien. Solo vamos a tomar algo y después a bailar, pero en las reuniones siempre han dicho que las discotecas son malas, que la gente va a drogarse y a beber, y no sé si es verdad. ¿Y si algún chico se propasa? Porque en el salón también nos han dicho que esas cosas suelen suceder en las discotecas. Tengo muchas ganas de ir, pero no sé si me voy a arrepentir.

Llegamos Manoli, Victoria y yo a un *pub* irlandés en pleno centro de Sevilla. Había una fiesta universitaria y estaba lleno de ingleses. El *pub* era muy grande y tenía una decoración alucinante: paredes y suelos de madera, multitud de estanterías llenas de distintas ediciones de diversas marcas de cerveza, multitud de cuadros antiguos, luz tenue y mesas con

luces bajas y sillones, que invitaban a quedarse ahí una tarde entera. A pesar de ello, preferimos quedarnos en la terraza.

Manoli se pidió una cerveza con tequila y Victoria lo mismo, así que las imité y me tomé dos. Contamos chistes, hablamos de chicos, Victoria nos contó alguna riña que había tenido con su novio... Me lo estaba pasando realmente bien, pero no se me quitaba el remordimiento y la inseguridad. Cuando el alcohol me puso las mejillas coloradas y empecé a soltarme un poco, nos cogimos un taxi y nos fuimos a una discoteca que estaba a unos diez minutos en coche. Me daba pánico atravesar la puerta, pero respiré hondo y caminé con decisión. Una vez dentro me atronó el sonido de la música excesivamente alta, pero sirvió para desinhibirme un poco. Bailé, no mucho –por vergüenza, la verdad–, pero me reí, me sentí bien. Por un rato fui yo misma, pude expresarme con ellas sin miedo, incluso les conté que mis padres eran testigos de Jehová. Yo ya no pertenecía a esa secta y estaba orgullosa de haber dado ese paso.

Cuando terminamos agotadas cogimos otro taxi y nos fuimos a dormir a casa de la tía de Manoli, que nos esperaba sonriente y con dos camitas recién hechas, a las tantas de la madrugada. No daba crédito de que alguien mayor como su tía no viese nada malo en trasnochar de aquella manera para irse de fiesta. Y es que era la primera vez en mi vida que conocía a alguien así, ya que yo tenía trato únicamente con testigos.

Después de aquello tuve que aguantar a mi madre enfadada un par de días porque no aprobaba mi comportamiento, a pesar de que ignoraba el hecho de que habíamos estado en una discoteca y que había estado bebiendo, aunque de forma responsable. Me empecé a sentir mejor conmigo misma, como nunca antes me había sentido. Seguí saliendo con Manoli y Victoria de vez en cuando y cada día me lo pasaba mejor. Incluso algún fin de semana acabábamos yendo a un apartamento que tenía la madre de Victoria en un pueblo costero de Huelva. Íbamos a la playa, nos poníamos morenas, comíamos, bebíamos, nos reíamos, y el lunes volvíamos a la escuela resacasas y cansadas, pero nos sentíamos cómplices, compañeras de juergas que se reían recordando las aventuras del fin de semana ya pasado.

A mis padres no les ocultaba nada. No les hacía ninguna gracia dejarme salir con ellas, pero no hacíamos nada malo; como mucho, alguna copilla de más que solucionábamos con una buena siesta, aunque un testigo vería mal esas salidas por el simple hecho de que iba con personas que no conocían a Jehová.

Mientras estaba estudiando en la escuela de hostelería empecé a trabajar como ayudante de cocina, fui saltando de empleo en empleo hasta que llegué a uno que me llenaba. A mis diecisiete años ya me quedaba yo sola en la cocina y era capaz de sacar el trabajo sin complicación. Más adelante quisieron ascenderme a jefa de cocina, pero yo tenía otros planes.

Cuando iba llegando el verano pensé en irme de vacaciones. Me negaba a pasar en casa mi tiempo libre, y pensar en ir a la de mis hermanos me gustaba, pero necesitaba hacer otra cosa, quería experimentar. Y como había ahorrado lo suficiente durante ese tiempo, decidí hacer un viaje a Puerto Rico, la Isla del Encanto, donde vivían dos de mis tíos, hermanos de mi madre, y mis primos. Uno de mis tíos partió a Santo Domingo siendo un chiquillo para huir de Madrid, donde iba a ser encarcelado por oponerse a hacer el servicio militar, ya que él y su mujer eran testigos de Jehová. Después de unos años se fueron a Puerto Rico en busca de un futuro mejor, pues su hermano había inaugurado un negocio de deportes acuáticos y podría darles empleo. Mi otro tío, que fue con el que me quedé el tiempo que estuve allí, era el dueño de la empresa. Era el mayor distribuidor de kayaks del caribe, tenía varios hijos y vivían bastante bien.

El vuelo fue normal, tardó ocho horas y media en llegar a San Juan de Puerto Rico desde Madrid, aunque previamente tuve que coger un vuelo Sevilla-Madrid. Iba de los nervios. A mi tío lo conocía porque todos los años venía a Madrid o a Sevilla a vernos, pero a mis primos los conocía solo por foto. Nos vimos alguna vez, pero de muy pequeños; ni ellos se acordaban mucho de mí ni yo de ellos.

Cuando llegué a San Juan, al salir del aeropuerto una bocanada de aire caliente y húmedo me hizo quedarme casi sin respiración. Me recogió uno de mis primos; no sé ni cómo lo reconocí, yo creo que me conoció él a mí. Nos



dimos un gran abrazo, me ayudó a guardar la maleta y me abrió la puerta del coche para facilitarme la entrada. Es que mis primos son muy galantes, mi tío les ha enseñado a ser así y son de los que te abren las puertas, te dejan pasar primero, te retiran la silla de la mesa para que puedas sentarte... Aunque a veces me sentía un poco incómoda, sé que lo hacían con buena intención y en el fondo me gustaba que me trataran como a una reina. Mientras conducía, empezó a hablarme de la cantidad de planes que tenía; me enseñaría los lugares más asombrosos de la isla y me llevaría a los sitios más marchosos.

Estaba nerviosa por conocer a toda la familia y aquella isla tan impresionante. Mientras íbamos en coche se podía divisar la cantidad de vegetación que había, hojas anchas y muy verdes, palmeras altas, muchas montañas, pero todo muy verde. Me sorprendió que destacase tanto ese color. Era precioso, entendí que se llamase la Isla del Encanto.

Cuando llegamos a la urbanización donde vivían tuvimos que pasar tres controles de seguridad antes de entrar, ya que allí el nivel de delincuencia es elevado y mi tío vivía en una de las mejores zonas de Puerto Rico. La casa era de dos plantas, con las paredes blancas y rodeada de un gran jardín de césped natural. Era impresionante. En la planta superior había cuatro amplias habitaciones con vestidor, dos cuartos de baño y un descansillo de donde salían unas escaleras enmoquetadas. En la primera planta había una cocina muy amplia abierta a un comedor bastante espacioso, un cuarto de baño, un acceso al lavadero y al garaje, y un gran salón lleno de cuadros que había dibujado mi padre y que le había regalado a mi tío años atrás.

Mi padre y mi tío se conocieron en el colegio, eran amigos de toda la vida. Gracias a esa amistad mis padres pudieron conocerse y hacerse novios.

Mi tío era el presidente de un club que organizaba excursiones en kayaks. Durante mi estancia allí pude vivir la maravillosa experiencia de hacer tres que cambiaron mi forma de ver la vida y me hice una promesa que intento cumplir todos los días.

El primer viaje en kayak fue a la isla de Gilligan. Iba en un kayak doble, mi primo detrás llevaba el timón y yo iba delante. Éramos unas veinte personas las

compartimos aquella aventura. El sol quemaba la piel y el mar brillaba plateado y en calma. Nos adentramos en él remando hasta dar con la isla en cuestión. Después de pasar bastante tiempo remando, cuando llegamos, atracamos los kayaks en la arena y pasamos el resto del día comiendo y bebiendo, cantando y bailando. Cada uno llevó un plato distinto, unos llevaron *champagne*; otros, frutas recién cortadas. Mi tío me dio una copa de *champagne* con una fresa dentro y brindó conmigo mientras mirábamos al horizonte desde aquella agua transparente, donde se podían ver infinidad de pececillos de colores que nadaban entre nuestros pies. Fue una experiencia totalmente gratificante.

Me lo pasé realmente bien. Aunque me quedaba en casa de uno de mis tíos, también vi a los otros y a sus hijos, mis primos. Todos encantadores, y guardo un especial recuerdo de mi primo Oscar. Con él jugaba a las muñecas cuando éramos pequeños y venían a Madrid a ver a los abuelos. Tenía un ligero recuerdo de él y, cuando nos encontramos, nos dimos un abrazo enorme y conectamos enseguida. Él me contó que lo estaba pasando realmente mal, ya no iba a las reuniones de los testigos porque les había confesado a sus padres su homosexualidad y habían respondido echándolo de casa y dejando de hablarle. Me contó que incluso sus hermanos, cuando se enteraron, ni se cambiaban de ropa delante de él. Un horror y una vergüenza ajena fue lo que sentí en aquel momento. Al final, sus padres y hermanos se habían ablandado un poco con el tema, pero seguían evitando el contacto y, claro, él estaba destrozado. Se le había venido el mundo encima por sincerarse y no ser alguien con doble vida.

Y es que los testigos de Jehová, según sus publicaciones, condenan la práctica de la homosexualidad. Dicen que Dios no aprueba dicha práctica y que te cuides de no caer en la tentación si tienes este tipo de pensamientos. Con lo que, si eres homosexual y quieres seguir dentro de la organización, has de guardar silencio, como si de un deseo controlable se tratase, porque llevar a la práctica tus actos de amar a otra persona de tu mismo sexo es algo incompatible con ser testigo. Y el echar a un hijo de casa o darle el mismo trato que a un expulsado no es de extrañar dentro de aquella secta tan injusta, que lejos de unir familias las rompe.

Con Oscar pasé ratos súper divertidos, me llevó a bailar salsa, de compras, fuimos a la piscina y a la playa, de fiesta... Ojalá estuviésemos más

cerca hoy en día, pero él vive a muchos kilómetros de distancia y tenemos un gran océano de por medio.

—Tío, ¿y a dónde vamos a salir de excursión esta vez? —pregunté a mi tío el día antes de nuestra salida.

—Sobrina, esta vez vamos a visitar el cayo Cardona. Seguro que te gusta. Pero recuerda protegerte del sol, que la última vez te quemaste mucho.

Y era totalmente cierto. Entre lo que me quemé y la cantidad de picaduras de mosquitos que llevaba por todo mi cuerpo, parecía que venía de la jungla.

Cayo Cardona es un pequeño cayo en medio del mar, donde hay cantidad de manglares, lo que le da un aspecto selvático. Llegamos en kayak y rodeamos la isla a nado dejándonos llevar por la corriente, pasamos un rato increíble. Ese mismo día mi tío habló de mí a sus amigos kayakeros. Les contó lo bien que se me daba cocinar y una cosa llevó a la otra y, al final, me vi el fin de semana siguiente cocinando comida típica española para veinticinco personas. Organizamos un bufet en casa de mi tío. Colocamos una mesa larga y en ella pusimos la infinidad de platos que me llevó varios días preparar. Quedaron todos encantados, les gustó muchísimo y varios me pidieron mi receta de salsa al cava. Me lo pasé en grande y me sentí muy alagada por sus aplausos de agradecimiento.

Mi tercera aventura en kayak, y la más impresionante para mí, fue cuando uno de mis primos me llevó a una bahía bioluminiscente. Era por la noche, el día antes de mi vuelta a España. Llegamos a la orilla de la playa. La luna se reflejaba en aquel mar en calma y lo teñía de plata. A pesar de la humedad, corría una brisa con olor a sal agradable a los sentidos. Provistos de alguna linterna y con la luna como foco principal, comenzamos a remar y nos fuimos adentrando en unos manglares que se abrieron a nuestro paso. Como música de fondo lo único que se escuchaba era el ruido de unas pequeñas ranitas que cantan por las noches en toda la isla, llamadas coquís, y nuestros remos al mover el agua. Cuando me quise dar cuenta, las salpicaduras que provocábamos al remar se volvieron destellos de luz. Comencé a mover el agua y brillaba como si hubiésemos encendido una bombilla en el fondo.

Cuando llegamos a una laguna amplia y calmada, rodeada de manglares que la separaban del mar, los destellos comenzaron a ser más fuertes y sin pensármelo me bajé del kayak. Mi torso y extremidades comenzaron a iluminarse al moverme dentro del agua y una sensación de fascinación me cruzó por el cuerpo.

La bioluminiscencia es un proceso en el que organismos vivos, mediante reacciones bioquímicas, producen esta luz tan espectacular. Era la primera vez en mi vida que escuchaba y veía este fenómeno. Me quedé tan maravillada con los regalos que nos ofrece la vida, que me prometí a mí misma vivir cada día con más ganas y conocer sitios nuevos, en los cuales poder disfrutar de cosas tan bonitas como aquella que acababa de presenciar, sin importar si detrás de eso había un dios o no.

Volví enamorada de aquella isla y de su gente. Entendedme, aparte de que era el paraíso, yo llevaba muchos años pasándolo muy mal. Excepto por la familia, me sentía maltratada por los que me rodeaban. Y llegué allí y me abrían las puertas, me dejaban pasar primero, me pedían opinión y me tenían en cuenta como si fuese alguien capaz de hacer cosas importantes. Todos me elogiaban por mi trabajo y yo me sentía bien. Me encontraba tan a gusto que durante un tiempo estuve pensando seriamente en irme allí a trabajar unos meses y aprender su gastronomía y sus costumbres. Finalmente, no pudo ser, ya que la vida me tenía preparadas otras sorpresas.



# Capítulo

Cuando estaba a punto de llegar mi cumpleaños:

—Lucía, tu cumple es este fin de semana, ¿vas a hacer algo especial?  
—me preguntó Manoli.

—Pues, si te digo la verdad, nunca he celebrado mi cumpleaños —le contesté tímidamente.

—¿En serio? No puede ser, no me lo creo —me dijo boquiabierta.

—Te lo digo en serio, ya te lo expliqué una vez, que mis padres no celebran los cumpleaños porque son testigos de Jehová.

—Pues eso lo vamos a solucionar este fin de semana. Déjalo en mis manos —dijo guiñándome un ojo.

Yo nunca antes había celebrado un cumpleaños y no tenía ni idea de qué hacer o cómo hacerlo. Así que entre Manoli y Victoria lo organizaron todo. Fuimos a cenar a un mejicano y después a beber cerveza con tequila a nuestro pub irlandés preferido. Entre las dos, me regalaron un libro de postres precioso que aún conservo. Cuando llegó la hora de soplar la vela que me

habían puesto en el postre, me sentí muy incómoda. Aún tenía la sensación de estar haciendo algo malo. Después, con el tequila, se me borró ese sentimiento. Nos dieron las tantas bailando y riendo. Fue el mejor cumpleaños del mundo, pensé, pero es que había sido el único que había celebrado. Me quedaba toda la vida para festejar un cumpleaños detrás de otro. Ya estaba deseando que llegase el siguiente.

Otra vez estamos en Navidad, las calles de Sevilla están adornadas con luces de colores, el olor a castañas asadas es embriagador y suenan villancicos allá donde vaya. Voy a ir a ver a la abuela. Para ella estas fechas son muy importantes y está sola en la residencia. Hoy va a actuar en una obra de teatro, y el otro día parecía muy emocionada con el asunto. Mis padres no me acompañan esta vez porque no celebran estas fiestas, como ya todos sabéis. El día de Nochebuena lo pasaremos en casa, como casi todos los años. Algunas veces por esas fechas venían mis hermanos a vernos, ya que coincidía con sus vacaciones, pero este año no viene nadie. Y en Nochevieja tampoco haré nada, ya que Manoli y Victoria tienen planes con sus familias, al igual que en Nochebuena.

Estoy un poco triste porque en estas fechas las familias se reúnen, comen, charlan y ríen, todas excepto la nuestra. Pero bueno, ya estoy acostumbrada a esta sensación frustrada. Me acuerdo que de pequeña, cuando nadie me veía, hacía bolas con papel de plata que cogía a escondidas de la cocina, pegaba en ellas un trozo de cinta adhesiva y las colocaba una a una en las hojas verdes de una de las plantas que había en casa. Jugaba a simular que aquello era un árbol de Navidad. Me entretenía un rato y así, durante unos instantes, me sentía igual al resto. Aunque pronto acababa esta sensación. En cuanto sospechaba que mis padres me podían pillar, quitaba las bolas rápidamente y las tiraba a la basura.

El invierno pasó rápido. Yo me formé como cocinera mientras trabajaba entre semana en un restaurante y los fines de semana a veces servía como camarera en la escuela de hostelería, para bodas, bautizos y comuniones, ya que me contrató el mismo dueño.

Todos los miembros de mi familia que estaban viviendo en Toledo, Elisa, Luisa, sus maridos e hijos, dejaron de asistir, oficialmente, a las reuniones de

los testigos, a predicar y a hacer toda práctica propia de un testigo de Jehová. Empezaron a celebrar los cumpleaños, las Navidades y todo lo que se pudiese celebrar. No sabemos si les llegaron a expulsar de la congregación, porque ellos se negaron a hablar con los ancianos cuando estos los citaron para intentar hacerlos recapacitar y arrepentirse. Las dudas que albergaba Pablo las compartía con los demás miembros de la familia y se dieron cuenta todos y cada uno de ellos de que la organización de los testigos de Jehová no era más que una secta que tenía sus mentes manipuladas con mentiras.

Mis padres lo encajaron más o menos bien, porque ya llevaban tiempo haciéndose a la idea. Aparentemente, por supuesto, porque estoy segura de que mi madre lloraba cuando estaba sola, ya que la pillé unas cuantas veces con los ojos rojos y sonándose la nariz. No era de extrañar, ya que era consciente del final de destrucción que nos esperaba a todos a manos de Dios en su juicio final.

Diego, que seguía expulsado pero feliz, conoció a una chica que estaba divorciada y tenía dos hijos. Fue amor a primera vista y unos meses después de conocerse se fueron los cuatro a vivir juntos y formaron una preciosa familia.

Mi hermano Marcos decidió también dejar de bajar a las reuniones, ya llevaba meses sin predicar. Los ancianos intentaron hablar con él varias veces para ver si podían hacerlo volver, pero nunca se prestó a ello. Las cosas con su mujer a veces se ponían un poco tensas porque ella quería que la acompañase al salón y él se negaba. Pero mi cuñada respetó su decisión. Aunque me consta que otras familias no corrieron con la misma suerte. Conozco de primera mano matrimonios rotos, con niños inocentes de por medio, que sufren, porque uno de los dos era testigo y el otro dejó de serlo.

Estefanía, de vez en cuando, me contaba que había visto a Sofía y que le preguntaba por mí. Y un día se me ocurrió interesarme por ella. La echaba de menos, era mi amiga y la quería.

—Cuñadita, ¿sabes algo de Sofía?

—Pues no, la verdad. Hace mucho que no baja al salón —contestó con tono de preocupación.



Después se enteró de que Sofía había decidido dejar de reunirse con los testigos y ya no iba a acompañar a sus padres más. Dentro de mí sentí un alivio inmenso por ella. Al fin había entendido que vivir dos vidas en una es un calvario. Decidí escribirle una carta en la que le pedí perdón si en algún momento la hirieron mis palabras. Le dije que la echaba de menos y que me encantaría volver a verla. Ella contestó a esa carta con una llamada telefónica en la que me confirmó que había dejado de asistir a las reuniones y me dijo que lo pasado se quedaba atrás y que estaba olvidado. Yo ya no le guardaba rencor por aquella traición. Así que quedamos para dar una vuelta y nos reconciliamos.

# XVII

## Capítulo

Cuando llegó la primavera mis padres decidieron que fuésemos a ver a la familia a Toledo, y así lo hicimos. Mis padres estaban dolidos porque sus cinco hijos, a la vez, habían dejado de creer en la religión a la que pertenecían desde hacía años y con ello se habían ido los sueños de convivir todos juntos en un paraíso en la tierra. Para ellos tuvo que ser muy duro aquello, pero no dejaron de tener trato con ninguno de nosotros, a pesar de que las recomendaciones de la organización son otras, como ya sabéis.

El mismo Jueves Santo fuimos a comer todos los de la familia a la casa nueva de mi hermano Diego. Su chica era encantadora. Se llamaba Nadia, era bajita, morena de piel, con el pelo negro y ensortijado y unos labios gruesos que llamaban la atención. Era muy dicharachera, hospitalaria y siempre estaba de buen humor. Nos hicimos amigas, me enseñó a bailar merengue y salíamos a veces, cuando iba a visitarlos o cuando ellos venían a Sevilla, a poner los pasos de baile en práctica. Mis padres se llegaron a acostumbrar a que yo saliese de vez en cuando por la noche. Ya era mayor de edad y, por mucho que me insistiesen, no iba a cambiar mi forma de pensar. Mi nueva cuñada tenía dos hijos, de diez y once años. El mayor, Fernando, era un niño encantador y muy servicial, ayudaba en todo a su madre, y bebía los vientos por su hermana, era muy especial y, pasados unos años, se convirtió en un hombre noble y de gran corazón siempre dispuesto a ayudar a los demás. Su

hermana María era una fotocopia de su madre, se parecían muchísimo y le gustaba bailar tanto como a ella. Era muy cariñosa y adoraba a su hermano.

Diego hizo para comer pisto manchego, pero no cualquier pisto, lo hizo con una hoguera alimentada por leña de encina, a fuego lento, en la barbacoa que había colocado en el patio de la casa. Estuvo la mañana entera poniendo todo su empeño en que estuviese buenísimo, y tanto lo dejó al fuego que acabó quemándose un poco, pero estaba para chuparse los dedos. Mientras estábamos comiendo, Diego recibió una llamada de teléfono, salió del salón en busca de cobertura y cuando entró preguntó emocionado:

—¿Sabéis quién viene a tomar café?

—¿Quién? —contestamos al unísono.

—Mi amigo Jose.

—¿Quién es ese? —dijo mi madre.

—El hijo de Vicente, tú le conoces porque su congregación y la nuestra se reunían en el mismo salón.

—¿Está expulsado? —preguntó mi madre incómoda, ya que, si Jose hubiese estado expulsado, mis padres se hubiesen ido de inmediato.

—No, mamá, no está expulsado, pero no va a las reuniones tampoco y pasa del tema.

Mi madre asintió y no dijo nada. Yo me acordaba de él perfectamente. Era el mismo que tiempo atrás había estado comiendo con nosotros y su hermana, en un restaurante chino. Me caía fatal, pero me gustó la idea de que fuese esa tarde a tomar café.

Estábamos en la sobremesa cuando sonó el timbre. Fue mi cuñada a abrir la puerta y, cuando vi entrar a Jose, me asombré. No era como yo lo recordaba. Yo tenía una imagen suya un poco diferente, me había parecido

la típica persona que hace idioteces constantemente para que los demás se rían y me había caído tan mal que distorsioné su recuerdo. Era bastante alto. Se había cortado el pelo –lo tenía de punta peinado en una discreta cresta–, llevaba un pantalón blanco, una chaqueta a juego y se había hecho un piercing en la ceja.

Nos saludamos con dos besos y mi hermano le puso una jarra bien fría de cerveza que engulló como si viniese del desierto. Según contó Diego, los fines de semana Jose solía ir a verlos, comían barbacoa y bebían cerveza, cosa que no le hacía gracia a mi cuñada, no porque fuese Jose a su casa, sino porque a ella le encantaba salir a bailar y mi hermano nunca quería.

Mis padres no dijeron mucho. A mi padre se le subieron las copas y se tuvo que acostar un rato, y después aguantar la regañina de mi madre, ya que esa no era la manera correcta de comportarse un cristiano.

Estuvimos jugando al Trivial y charlando de nada en particular, éramos muchos en casa de mi hermano y cada uno decía una cosa, pero echamos un buen rato. Mientras Jose hablaba yo lo miraba y me gustaba lo que veía, pero rápidamente desechaba cualquier idea romántica, ya que, según pensaba, un chico así nunca se fijaría en alguien como yo. Además, vivíamos a quinientos kilómetros de distancia. Pero, sobre todo, lo que frenaba ese pensamiento era mi falta de autoestima. Yo daba por hecho que nunca tendría un novio y muchísimo menos guapo. Y Jose era guapo, vaya que si lo era.

Me levanté para ir a la habitación para ver cómo se encontraba mi padre y, cuando fui a cruzar la puerta, me topé de frente con Jose. Tuvimos que pegarnos demasiado para caber los dos por el umbral y, mientras pasaba frente a él, instintivamente, le puse la mano en la cintura, a lo que él respondió con una medio sonrisa. Todas mis hormonas despertaron y se pusieron a bailar flamenco en ese momento, pero no hubo más acercamiento. Después, Jose se fue a su casa y nosotros a casa de Luisa, que era donde nos quedábamos a dormir.

Ese fin de semana lo pasamos bien en casa de la familia y, cuando volvimos a Sevilla, tomé una decisión: tenía que volver a Toledo porque quería

volver a ver a Jose y, como ya sabéis, allí era donde sentía que encajaba y donde quería estar. Así que decidí que volvería en el puente de mayo.

En todo ese mes no me pude quitar de la cabeza aquel encuentro con Jose. Empecé a idealizarlo en mi cabeza y no quería porque algún tipo de contacto más con él era imposible, pero soñar es gratis. Confieso que busqué su perfil en las redes sociales para ver sus fotos.

Cuando llegó mayo hice la maleta, cogí un AVE y me planté en Madrid en dos horas y media. Mi hermano me recogió cuando salió de trabajar, y nos fuimos hacia el pueblo en su coche.

—He comprado para hacer barbacoa para cenar esta noche —dijo sonriendo.

Le devolví la sonrisa.

—¡Qué rico! ¡Bieeeeeen!

—Y Jose me ha dicho que luego vendrá a cenar —comentó de pasada mientras tenía la vista fija en la carretera.

—Ah, estupendo —contesté hablando lo mínimo para no crear sospecha alguna, ya que mi hermano me conocía muy bien y no quería que supiese nada; me hubiese muerto de la vergüenza.

Cuando llegamos a su casa me recibieron mi cuñada y mis sobrinos —no de sangre, pero sí de corazón— con un fuerte abrazo. Cuando llegó Jose me puse como un tomate, pero intenté disimular todo lo que pude. Llevaba puestos unos vaqueros despintados que le quedaban de maravilla, una camiseta negra de un grupo de música, sus botas de Harley Davidson, cinchas de cuero en sus muñecas y varios anillos de plata por sus largos dedos. Sin pensarlo y sin saber cómo sucedió, empezamos a tontear con la mirada y yo no me creía aquello que estaba viviendo.

—¿Y si nos vamos a bailar? —preguntó Nadia con una gran sonrisa y poca esperanza de que mi hermano accediese.

—Siiiiiii, ¡vamos! —contesté yo en seguida.

—Yo me apunto —dijo Jose.

Y mi hermano, entre quejas, aceptó. Así que nos fuimos los cuatro a una discoteca que había en un pueblo cercano, de Madrid, a la que Diego y mi cuñada habían ido alguna vez. Yo llevaba una falda amarilla por encima de la rodilla, con una raja a un lado que dejaba al descubierto mi muslo derecho, una camiseta ceñida y escotada con brillantina y unas botas altas de tacón. Me sentía sexy, ¿sería que de verdad lo era? Porque no era lo que yo veía en el espejo.

Nos pusimos a bailar como locas mientras Diego y Jose se acercaban a la barra a comprar unas copas. Cuando llegaron Nadia comenzó a insinuarse alrededor de mi hermano. A él no le gusta bailar, pero sí que ella se contonee con un baile coqueto a su alrededor. Vi lo bien que se movía y pensé que ni en cien vidas iba yo a ser capaz de bailar así, pero me puse a hacerme notar cerca de Jose moviendo las caderas al ritmo de la música, y él se me acercó más.

Los minutos iban pasando, las copas se iban agotando y nuestros cuerpos estaban cada vez más cansados y acalorados. Sin querer, al hacer un giro, la mano de Jose se coló por debajo de mi falda y sonrió pícaro mientras mi cuerpo se estremecía. Yo repetí la misma vuelta para demostrarle que me había gustado y le dijo algo al oído a mi hermano. Cuando me volví a acercar, me cogió por la cintura con una mano y me atrajo hacia su pecho húmedo por el calor. Olía a una mezcla de colonia y humo que me embriagaba. Me agarró la cabeza con la otra mano y me besó. Fue un beso con muchas ganas, profundo y húmedo, que me hizo sentir en las nubes y casi desmayarme. Cuando nuestras bocas se separaron pude ver que mi hermano y mi cuñada nos observaban atónitos riéndose.

Seguimos bailando unos minutos más y decidimos volver a casa. Llevaba el corazón a mil; entre las copas y lo que acababa de pasarme con Jose, no daba crédito. Mi cuñada entre dientes me decía que cuidado con Jose, que iba a querer más. Yo también quería más. Tanto quería que hasta me dolía.

Cuando llegamos a casa de mi hermano nos volvimos a besar a escondidas, nos fundimos en un beso apasionado y desesperado. Nuestras bocas se quedaron con ganas de más, pero no podía ser. En esa casa había mucha gente, incluidos mis sobrinos. Jose se quedó a dormir y por la mañana se marchó a su casa. Esa noche no pasamos de los besos, estaba claro que quedó algo pendiente.

A media tarde Jose volvió y, por ello, vi demasiado interés por su parte, cosa que me dio más motivos para soñar. Después de cenar, me preguntó:

—Lucía, ¿te vienes al bar de al lado a comprar tabaco?

—Vale, vamos —le contesté mirando a Nadia, la cual tenía los ojos muy abiertos mostrando sorpresa por cómo estaba evolucionando la situación con Jose.

Él se pidió un Red Bull y yo una ginebra con limón y nos sentamos en unos sillones que había en un rincón.

—Bueno y cuéntame ¿por qué sigues yendo a las reuniones y a predicar si, como es evidente, ya no te interesa? —pregunté lo que llevaba ensayando bastante tiempo, una cuestión que no podía entender.

—Qué directa, ¿no? Yo ya no voy ni a predicar ni a las reuniones —dijo sonriendo—. Mis padres no están bien de salud y no quiero que el hecho de abandonar la religión sea un impedimento en su recuperación, por eso he tardado más tiempo en dejar de ir a las reuniones y por ello les oculto ciertas cosas.

Entendí sus razones y sentí pena por su situación de no poder ser libre por la salud de sus padres.

—¿Y tú? ¿Ya no vas al salón? —me preguntó y negué con la cabeza.

—No tendrás novia, ¿no? —le pregunté directa.

—Ni tengo ni quiero tener. Soy un picaflor —me sonrió.

Una náusea revolvió mi estómago y dije sin pensar, con tono seco:

—Yo tampoco, ni tengo ni quiero nada serio con nadie.

—Ah, pues, genial coincidir en esto —me dijo.

Pagó sacando un billete de su cartera y salimos del bar sin más. Mientras caminábamos por la calle yo me sentía nerviosa, tenía un nudo en la garganta y una punzada en el vientre que me tenía en vilo. Era como si Jose tuviese un imán y yo fuese hierro, pero hubiese alguien sujetándome para no dejarme atraer. Esa noche nos dimos los números de teléfono y nuestro contacto en Messenger, él volvió a su casa y no pasó nada más. Yo me sentí triste, me quedé con ganas de conocerlo. El día siguiente lo pasé con la familia, con mi hermana Elisa y mis sobrinas, a las que echaba de menos en Sevilla, y por la noche me llevaron a la estación para coger un tren de vuelta a casa.





# XVIII

## Capítulo

¡Y por fin llegó el verano! Desde mayo han pasado muchas cosas. Finalizó la escuela de hostelería y empecé a trabajar como comercial para la escuela de hostelería de Jerez de la Frontera, ofreciendo cursos para trabajadores en bares, restaurantes y hoteles. Me ofreció el trabajo mi cuñada Estefanía. Ella estaba trabajando ahí y se enteró de que necesitaban gente, y como yo tenía contactos en el mundo de la hostelería me vino como anillo al dedo el puesto.

Desde que volví de Toledo he estado hablando con Jose casi a diario por Messenger. Me gusta bastante, pero él se define a sí mismo como un cabrón que hace daño a las chicas con las que está, cosa que me inquieta, aunque sé que lo que denota con esa actitud es inseguridad. Ya ha tenido dos relaciones serias que salieron mal y creo que le da miedo empezar otra. De todas formas, lo nuestro sería imposible por la distancia que nos separa. Pero me siento bien hablando con él.

Mis padres estaban mucho más concienciados de que no iba a volver a la organización. Y de los ancianos, que se supone que son los que tienen que velar por los fieles, no volví a saber nada. Incluso operaron a mi padre de una rodilla, estuvo un mes sin ir al salón y nadie llamó para interesarse por él. Nos sentimos como si fuésemos apestados. A pesar de eso, mis padres seguían creyendo en las enseñanzas de los testigos.

Una vez me encontré por la calle a Isabel y a Dolores. Me miraron, giraron sus caras y cambiaron de acera. La única diferencia entre ellas y yo era que yo no soy hipócrita y había tenido valor para ponerme en contra de aquel lavado de cerebro –motivada por todo lo que se estaba viviendo en mi familia, por supuesto–, pero ellas seguían viviendo una doble vida y todavía tenían la poca vergüenza de creerse superiores a mí y girarme la cara.

Mi cuñada Estefanía cada vez tenía más dudas y se empezó a alejar de la secta. Mi hermano intentaba hacerle ver la cantidad de mentiras que la organización predicaba y parecía que estaba llegando a despertarla de aquel letargo en el que estaba sumida por años de control mental.

Seguí saliendo con Manoli y Victoria y conocí a un chico. Se llamaba Jorge, tenía dos años más que yo y trabajaba de camarero en el restaurante en el que Manoli era jefa de cocina. Nos presentó ella un día que fui a recogerla al restaurante.

Jorge era moreno, tenía unos ojos color miel con grandes pestañas negras, era muy lanzado e independiente y le gustaba mucho salir de fiesta. Quedamos varias veces para ir a la playa y para ir a bailar. Jorge intentó en distintas ocasiones besarme, pero yo no me presté a ello porque sentía que no estaba bien. Físicamente, no era mi tipo. Aunque era un chico atractivo, a mí me gustaban los hombres altos, de espaldas anchas y pelo en el pecho, pero él era todo lo contrario. Era de mi estatura, delgado, fibroso y con un cutis que más lo quisiera yo. A pesar de eso, su personalidad me atraía bastante. Hasta que un día, estando en casa de un amigo suyo, después de beberme hasta el agua de los floreros, cuando me disponía a ir al baño nos encontramos en el pasillo. Me agarró del brazo, acercó su cuerpo al mío y susurrando me dijo:

—¿Por qué no me das un beso?

—Porque no me apetece —dije mintiendo descaradamente.

—Eso dímelo mirándome a los ojos —me dijo mientras me sujetaba la barbilla con su mano derecha.

Y lo que pasó después os lo podéis imaginar. Caí rendida a sus pies, y no solo esa vez, hubo muchas más hasta que empecé a sentir cierta atracción, hasta tal punto que no podía quitármelo de la cabeza. Pensaba en él a todas horas y nos escribíamos a menudo, pero no me terminaba de llenar, había algo que no me cuadraba. Él no era para mí.

De pronto, él comenzó a ignorarme. Quedábamos en pocas ocasiones, no hablaba conmigo, no me escribía... y yo ya no podía más, me estaba volviendo loca. Como habréis podido comprobar, ahora que me conocéis un poco, me gustan las cosas claras. Así que llamé por teléfono a Jorge y le dije lo que estaba empezando a sentir.

—Hola, Jorge, tenemos que hablar —le dije con voz tímida.

—¿Pasa algo?

—No, es que últimamente te veo bastante raro conmigo y no sé qué te pasa. Y antes de que digas nada —lo corté antes de que respondiese—, te diré que yo no puedo seguir así. Me estoy pillando por ti, creo, y necesito saber lo que piensas.

Se hizo un silencio incómodo.

—Lucía, yo me lo paso muy bien contigo, nos divertimos juntos, pero ya está. Yo ahora mismo no quiero nada serio con nadie —me dijo confirmando mis sospechas.

—Vale, Jorge, no te preocupes, solo quería aclarar las cosas —intenté acabar con la conversación.

—Perfecto, me alegro de que haya quedado claro.

—Ok, ya nos vemos. Adiós —dije colgando el teléfono.

Por un lado, me sentí liberada y, por otro, jodida, la verdad. A mi madre no podía contarle nada porque iba a poner el grito en el cielo, ¡su hija era una fornicadora inmundal! Así que quedé con Manoli y se lo conté todo.

—Y ¿para qué le dices nada? Yo ya sabía que no quería nada serio; además, ese chico no te conviene. A mí, para ti, me gusta más el madrileño —dijo refiriéndose a Jose.

—Es que lo de Jose no es tan fácil; él tampoco quiere nada serio y tenemos muchos kilómetros de por medio —contesté sintiéndome más triste de lo que ya estaba.

Entonces sonó mi teléfono, era Diego.

—Hola, gordi, ¿qué tal?

—Hola, hermanita. ¿Sabes con quién estoy?

De repente escuché varias voces de fondo saludándome, entre las cuales pude distinguir la voz de Jose y la de mi hermana Luisa.

—¿Qué hacéis? ¿Vais a salir por ahí? Madre mía, la que tenéis montada.

—Sí, hemos venido a casa de Luisa a cenar y ahora vamos a salir por el pueblo a tomarnos unas cervecitas. Y mañana haremos barbacoa.

—¿Vas a hacer barbacoa tú? Qué cosa más rara. ¿Estás enfermo? —pregunté en tono sarcástico.

Y de fondo Jose empezó a gritar.

—¡Vente! Lucíaaaaaa, ¡venteeeee!

—¿Cómo voy a ir? Estáis locos.

Y empezaron a decir al unísono.

—¡Vente! ¡Vente! ¡Vente!

La llamada se cortó y sentí un impulso: subirme al coche y recorrer quinientos kilómetros.

Manoli, que lo había escuchado todo, me dijo:

—Vete, no te lo pienses. Duerme esta noche y mañana cuando te levantes te vas, así te olvidas de Jorge y ves cómo va la cosa con Jose. Ese chico me gusta para ti —me volvió a decir.

Asentí, me despedí de ella y me fui a mi casa con la intención de seguir al pie de la letra el plan de Manoli. El trabajo no era un problema porque ese mismo día empezaban mis vacaciones.

Cuando vi a Jose fue como si Jorge no hubiese existido nunca. No tenía ninguna duda, Jose era totalmente mi tipo. Me gustaba su ancha espalda, sus manos amplias, sus ojos cautivadores, la forma de besarme, ¡me derretía solo de pensarlo! Pero lo más importante es que nos divertíamos mucho juntos. Nos gustaba hablar, pero, sobre todo, decir payasadas para luego reírnos de ellas. Palabras inventadas carentes de sentido, pero que nos hacían gracia a ambos.

El primer día, mientras todos preparaban la barbacoa, le pregunté:

—Jose, ¿te vienes a comprar el pan?

—Claro, ¿vamos en tu coche o en el mío?

—Tranquilo, ya he cogido las llaves.

Nos montamos en mi coche y mientras conducía su mano derecha se coló por debajo de mi falda y fue directa a acariciar mis muslos. El pelo de la nuca se me erizó, el roce de su piel me hizo estremecer, las piernas empezaron a temblarme y no tuve más opción que parar el coche. Justo donde estacioné era un lugar solitario en el que no había ruido y menos, gente. El aire acondicionado soplabá con fuerza dentro del coche, pero era incapaz de refrescarnos. Nos miramos y, sin mediar palabra, juntamos nuestras bocas en un beso

que sabía a deseo y a ganas. Él tiró de mí hasta que me colocó encima de sus piernas y me subió la falda a la vez que se desabrochaba el pantalón, y con el vaivén de nuestras caderas que bailaban al unísono calmamos, al menos por unas horas, toda esa tensión acumulada durante meses.

Empezamos a vernos a escondidas, puesto que para mis padres sería duro enterarse de que su hija hacía ciertas cosas tan horribles a los ojos de Jehová, y me daba mucha vergüenza que mis hermanos lo supieran. Quedamos una y mil veces, para tomar algo, dar una vuelta o besarnos y acariciarnos hasta el amanecer. Jose se convirtió en mi droga hasta el último día de las vacaciones.

Estábamos en el césped de casa de mi hermana sentados y arropados por el rocío de la noche con una toalla. Al día siguiente se iba a Londres a ver a su hermana, que vivía allí, y sin pensarlo pasó.

—Te voy a echar de menos —le dije con mis mejillas sonrojadas.

—Yo también —dijo pensativo—. Oye, ¿por qué no te vienes?

—¿Cómo voy a ir a casa de tu hermana? Igual no le parece bien, no la conozco de nada y solo te espera a ti, no sé... —contesté confusa.

—A mi hermana le da igual. Ahora mismo la llamo y le pregunto, pero va a decir que sí, ya verás —dijo sacando el móvil del bolsillo.

—Además, no creo que haya hueco en tu vuelo, sería mucha casualidad.

Me hizo un ademán con la mano para que esperase. Habló por teléfono unos minutos y me dijo que lo había arreglado, su hermana estaba encantada de que fuese. Nos llevamos una grata sorpresa al comprobar que sí había plazas en su vuelo y compré un billete casi sin pensarlo.

Mis padres no se lo tomaron nada bien, pero yo era ya mayor de edad y estaba viviendo algo emocionante, ¡que ya me tocaba después de tantos años de represión y de tanto dolor acumulado!

# Capítulo

Londres me pareció una ciudad triste. A mí me gustan los días soleados; no muy calurosos, pero que el sol caldee lo suficiente el ambiente como para ir en manga corta o para llevar un vestido sin necesidad de ponerme medias. Un vestido de los cortos, por supuesto, porque cuando dejé de ir a las reuniones le pedí a mi hermana que me cortase todos los vestidos y faldas, ya que aborrecí todo lo que cayese por encima de las rodillas. Hoy en día soy incapaz de ponerme una falda larga, las odio.

La hermana de Jose, junto con su novio, nos recibió con toda la hospitalidad del mundo. Nos mostraron nuestra habitación, en la que solo había un colchón de ochenta centímetros en el que tendríamos que dormir bien apretados, cosa que no nos importó en absoluto. Los padres de Jose desconocían que yo hubiese acompañado a su hijo en ese viaje. Incluso tampoco sabían que él se juntaba con mi hermano expulsado; lo hubiesen visto muy mal y Jose, con tal de vivir en paz y evitarles un disgusto, omitía ciertas cosas. Cuando iba a casa de mis hermanos y se juntaba con mi familia, decía que se había ido a estudiar con un amigo suyo, que nada tenía que ver con Diego.

En ese viaje compartimos mucho tiempo, anduvimos kilómetros recorriendo la ciudad, salimos a comer, fuimos de compras por Camden Town, nos besamos por la calle, caminamos juntos de la mano... Por las noches juntos,



cenábamos con su hermana y el novio de ella y bebíamos tequila hasta que los ojos nos empezaban a fallar. Entonces, nos íbamos a la cama a acariciarnos bien apretados sin despegarnos hasta el amanecer.

No daba crédito a lo que estaba viviendo. ¿Cómo alguien tan atractivo y tan sumamente guapo se había podido fijar en mí? Yo me veía gorda, a pesar de estar en el peso apropiado para mi estatura, no me gustaba mi nariz ni tan siquiera mis andares, no me quería nada. En cambio, él era el típico chico que acaba emparejado con una novia de curvas espectaculares y mandíbula perfectamente alineada con el resto de los rasgos de su cara. Era un sueño y me enamoré hasta las trancas. Yo tenía mucho miedo de que eso pasase y no ser correspondida. En el fondo pensaba que pasaría lo mismo que con Jorge.

Cuando volvimos a Madrid, lo hice con mucha tristeza porque nuestros caminos se iban a separar y no sabía cuándo volveríamos a vernos.

—Hablaemos por Messenger —me decía.

—Pero te echaré de menos igual —le contestaba yo.

Después de despedirnos con un largo beso y multitud de abrazos que no queríamos dejar de darnos, me subí a mi coche y empecé el viaje de vuelta a Sevilla.

Volví a la rutina. El trabajo que desempeñaba tenía un horario flexible, el cual me ponía yo. En casa ayudaba los fines de semana con la limpieza a fondo y seguí saliendo de vez en cuando con Manoli y con Victoria, pero no con tanta frecuencia como en el verano; supongo que por que no quería coincidir con Jorge, no me apetecía. Seguí hablando con Jose a diario, tenía ganas de verlo y él no me decía que me echaba de menos, pero conversábamos mucho, me escribía y me llamaba a diario varias veces. Era evidente, pero mi inseguridad no me dejaba verlo y lo pasaba muy mal porque sentía que estaba alimentando algo que no iba a llegar a ningún sitio.

Un día me llamó y me dijo que no tenía clases en la universidad ni el jueves ni el viernes.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a salir? —pregunté intrigada por si había quedado con otra chica.

—Pues nada, quedarme en casa a jugar a la consola.

—Oye pues... ¡vente! —le dije sorprendiéndome a mí misma.

—Pero me da vergüenza, a ver qué van a decir tus padres.

—Pues nada, mis padres encantados. Les pregunto y te digo algo. Luego te llamo.

Mis padres no pusieron pegas a que Jose viniese, siempre y cuando durmiésemos en habitaciones separadas, claro. Ellos se imaginaban lo que había pasado entre nosotros, pero nunca hablamos de ello. Conocían a Jose desde pequeño y a sus padres también, ya que habíamos coincidido en el salón alguna vez, aunque yo no me acordase de ello, y, quieras que no, eso les daba cierta confianza. Aunque no les gustase la forma de vivir de Jose —ya que estaba bautizado, pero no se comportaba como tal—, no iba a venir a casa un extraño. Jose se decidió a venir, se montó en un autocar, aun odiando el transporte público, y se presentó en Sevilla ese mismo día.

Esos días fueron geniales, como los de Londres. Jose me acompañó en mis visitas a las empresas con las que trabajaba, que ya estábamos cerrando la campaña de cursos, salimos a comer, a cenar, de copas, comimos con mis padres, mi hermano Marcos, mi cuñada y mi sobrina y yo tomé una decisión. Por fin reuní valor y decidí que quería independizarme. Necesitaba irme a Toledo, quería estar cerca del resto de la familia y quería averiguar qué pasaba con esta historia. Necesitaba estar cerca de Jose y, aunque no fuésemos novios, yo lo sentía como parte de mí; lo consideraba miembro de mi familia y una parte muy importante de mi vida.

Llamé a mi hermana y le pedí permiso para quedarme en su casa unos meses mientras encontraba trabajo, a lo que accedió encantada. Se lo conté a Jose y se puso muy contento, a diferencia de mis padres, que se lleva-

ron un gran disgusto. La noche antes de salir de viaje hacia Toledo, tuve una conversación con Jose que definió nuestro destino.

Él me decía que era un cabrón con las chicas, que les hacía daño porque su carácter era muy difícil.

—Y ¿qué va a pasar con nosotros cuando vaya a vivir a Toledo? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Lucía, me gustas mucho, pero no quiero hacerte daño. Eres la hermana de mi mejor amigo. Tengo un carácter muy difícil, no me vas a aguantar, me vas a dejar, lo sé.

Sus ojos brillaban denotando que las palabras que estaba pronunciando eran sinceras.

—Si te voy a aguantar o no, me corresponde decidirlo a mí. Tú decides si tienes valor, o no, para intentarlo.

Se quedó callado mirándome y, antes de que pronunciase alguna palabra, mis ojos miraron al cielo un momento. Después clavé la mirada en su rostro y le dije:

—Jose, yo estoy muy pillada por ti. He intentado evitarlo, pero ha sido imposible. No quiero hacerme daño y menos ahora que vamos a vivir más cerca. Así que hay dos opciones: si quieres seguir, lo formalizamos, pero, si no quieres comprometerte a estar conmigo, se acaba en este mismo instante.

No me reconocí, las palabras fluían de mi boca sin freno. Igual me arrepentía de aquello, pero ya no podía más.

Él se quedó callado por un momento y acercándose a darme un tierno beso me dijo:

—Apunta este día en el calendario y dentro de un año lo celebramos. Y nos besamos una y otra vez.

# WWW

## Capítulo

Al día siguiente empezó mi nueva vida. Estuve un tiempo viviendo en casa de Luisa y Pablo, hasta que pusieron fin a su matrimonio, y para no tener que volver a Sevilla me quedé en casa de mi tía (no testigo) unos meses, hasta que mi puesto en el trabajo se hizo más estable y pude alquilar un piso cerca de donde vivía Jose. Dejé de lado mi profesión, ya que los trabajos que había de cocinera, con sus largas jornadas laborales en las que se incluían fines de semana, ocupaban gran parte del tiempo que quería pasar con Jose. Encontré un trabajo de auxiliar administrativa. No tenía mucha idea sobre el tema, pero me manejaba bien con las hojas de cálculo. Además, me propuse aprender rápido lo máximo posible siendo autodidacta, buscando dudas por la web o incluso haciendo cursos online en mi tiempo libre. Más adelante tomé clases de contabilidad presenciales que me sirvieron para manejarme mejor en este sector.

Estando en casa de Luisa, Pablo nos contaba que estaba registrado en varios foros de Internet en los que se hablaba de la Watch Tower sin tapujos. Estas páginas o foros en las que se exponen dudas referentes a la organización, según las leyes de los testigos, son catalogados como apóstatas, con lo que un seguidor de la Watch Tower tiene prohibido acceder a ellos. Aun así, Pablo tenía pruebas de que había en aquel grupo un anciano que conocía desde hacía años, que por un lado escribía sus dudas en una página apóstata-

ta, pero por otro lado seguía dando discursos intentando enseñar algo que ni él mismo se creía, como él hay cientos.

Gracias a esos foros Pablo pudo darse cuenta de que esas preguntas que se hacía, ningún testigo se las iba a responder jamás. Pero no cesaba su investigación y siempre quería ir conociendo más y más sobre las mentiras de la organización. Tanto fue así que se llegó a obsesionar un poco con el tema, pero había que entenderlo. Llevaba toda su vida siendo testigo y, de pronto, por un montón de sucesos, comenzó a investigar y a descubrir que había basado toda su vida en una mentira. Le estaba enseñando a sus hijos algo falso y se había perdido tantas cosas...

No solo Pablo y Luisa, si no todos los que abandonaron la organización a la vez lo estaban pasando realmente mal. No tenían amigos a pesar de tenerse entre ellos, ya que todas las «amistades» que habían forjado a lo largo de los años les dieron la espalda, negándoles el saludo, incluso. Además, estaban acostumbrados a seguir una rutina que no les dejaba tiempo para absolutamente nada. Entre ir a la predicación, asistir a las reuniones y el estudio personal o familiar que practicaban casi a diario, tenían el tiempo justo para ellos mismos y, si quedaba algo libre, se juntaban con «amigos» también testigos. Estuvieron bastante deprimidos hasta que se acostumbraron a la nueva situación. Fueron tiempos difíciles para mi familia. Lo pasaron realmente mal.

En cambio, para mí fueron unos años de liberación y desarrollo personal, a pesar de seguir tras la sombra de la Watch Tower.

Por fin reuní el dinero suficiente para mudarme al mismo pueblo donde vivía Jose junto a sus padres. Un pueblo no muy grande al sur de Madrid. El piso que alquilé era pequeñito pero acogedor. Al entrar había un recibidor que albergaba un gran armario empotrado que nunca llené. El pasillo distribuía el resto de las estancias de la casa: un baño a mano derecha; al fondo, mi dormitorio con una cama grande para mí sola, la cual estaba dispuesta a compartir con Jose siempre que quisiese, y a mano izquierda se accedía al salón, separado de la cocina por una bonita isla con una encimera de madera de pino. Al fondo, un balconcito muy cuco que daba

a la calle. El piso me gustaba bastante, estaba encantada de poder vivir tan cerca de Jose y de haberme podido independizar y no depender económicamente de nadie.

Mis suegros seguían siendo testigos y Jose, que seguía bautizado, por no hacerlos sufrir dado que continuaban delicados de salud, nunca se quedaba a dormir en mi casa. Inventaba pretextos para excusar el hecho de quedarse a solas conmigo. Si fumaba, también se escondía. Evitaba llevar camisetas con cruces, a pesar de que le encantaban.

Esto era porque los testigos creen que Jesús murió en un madero y no creen en la cruz ni adoran ídolos (aunque, según mi opinión, ya adoran a la organización llevando allá donde van su página web escrita y haciendo incluso artículos decorativos para regalar en asambleas con esta marca). Llevar una cruz sería como practicar la idolatría y podían expulsarlo por ello.

Jose se bautizó de adolescente empujado por los demás, ya que todos sus amigos se bautizaron por aquella época y, si no hacía lo mismo, los ancianos intentarían hablar con él para averiguar qué le pasaba, ya que no hubiese sido un comportamiento normal por su parte. No soportó la presión de la congregación y de sus padres y tuvo que hacerlo. Este motivo era por el cual se ocultaba. Si le expulsaban, pondría a sus padres en una encrucijada, ya que no podrían tener trato con él, ni si quiera saludarlo.

Vivimos durante dos años ocultándonos, ya que en el pueblo donde vivíamos había muchos testigos que conocían a Jose y a su familia, con lo que teníamos que actuar en todo momento de la misma manera que lo hacíamos delante de sus padres. Cuando nos íbamos de vacaciones, decíamos que viajábamos con más personas. Incluso una vez Jose enfermó estando en mi casa, le subió mucho la temperatura y se metió en mi cama un rato. Afuera estaba nevando, eran las nueve de la noche de un frío mes de diciembre. Le dije que se quedase a dormir, que yo podía llamar a sus padres y decirles lo que pasaba. Yo les diría que dormiría en el sofá, para que no se preocupasen. Pero no lo consintió. Se levantó sin fuerzas, se puso su abrigo y se marchó. No podía permitir que sus padres se enterasen de que habíamos dormido a solas bajo el mismo techo.

Yo me sentí muy mal. Sabía que aquello no tenía que ver conmigo, pero aun así creía que sus padres no me veían una persona digna para su hijo. Aunque ellos me trataban bien, con cariño y respeto, yo pensaba que hubiesen preferido para él a alguien que estuviese dentro de la organización y esto alimentaba mi inseguridad y minaba mi autoestima. Era una situación bastante incómoda. Mis suegros de vez en cuando nos invitaban a alguna reunión o asamblea, pero nunca cedimos; ya sabíamos del peligro de esta secta.

Un día, después de mis vacaciones y en plena crisis económica que estaba viviendo España, mi jefe me dijo que tenía que cerrar la empresa porque no había suficiente trabajo. Se me vino el mundo encima. Los puestos de trabajo escaseaban y no me había dado para ahorrar mucho. Tendría para unos meses, pero no podía mantener un alquiler yo sola. Debía dejar el piso en el que vivía cuanto antes. Y contándoselo a mi hermana Luisa un día que fuimos a comer con ella, dije tapándome los ojos con las dos manos:

—No sé qué voy a hacer, Luisa. No quiero volver a Sevilla, pero encontrar trabajo está tan complicado...

—Encontraremos una solución —me tranquilizó Jose acariciándome el pelo.

—Oíd, chicos, se me ocurre una cosa, ¿por qué no nos vamos a vivir los tres juntos? Para mí sería genial porque así compartimos gastos y de esta forma vosotros tenéis coartada —dijo Luisa sorprendiéndonos con su idea brillante.

Los dos nos miramos asombrados, pero no dijimos nada. Quedamos en hablarlo y de camino a casa, mientras Jose conducía, así lo hicimos.

—Jose, ¿cómo nos vamos a ir a vivir juntos? ¿Tus padres qué dirían? Te pueden expulsar.

—No tiene por qué ser así. Vamos a vivir con tu hermana, no los dos solos. Yo tendré que decir que duermo en una habitación y tú en otra.

—Si tú crees que va a colar, nos lanzamos —concluí emocionada.

—Luego lo hablaré con mis padres para contárselo, pero la decisión por mi parte está tomada.

Sentí un alivio enorme que me dio seguridad, ya que en ese momento pensaba que yo había sacrificado muchas cosas por nuestra relación. Había dejado la casa de mis padres, la ciudad en la que vivía, mi profesión y, en cambio, a él no le había supuesto ningún esfuerzo estar conmigo. No había cambiado ningún aspecto de su vida ni tan siquiera con su situación dentro de la organización, cosa que me ponía de muy mal genio, aunque lo guardaba dentro de mí porque era un asunto suyo con sus padres y, en cierto modo, lo entendía.

Esa misma noche le comunicamos a mi hermana que estaríamos encantados de compartir piso con ella.





# Capítulo

La casa era grande. Vivíamos en un dúplex en un pueblo de Toledo. Luisa se llevó todos sus muebles y nosotros, nuestras cosas. En la primera planta había un dormitorio, un aseo, una cocina amueblada y un gran salón con tres ventanales. En la planta de arriba un cuarto de baño y tres habitaciones. Los dormitorios nos los dividimos. Luisa utilizaría uno para dormir ella y el otro para cuando viniesen los niños, cada quince días. Jose y yo usaríamos los otros dos, uno para dormir y el otro como tapadera para cuando viniesen sus padres, cosa que me repateaba las tripas, pero eran sus padres y su decisión y la respeté. En esa habitación pusimos una cama de ochenta centímetros de ancho, con las sábanas que su madre le dio cuando nos mudamos. Cuando sus padres venían, él corría a poner sus almohadas en esa cama para que no descubriesen que dormíamos juntos.

Tan pronto como nos mudamos encontré trabajo en un vivero forestal. Primero nos formaban y después pasábamos a hacer las prácticas remuneradas y, al final del curso, podríamos obtener varios certificados de profesionalidad. El horario me cuadraba y, en vista de lo mal que estaba la situación por la crisis, decidí acceder a este curso y ahí fue donde conocí a Patricia, una chica de estatura media, con los ojos marrones, que llevaba gafas negras de pasta y era pura energía.

Para que os hagáis una idea, por las mañanas me saludaba con un abrazo de oso que cortaba la respiración, o con un tortazo en el hombro, pero es que ella era así, vivaz, alegre y siempre la cabecilla de cada uno de los planes locos que llevábamos a cabo. Patricia pertenece a una gran familia. Sus padres, muy hospitalarios, me trataban como una hija cada vez que iba a visitarlos, y su hermana se convirtió en una amiga de risas y borracheras. Con ellos pasamos, y seguimos pasando, muy buenos momentos. Para mí son más importantes que algunos miembros de mi familia, los cuales no saludan a mi hermano y no se han interesado por mí en años, a pesar de que antes de dejar la organización teníamos un trato estrecho. Hablo de mis tíos y de mi primo Isaac, con el que compartí ratos tan buenos en nuestra niñez y que tiempo después fue incapaz de invitarme a asistir a su boda. Fue dejar a los testigos y cortaron todo el contacto. Sonará duro, pero para mí esa gente está muerta.

Vivimos con Luisa hasta que un día decidimos casarnos y dejar de escondernos. En realidad, no nos hubiese hecho falta casarnos, ya que sabíamos lo que sentíamos. Estábamos bien juntos y lo demás no debía importar, pero importaba, porque cuando se trata de la salud de tus padres, importa.

Nos casamos por el juzgado un 4 de mayo. A mí lo de ser el centro de atención no me gustaba mucho. Pensamos en hacer un banquete discreto, pero desechamos la idea rápidamente al pensar que sería motivo de discordia, ya que, si venía mi hermano Diego, que estaba expulsado, no podrían asistir los padres de Jose. Así que no reservamos el banquete y me vestí de negro porque así lo preferí. A la boda vino bastante familia, muy a mi pesar, y no porque no me gustase su compañía, sino porque me daba vergüenza ser el punto de mira.

Me puse un vestido negro, corto, con una manga descubierta y arrugado a la altura de la cintura. Mi sobrina onduló mi larga melena rubia y me pinté los labios de color carmín. Después de que firmamos en el juzgado nos fuimos a un bar a tomar unas cervezas e invitamos a todo el que fue, ya que Jose y yo coincidimos en que no nos gusta el compromiso económico en el que pone una boda a los invitados. Después nos fuimos él y yo solos a comer a un asador cercano. Mientras nosotros comíamos, nuestras familias se

dividieron. La mía se fue a comer por un lado y la de Jose se fue a comer por otro, ya que, al estar Diego, sus padres no podían sentarse a comer con él, a pesar de conocerse las dos familias desde años atrás.

Después nos encontramos de nuevo con los míos y estuvimos tomando café y copas. Mis suegros vinieron solo un momento a decirnos que nos habían reservado una habitación en un bonito hotel cercano para que pasásemos esa noche. Porque ellos pensaban que no nos habíamos acostado nunca. Vamos, que yo había llegado a ese día casta y pura y su hijo, igual. Nada más lejos de la realidad. Ellos, en el fondo, sabían la verdad, pero preferían hacerse los despistados y no enterarse de nada. Si hubiesen sido conscientes de tal cosa, habrían tenido que delatar a su hijo delante de los ancianos y hubiesen expulsado a mi marido con todas las consecuencias que ya sabéis.

Jose y yo nos fuimos a vivir a una bonita casa con un patio en el que hicimos infinidad de barbacoas y celebramos varios cumpleaños rodeados de familia y algún amigo, como Patricia o su hermana. La verdad es que nos cuesta hacer amigos. Tanto Jose como yo somos abiertos y nos gusta quedar para compartir un rato con otras personas, pero creo que aún tenemos una barrera que no nos deja encontrar más gente con cosas en común, ya que siempre que conocemos a alguien, por una cosa o por otra, se acaba alejando. No sé si tenemos mala suerte o aún, de alguna forma inconsciente, seguimos midiendo a la gente con el rasero de la organización. Esto nos ha pasado siempre y a día de hoy sigue ocurriendo.

Éramos felices, pero teníamos una espinita clavada: nuestros padres seguían dentro de aquella organización, engañados y programados para predicar y hacer la voluntad de un grupo de personas que dirigen las vidas de millones.

Según los testigos, la organización está guiada por un cuerpo gobernante, que son personas de carne y hueso, que bajo inspiración divina enseñan al resto a interpretar la Biblia. Según ellos, son el único canal de comunicación con Dios en la tierra. Aunque se contradicen entre ellos mismos, ya que no hace mucho un miembro del cuerpo gobernante en una comisión gubernamental celebrada en Australia, declaró que sería presuntuoso por su parte afirmar tal cosa y que sus miembros son nombrados por ellos mismos y no

por una fuente divina. El vídeo está colgado en la web accesible a todo el que desee buscarlo.

Por aquel entonces teníamos claro que queríamos ser padres, no tan pronto, pero algún día. Pero yo tengo una enfermedad que se llama Síndrome de Ovario Poliquístico (SOP), que impide que ovule como una persona normal. Empecé a padecerla en mi adolescencia, cuando me fui a vivir a Sevilla más concretamente, y el estrés hizo que empeorase, con lo que me mandaron pastillas anticonceptivas. Una solución que suelen dar que no resuelve el problema, sino que enmascara los síntomas.

Decidimos dejar la píldora y que viniese cuando quisiese. Aunque no utilizábamos medios anticonceptivos, tampoco lo buscábamos con ansia. Un día fui a recoger una analítica de hormonas para llevársela al día siguiente al endocrino que me trataba.

—Doctora, ¿tengo las hormonas muy locas? Porque el periodo lo tengo muy irregular —le pregunté a la doctora de cabecera.

—Eso mañana te lo confirmará el endocrino, pero yo aquí solo veo una hormona alta y es la del embarazo.

El corazón se me puso en la boca y comenzó a bombear con fuerza.

—¿Cómo que la del embarazo? —dije pasmada.

—Sí, sí, la gonadotropina coriónica. Lo que no sé es si esto es normal con SOP. A ver qué te dice mañana el endocrino.

—Vale, muchas gracias —dije sin más saliendo por la puerta porque no podía articular palabra.

Las piernas me temblaban como dos flanes. Fui a comprarme un test de embarazo a sabiendas del resultado que iba a salir. Y efectivamente, salieron dos rayas rojas intensas que confirmaron aquel primer embarazo, deseado, pero a la vez precipitado, ya que no lo esperábamos tan pronto y menos con mi problema.

Envolví el test en papel de regalo y cuando Jose llegó a casa de trabajar, se lo di mientras admiraba su sonrisa perfecta, que denotaba nerviosismo por abrir aquel paquete. Su gesto de sorpresa no se me olvidará en la vida. Al principio su cara se quedó pálida, pero poco a poco fue recobrando el color y una sonrisa de alegría se dibujó en sus labios.

Fue inesperado, pero nos volvimos locos de alegría. Llamamos a toda la familia y amigos para darles la buena nueva. El embarazo transcurrió muy bien. Toda la familia se volcó en hacerme la vida más cómoda. Mi barriga crecía a la par que nuestras ganas de conocer al bebé. Preparamos una bonita habitación y compramos todo lo que podía necesitar un niño. Mi padre dibujó en la pared de su cuarto un árbol precioso del que colgaban varios columpios, en los que se podían ver unos divertidos búhos de grandes ojos columpiándose. Tenía muchos colores y era muy alegre. Me encantó y él disfrutó haciéndolo.

Cuando nació nuestro primer hijo, para mis suegros fue el primer nieto y para mis padres, el noveno. Nos sentimos felices y completos. Era un niño precioso, de grandes mofletes sonrosados y despiertos ojos grises que, con los años, se tornaron verdes. Las fiestas empezaron a tener sentido, los cumpleaños los celebramos por todo lo alto, las Navidades comenzaron a gustarme, ir a la playa con él se convirtió en una experiencia nueva, como si estuviésemos descubriendo un mundo diferente donde lo más importante era su felicidad. No entendía cómo me habían podido privar de todo eso cuando yo era pequeña.

Tanto nos llenó la experiencia de convertirnos en padres que pronto me volví a quedar embarazada. Ese embarazo fue planeado, con ayuda de años de lectura sobre el síndrome, remedios naturales y el apoyo incondicional de un grupo de Whatsapp de amigas que conocí el día que me quedé embarazada por primera vez. Nos conocimos a través de un grupo de Facebook. Y a parte de compartir el mismo síndrome, también compartíamos inquietudes, nos hacíamos compañía en los desvelos nocturnos, éramos confidentes, nos lo contábamos todo y ellas fueron quienes me ayudaron a conocer mejor mi cuerpo y así facilitar la tarea de la concepción. Es maravilloso seguir contando con ellas hoy en día. Somos diferentes, te-

nemos nuestros más y nuestros menos, pero siempre estamos ahí dispuestas a escuchar o incluso a darnos consejos entre nosotras.

Mi niña nació en septiembre. Aún hacía calor y le faltaba un poquito todavía para venir al mundo, pero ella es así, decidida, impaciente y maravillosa. Castaña con ojos intensos de color marrón, nariz pequeñita y muslos regordetes, ahora tiene tres años y su hermano pronto cumplirá cinco. Seguiremos celebrando sus cumpleaños por todo lo alto, siempre que se pueda, y celebrando todo lo que haga falta para que sean felices y tengan una infancia de la que algún día puedan sentirse orgullosos, lejos de religiones, sectas o prejuicios. Y aunque sus abuelos no asistan a ninguna de nuestras fiestas, saben que los queremos y que siempre que lo deseen serán bien recibidos, sin preguntas y sin reproches.

Meses antes de decidirme a escribir este libro tomamos contacto con la Asociación Española de Víctimas de los Testigos de Jehová, a quienes les escribí mi experiencia con la intención de ayudar a otros jóvenes que se pudiesen identificar en algo conmigo. Cuando lo hice sentí como si me hubiese quitado una mochila cargada de piedras de la espalda. Seguí investigando sobre la organización y cada vez alucinaba más. Encontramos, mi marido y yo, que la secta había estado asociada a la ONU, cuando habían dicho, en sus publicaciones, que la ONU era la Bestia salvaje de color escarlata del libro del Apocalipsis, que representa a una organización cuyo objetivo es unir a todas las naciones de la tierra y a sus lomos cabalga Babilonia la grande, que simboliza al conjunto de religiones falsas que hay en el mundo y que Dios rechaza. Y tiempo después se asociaron con ellos. Era un cúmulo de cosas cada vez más alucinantes.

Nos dolía mucho saber que mis padres y mis suegros vivían en esa secta rodeados de mentiras. Mis padres ya son mayores, tienen cerca de ochenta años. No han investigado nunca y no saben la realidad porque, cuando Pablo o alguno de mis hermanos intentaba explicarles las razones reales por las cuales habían decidido dejar de ser testigos de Jehová, ellos se negaban a escuchar. Ahora preferimos callar y no insistir más porque ¿os imagináis si a estas alturas se enteran de que toda su vida y las decisiones que han ido tomando han girado en torno a una mentira? Se morirían en vida. Por ellos aún tengo que esconderme y escribir bajo seudónimo, para asegurarme de

que nunca van a leer estas líneas. Y respecto a mis suegros, saben la verdad porque mi marido se ha encargado de contársela, buscando las mejores palabras y las mejores formas y poniendo en riesgo su salud, ya que hacerles ver la luz le supuso una situación de estrés bastante preocupante. Pero no se la creen ni se la quieren creer y prefieren seguir dormidos, aunque tenemos la esperanza de verlos despertar también.

Jose no se rinde. El último paso que acaba de dar es escribir su carta de renuncia a ser llamado testigo de Jehová, con todo lo que ello conlleva y que os voy a explicar.

En cuanto una persona bautizada en esta secta renuncia, el trato que le tienen que dar todos los testigos, incluida toda su familia que sigue dentro de esta organización –tíos, primos, padres y abuela– es el mismo que se le da a un expulsado. Sus padres ya no le podrán hablar, le tendrán que dar la espalda, no podrán ver a sus únicos nietos, por los que sienten debilidad, y los niños sufrirán porque adoran a los abuelos. Y si alguien ve a mis suegros teniendo trato con su hijo, su deber es informar a los ancianos y pueden ser expulsados de la congregación.

Va a ser muy duro, pero es una decisión meditada. Jose está cansado de esconderse y no quiere pertenecer a una organización que encubre a pedófilos, como os contaré ahora. Tan pronto mandó la carta se quitó un peso enorme de la espalda. Toda una vida sufriendo a causa de esta organización, incluso estando fuera. Yo me siento orgullosa de él. Lo que ha hecho por sus padres denota que es un buen hijo y una gran persona, ya que solo busca el bien para ellos y los anima a que por sí mismos investiguen y encuentren la verdad. Para mis suegros esperamos que sea el empujón que les falta para despertar, nada nos haría más felices que verlos libres.

El presidente de la Asociación Española de Víctimas de los Testigos de Jehová dio la casualidad de que conocía a mi marido y a la familia de toda la vida, ya que se reunían en el mismo salón del reino. Años después de vivir situaciones realmente horribles dentro de la organización y aun cuando estaba fuera, se decidió a fundar esta asociación que ayuda a tantas víctimas de una secta que manipula el pensamiento. Él lo había pasado muy mal, ya que cuando era pe-



queñito sufrió abuso infantil y, cuando años después se decidió a contarlo y a denunciarlo a los ancianos de la congregación, le dijeron que dejase el asunto en manos de Jehová. Y el que le propició los abusos no salió en ningún momento perjudicado, sino todo lo contrario, seguía siendo una persona respetable dentro de la secta. Los ancianos prefirieron encubrir el delito por no manchar el nombre de la organización, y pusieron así en riesgo a muchos otros niños.

La organización de los testigos de Jehová está implicada en el encubrimiento de multitud de casos de pederastia e incluso condenada a pagar la mayor cuantía económica obtenida por una sola víctima de abusos sexuales religiosos en todo Estados Unidos. Hay constancia de que han ocultado pruebas por décadas sobre estos delitos. Los ancianos se encargaban de juzgar al delincuente en cuestión y, si lo veían pertinente, procedían a expulsarlo de la congregación, aunque con el tiempo muchos de ellos eran readmitidos y quedaban impunes. Ellos mismos admitieron en una comisión gubernamental celebrada en Australia que en muchas ocasiones estos delitos no fueron denunciados a la policía.

A mis suegros, a pesar de que lo conocen desde que era pequeño, nunca les hemos contado que tenemos trato con él y con su familia, ya que el hecho de tratar con un apóstata es motivo de expulsión, con las consecuencias que ya sabéis.

Como veis, seguimos escondiéndonos en cierto modo. Llevamos el lastre de haber nacido en familias de testigos de Jehová y lo llevaremos siempre, pero cada año que pasa, cada cumpleaños o Navidad que celebramos, es un paso más que nos aleja de todo aquello que vivimos dentro.

A pesar de todo lo que he pasado a lo largo de mi vida y de las situaciones a las que me he tenido que enfrentar por nacer en una secta que destruye familias y rompe hogares, puedo decir que no puedo estar más feliz de tener la familia que tengo. Me siento afortunada. Tengo los mejores hijos que podría haber soñado y un marido que me hace sentir la persona más especial del mundo y con el que espero pasar toda mi vida.

Y puedo decir bien alto que me siento feliz de que mi familia sea consciente de la verdad y haber podido presenciar tantos y tantos despertares.

# Epílogo

Como bien sabéis somos muchos de familia. Luisa se volvió a casar con un hombre genial y son felices junto a mis dos sobrinos, que ya son mayores, pero no quieren marcharse de casa.

Pablo vive con su madre en la costa. No volvieron a tener contacto con esta organización, pero sí con otras religiones, supongo que intentando llenar el vacío que dejó la Watch Tower al arrasar con las vidas de todos.

Elisa vive feliz junto a su marido Jaime y a su hija pequeña, porque mis otras dos sobrinas ya no viven con ellos. Jara se casó y tiene un niño precioso que se lleva unos meses con mi pequeña, y Aurora vive sola, es muy independiente y trabajadora.

Marcos vive con Estefanía, la cual dejó hace tiempo la organización. También despertó y pudo ser feliz, a pesar de que todos sus «amigos» le dieron la espalda. Ana, su hija, vive con su novio en un piso que se acaban de comprar. Igual nos sorprenden pronto añadiendo nuevos miembros a la familia.

Diego vive con su mujer y su hija María, ya que perdimos a mi sobrino Fernando hace unos años en un accidente que le arrebató la vida. Intentan

vivir cada día como si fuese el último y convivir con algo que jamás superarán, ni ellos ni el resto de la familia. Pero dentro de lo que cabe puedo decir que son felices.

Mis padres siguen viviendo en concordancia con las enseñanzas de los testigos de Jehová, pero son bastante flexibles. Suelen hacer la vista gorda cuando se trata de los demás, ellos viven y dejan vivir. Pero en el fondo no son felices porque creen que, cuando venga el paraíso que tanto ansían, estarán solos porque todos sus hijos y sus nietos serán destruidos por Dios en el Armagedón.

Hace frío. Por la nariz entra la brisa congelada que deja a su paso la noche. Del cielo caen pequeños copos de nieve que se deshacen al entrar en contacto con mi aliento. Tengo que andar rápido si no quiero que se me congelen los pies. Los niños están en casa con Jose preparándolo todo, yo voy a comprar lo último que falta. Cuando llego a la tienda puedo observar la cola tan inmensa que hay para pagar, pero no tengo más remedio, necesito comprarlo. Miro el reloj y veo que es bastante tarde. Van a llegar los invitados y aún no estoy en casa. Me pongo bastante tensa. Cuando por fin me atienden, digo:

—Hola, hablé con una compañera tuya y me dijo que me reservaríais...

—Lucía, ¿verdad? —me corta.

—Sí, eso es. Muchas gracias —digo mientras pago y cojo la caja que me tienen preparada.

Por fin he llegado a casa, espero que no sea demasiado tarde. Esto de dejar las cosas para el último día me pone de los nervios. Al abrir la puerta los niños vienen a abrazarme y me llenan de besos, tiran de la caja con emoción. Han arreglado la mesa rectangular con motivos navideños, han puesto copas, platos decorados e incluso velas. Estoy realmente sorprendida.

Cuando consiguen abrir la caja, atónitos empiezan a sacar todas y cada una de las bolas de cristal que hay dentro y con ilusión los ayudamos a

colocarlas una a una en el árbol de Navidad. En sus caras se puede ver la emoción, transmiten felicidad. Tiras de espumillón cuelgan brillantes por las paredes, los campanilleros suenan, de fondo, en la televisión. Esta Nochebuena promete. De pronto, suena el timbre. Los niños corren hacia la puerta y al abrir sus caras se quedan congeladas, pero no de frío, sino de sorpresa.

—Ho, ho, ho...

Un papá Noel con larga barba blanca y una voz muy familiar viene acompañado por mi cuñada y mi sobrina y trae un saco lleno de regalos. ¡Es Diego! Menuda sorpresa nos llevamos todos. Mientras con una mano sujeta el saco de los juguetes, con la otra sostiene una lata de cerveza que le acaba de dar Jose. Los niños ríen y lo abrazan y nosotros estamos felices de verlos tan contentos abriendo cada uno de los regalos.

Esta será una de tantas Navidades que celebraremos, sin miedo a actuar y sin miedo a ser nosotros mismos, despiertos y viviendo la vida cada día como si fuese el último porque somos libres. Disfrutando de los nuestros y con la esperanza de reencontrarnos con aquellos que siguen dormidos, pero que queremos a pesar de todo.



# Nota para mis lectores

Si has llegado hasta aquí supongo que será porque te ha parecido interesante mi historia. A lo mejor la tuya no tiene nada que ver con la organización de los testigos de Jehová, pero en el caso de que sí y tengas ciertas dudas, si a ti tampoco te pueden contestar algunas preguntas o no te cuadran las respuestas que te dan, te diré una cosa: no te conformes, investiga, lee y contrasta información por ti mismo. Abre la mente y los ojos, sé dueño de tus actos. Cuando consigas hacerlo, que estoy segura de que lo lograrás, verás que hay una vida repleta de cosas buenas que te está esperando para que salgas a disfrutar. Te convertirás en alguien libre para pensar y para expresarte. Rompe esas cadenas y verás tu propio despertar.



# Agradecimientos

Mis agradecimientos van dedicados a todos aquellos que, de una forma u otra, habéis hecho posible todas y cada una de las partes de este libro. A mi amiga la loca, por sus lecturas y apoyo, ella sabe quién es. A mi hermano, que me hizo ver la luz y me ha ayudado con la maquetación. A mi hermana mayor, mi lectora beta. A mi gran familia en general, pues sin ellos esta historia no tendría sentido. A la Asociación Española de Víctimas de los Testigos de Jehová por la gran labor que hace junto con la gran multitud de activistas que, por diferentes medios, intentan ayudar y mantenernos informados. A mi marido, que siempre me apoya; a mis hijos, por darme su amor cada día. Y en especial a mis padres, que pese a estar manipulados han intentado siempre hacer lo que creían que era mejor para mí.

Gracias a todos y gracias a ti, querido lector.



